LIBRO dot.com

MRS. CALDWELL HABLA CON SU HIJO
CAMILO JOSÉ CELA



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ADVERTENCIA

Conocí a Mrs. Caldwell en Pastrana, durante el viaje que hice por la Alcarria, hace ya algún tiempo. Mrs. Caldwell estaba despegando con todo cuidado los baldosines de la alcoba donde murió la princesa de Eboli; después los envolvía en papel de seda, uno por uno, y los guardaba en la maleta, una maleta de vientre vario y meticuloso.

En la fonda, Mrs. Caldwell me leyó un día, después de cenar, las páginas que estaba escribiendo en recuerdo de su adorado hijo Eliacim, tierno como la hoja del culantrillo, muerto heroicamente en las procelosas aguas del mar Egeo. La obrita de Mrs. Caldwell se titulaba, en principio, «Hablo con mi bienamado hijo Eliacim». Tenía varios títulos más en cartera, pero, sin duda, el más hermoso era el que queda dicho.

Hace un mes o mes y medio, un amigo de Londres, el capador de codornices Sir David Laurel Desvergers, me escribió dándome la triste noticia de que Mrs. Caldwell había muerto en el Real Hospital de Lunáticos, de aquella ciudad.

Sir David me envió, con su carta, un paquetito con las cuartillas de Mrs. Caldwell. «Ella quiso - me aclara - que le fuesen enviadas a usted, joven vagabundo con el que intimó hasta el hastío y casi hasta la saciedad. Mrs. Caldwell hablaba siempre de usted con cariño y nos explicaba, a mi mujer y a mí, que tenía usted una dulce y evadida mirada, muy semejante a la de su adorado hijo Eliacim Arrow Caldwell, tierno como la hoja del culantrillo, y muerto heroicamente, como quizás usted sepa ya, en las procelosas aguas del mar Egeo (Mediterráneo oriental).»

Las páginas que hoy edito son las de mi pobre amiga Mrs. Caldwell, vieja errabunda con la que intimé hasta el hastío, aunque jamás hasta la saciedad. Descanse en paz.

1.
YO BIEN SÉ POR QUÉ SALTAS, MI PEQUEÑO ELIACIM

Venías dando saltos como un querubín tonto, igual que un querubín al que una húmeda nube le hubiera sorbido el seso. Yo ya estaba acostumbrada a verte; tu padre (q. D. h.) se había pasado la vida dando saltos de las más variadas especies: saltos de costadillo, saltos mortales, saltos polacos, saltos de alcarazán en celo, saltos mimosos. Tú venías dando saltos, altos saltos increíbles, como un querubín tonto.

-Déjame que te cuente una cosa -decías con las mejillas rojas de gozo-, una cosa que es como para morirse de risa o como para herniarse, cuando menos.

Pero yo te respondí con el alma sorda

-No, no me cuentes nada, estoy con dolor de oídos.

-¿Te duelen los oídos?

-Sí, ya te lo he dicho, me duelen un horror.

Tú, entonces, te encogiste de hombros, parpadeaste con una elegancia infinita aunque quizá casual y empezaste a silbar por lo bajo, muy quedo, como un mirlo joven al salir el sol

Cómo deseo vivir
ahora que no me duelen los oídos
y soy feliz, casi feliz del todo.

Eso era lo que se adivinaba en seguida que estabas silbando, pérfido mío, mi maloliente hiena familiar. No hacía falta ser un lince para saberlo.

-¿Te figuras lo que te voy a decir? -preguntaste, cauto.

-No.

-Pues no te digo nada, que es lo peor; ni siquiera que no me importa que te duelan los oídos. No se hizo el tiempo para los sentimentales ni para los dolorosos. A mí también me

duelen los oídos, de vez en cuando, y a nadie se lo digo como no sea a ti. A mí también me duelen los oídos cuando tomo sopa de menta, por ejemplo, y no encuentro un pecho sobre el que poder llorar.

Andarse con un dedo en la nariz, como tú te andas, no es propio de empleados del Estado, de funcionarios públicos, siempre se desmerece. Tú ya eres un empleado del Estado, un funcionario público y, sin embargo, te andas con frecuencia, tampoco con una excesiva frecuencia, con el dedo en la nariz, como si fueras un médico o un conde húngaro. Yo ya no te lo advierto más. ¡Allá tú!

Todo esto pasó una noche de horrible tormenta - ¿te acuerdas?, yo me acuerdo muy bien - en el chalet del club, cuando tú obtuviste plaza (si no es por la influencia de tío Rosendo Gerald tú no hubieras obtenido plaza en toda tu vida, pero esta es otra cuestión) y yo te dije que te invitaba a pasar quince días en la montaña, dedicado a la holganza y a decir aquello, que siempre me agradaba tanto oírte, de que los pinos ozonizan la atmósfera. ¿Será posible que no te acuerdes?

Fue cuando aquel escritor, después de pensarlo mucho, dijo «dos negros nubarrones se entretienen en jugar al tenis con los rayos» y mistress Pyle fue infiel a su marido, ¡daba risa

verlo! Es la falta de presión -decía Mr. Pyle -, el mal de la montaña.

Tú leías un libro de versos, sentado al fuego, y yo me distraía pensando lo siguiente: a mi hijito Eliacim ofrendaría todos los encantos de la naturaleza. (Sé bien que mi pensamiento no era excesivamente original y eso, hijo, es algo que jamás sabría perdonarte aunque quisiese, que tampoco quiero.) El mundo del piso de arriba, el limbo de las alcobas era mucho más complicado.

-Bueno, cuéntame esa cosa que es como para morirse de risa o, por lo menos, como para herniarse.

Tú estás mal acostumbrado, Eliacim, muy mal acostumbrado, te has pasado la vida imponiendo tu voluntad. Un criado del club te dijo

-Llaman al señor al teléfono.

Yo sabía de sobra que todos los muchachos de tu edad se desviven por las amigas de la madre. Por eso te pregunté

-¿Por qué bebes tanto, hijo? Si continúas bebiendo a ese compás te vas a estropear prematuramente.

Tú, entonces, silbaste otra vez. Lo más probable es que la canción que estabas inventando tuviese una letra así, sobre poco más o menos:

Cómo la amo a usted en secreto,
¡oh, dulce Hortensia de mi corazón!,
¡oh, dulcísima Hortensia Pyle!
Por un beso de su boca bien dibujada,
por un solo beso, aunque no me lo diera usted agonizando
de entusiasmo, yo le entregaría gustoso todo mi porvenir.
Tratará, tratará, tratará.
¿Algún día podremos cogernos las manos a la luz
de la incierta luna, para decirnos al oído
brevísimas y excitantes palabras de amor,
como trópico, por ejemplo, o labios, o perla dorada o pe
lusita?
Yo creo que sí. Yo soy joven y estoy lleno de esperanza.
Tratará, más tralará.

Créeme, hijo, que todo esto llena mi espíritu de decepción.

2.
«MUSIC HALL»

Tú, al entrar, dijiste

-¿Dónde está Genoveva, la mulata argelina? ¿Dónde se ha metido la condenada Genoveva? Me han dicho que se tiñó el pelo de gris. ¿Saben ustedes algo de esto?

Nadie te contestó. Una señora, algo vieja, que estaba conmigo y que, según me dijo, era esposa de un coronel de húsares que se había distinguido considerablemente en Dunquerque, me preguntó

-¿Conoce usted a este apuesto joven? Bueno, ella no dijo apuesto.

-Sí, es mi hijo, mi único hijo, se llama Eliacim.

-¡Chistoso, chistoso! -añadió ella.

Perdóname, hijo, pero tuve que asentir a todo lo que me decía aquella señora. No te lo repito porque, sin ser nada excesivamente malo, tampoco era agradable -lo que se suele decir agradable- para ti.

Después, como un triunfador, te fuiste hacia el bar. Yo pensé ¡ya estamos!, pero no, por fortuna, no.

La mujer del coronel de húsares estaba dicharachera y locuaz. Era vieja, como te digo, pero tenía unos encantadores ojos verdes, rebosantes de promesas que ya se habían cumplido.

-Mi marido se llama Epifanía. ¿No cree usted que es un nombre eufónico y hermoso? Mi marido bebe ojén -una bebida española muy estomacal- y está operado de fimosis. ¿Y el suyo?

-El mío está muerto. De joven también tuvo que ser operado de fimosis. Cuando falleció, le hicimos un entierro de segunda clase porque no estábamos en situación demasiado holgada. Él, el pobre, bien lo sintió. Poco antes de morir, no hacía más que preguntarme: ¿tú no crees que pidiéndole algo de dinero al señor del segundo, que siempre estuvo tan propicio, Podríamos juntar para un entierro de primera? Como usted comprenderá, mi buena amiga, yo hice a todo oídos de mercader; usted, que es mujer casada, sabrá entenderlo.

Tú, bebiendo whiskey, hacías bastante buen efecto, con tu corbata nueva naranja y azul bien anudada y esos ojos que has heredado, sin duda, de aquel que siempre se mostraba, al decir

de tu pobre padre, tan propicio y que, de habérselo yo pedido, a buen seguro que hubiera puesto lo que faltaba para que tu Pobre padre tuviera, como se merecía e incluso era su última voluntad, un entierro de primera, preferente A.

3.

AYÚDAME A DEVANAR ESTA MADEJA DE LANA DE COLOR CICLAMEN

-No quiero, no quiero, ¿te das bien cuenta de a quién pides las cosas, las más fútiles cosas?

Tú, hijo, estabas amarillo de ira, amarillo como una batata en almíbar o una alianza recién estrenada. Y no porque te pidiese que me ayudases a devanar aquella madeja de lana color ciclamen (otras veces lo habías hecho muy gustoso), sino por las siete razones que ahora, que ya no te tengo miedo, me atrevo a enumerarte.

(Perdóname que use números romanos como Müller en su «Historia de la literatura griega». Sé bien que es una falta de educación y que debiera haberlo evitado.)

¡Con mi amiga Rosa, a pesar de ser mallorquina, no hay nada que hacer, tú lo sabes tan bien como yo, incluso mejor que yo. Mucha luna, mucha mano en la mano, mucho venga de oler flores al tiempo, mucho leer juntos poesías de Samuel Taylor Coleridge. ¡Allá tú! Táctica equivocada. Si yo fuese más joven aun podría hacerte una demostración experimental. Suele ser eficaz, pienso, llenarle a la mujer amada el seno de margaritas, la espalda de margaritas, los muslos de margaritas. ¡Rosa! ¡Rosa!

II. Desearías encontrar motivos para poder decir, como tu primo Alberto, ¡Oh, Dios, oh, Santo Dios! ¿Por qué me abandonáis a mis pobres fuerzas en tan difícil trance? Pero si a tu primo Alberto, hijo mío, alguien le acompañase en tan difícil trance, tu primo Alberto sería mucho menos feliz. El mismo me lo confesó en cierta ocasión, con lágrimas en los ojos: tía, por favor, no descubras ese hombro...

III. Por la radio hace ya setenta y dos horas que, pese a tu atención, no tocan lo de la gondolera de los dorados bucles y la profunda mirada. Cursi, pero eficaz. A mí también me duele, créeme.

IV. No estás seguro de que cuando yo te reprendo y te digo, por ejemplo, hijo, ¿por qué te empeñas en ir por la acera en zigzag para no pisar raya? ¿No ves que eso da lugar a murmuraciones?, lo hago sólo pensando en tu porvenir. V. La luna, el pálido astro de la noche, como decía aquel ministro de Transportes tan gracioso, está en una fase poco propicia.

VI. En la cervecería «La libélula de raso plateado que silba, canta, bebe y contagia la felicidad», ya no despacha sandwiches de jamón de York aquella aldeanita galesa de piernas torneadas, que tenía las mejillas de tornasol y el pelo negro como el azabache. Se llamaba..., no recuerdo cómo se llamaba. Pero sí recuerdo que cuando lavaba los vasos con violencia, le quedaba tensa y reluciente la línea del escote.

VII. Tu novia querida, la señorita Pepper (no, no me da la gana, no quiero llamarla con ese ridículo nombre que tiene), es bizca de sentimientos. Cuando te lo dije te irritaste, pero ahora ya te vas dando cuenta de que las madres decimos siempre la verdad.

La verdad es que no estuve prudente al pedirte que me ayudases a devanar esta madeja de lana color ciclamen que había comprado, ahora que vienen los fríos, para hacerte un tapabocas que te preservase de los resfriados y de las bronquitis.

4.

UN TANGO DE LOS VIEJOS TIEMPOS

Cuando bailo contigo aquel tango siniestro que empieza Ven a mis brazos otra vez, olvida lo que pasó, me siento una niña. ¡No somos nadie, hijo mío, nadie, absolutamente nadie, Eliacim querido! Con los cabellos plateados... ¡ Qué horror!

La boca amarga... ¡Qué horror! La mirada muerta... ¡ Qué horror!

Hijo, baila conmigo este tango, llévame bien apretada contra ti, y canturrea por lo bajo esta letra repugnante que me devuelve la juventud y que me llena el pecho de malas intenciones. Obedece a tu madre, hijo: que nadie pueda decir que me desobedeces.

5.

LA TRADICIÓN

Tú, hijo, mientras no ames la tradición nunca serás feliz del todo, serás feliz tan sólo a ratos perdidos, cuando, por más que te obstines, ya no tengas más remedio que serlo, así, así, como una bolita que, a fuerza de mirarla mucho, toma confianza y se transforma de repente en un escarabajo de élitros color de oro viejo:

Tú, hijo, mientras no ames la tradición, no verás crecer lozanas en tu corazón las orquídeas, no, las azucenas mejor, las azucenas que fabrican las famas útiles, las famas que se cotizan y que hacen que de quienes las poseen se diga: es un encanto de muchacho, lo veremos llegar muy alto.

Tú, hijo, mientras no ames o finjas amar la tradición no pondrás el huevo de oro.

Yo cumplo con advertírtelo, como es mi deber. Ahora, tú, haz lo que mejor te parezca.

6.

UNA PARTIDA DE PÓKER EN LA QUE NO MEDIA INTERÉS

Eran tres los jugadores, hijo, tres y tú, cuatro. En el reloj sonaba la una de la noche. El bar estaba repleto de damas y caballeros. Aquel americano a quien, días más tarde, puso la policía en la frontera, empezaba su perorata como todas las noches: Ladies and gentlemen. Hace bien eso de ladies and gentlemen. La joven duquesa de Selsey contaba a gritos aquello tan procaz del torero y el perro de caza. El almirante Mac Trevose, sonrosado por la dicha, rozaba con sus rodillas las rodillas de Mrs. Stornoway, la tímida pelirroja que tantos disgustos da a su marido. Tú, hijo, abstraído en tu partida de póker, olvidabas las más elementales normas de la mecánica celeste.

Cuando, cogiéndola de la muñeca, dijiste a María Rosa perdón, prefiero que no haga usted trampas, y su marido te dio aquel terrible golpe en la boca, yo, puedes creerme, me sentí orgullosa de ti.

7.

LO MALO VINO DESPUÉS

Eras un muchacho atormentado. Ponías al mundo un gesto huraño. Te sentías quizá más complicado de lo necesario. Componías tus versos y tus prosas sin gran acierto, esa es la verdad. Pensabas o, mejor aún, soñabas tus cosas con cierto gusto, con cierto rigor, incluso, y los fragilísimos latidos del pétalo de una flor, o el bronco son de una mariposa de innúmeros colores volando, o la mirada capaz de derribar catedrales de un gorrión_ enamorado, o tu corazón, sobre todas las cosas tu solitario corazón, te parecían como los alfiles y las torres y la dama y los peones del jugador de ajedrez, lógicas piezas de un valor puramente convencional.

Lo malo vino después.

8.

EL COÑAC Y EL RON

En los jóvenes como tú, Eliacim, existe siempre un poco la posibilidad de una desmedida afición a lo sinóptico.

Yo te decía constantemente: tú piensa siempre sobre poco más o menos, tú piensa siempre en general, siempre es conveniente un poco de confusión, pero tú, tercamente, te obstinabas en desoír los consejos de los mayores. Ahora, ¡menos mal!, ya eres empleado del Estado, ya eres funcionario público, y ya puedes valerte por ti mismo. Sin embargo, creo que debes modificar aún ciertos hábitos. Al pavo de Pascua nadie le corta el cuello antes de darle un par de copitas de buen coñac, ¿ tú te das cuenta? Es como un rito. A los condenados a muerte también les dan a tiempo una copa de ron; parece que van más, ¿cómo diríamos?, más reconfortados. El ron es una bebida muy de hombres.

9.

EL CABALLITO DEL DIABLO

Me gustaría que fueses un caballito del diablo, o algo tan pequeño y elegante como un caballito del diablo, para poder llevarte eternamente cerca de mi corazón.

10.

LOS PUROS DE LA HABANA

Cuando acabaste tu carrera, incluso después del año de prácticas, cuando ya verdaderamente y sin lugar a ningún género de dudas acabaste tu carrera, me llevaste al parque y en un banco de madera que hay al pie del viejo nogal «El gusano de la suerte», me dijiste, poniendo un gesto tan trascendente que, por un momento nada más, bien es cierto, pensé en una declaración de amor

-¿Estás contenta de mí, querida madre?

Yo estaba mirando fijamente para unos dibujos alegóricos que otra mujer y otro hombre, otro día ya pasado, habían grabado en :a corteza del nogal a punta de navaja, yo, la verdad, no supe qué contestarte. Me cogiste un poco desprevenida.

Quise rectificar porque pensé: mi hijo, que tenía puestas todas sus ilusiones en este trance, se merece que lo trate con mayor dulzura, con más amoroso ademán. Entonces te dije

-¿Sabes cuáles son los puros de La Habana más aromáticos, más deleitosos, mejor formados?

Tu vista fue detrás de la mía y juntas se posaron sobre un corazón atravesado por una flecha que aquellos amantes del otro día dejaron sobre la corteza de «E1 gusano de la suerte», el viejo nogal, el muro de las lamentaciones.

11.

ISABEL

En el hipódromo, la otra tarde, te dejaste llevar por el sentimiento y perdiste tu dinero. La vieja Isabel te embaucó con sus malas artes y ahora te toca pagar las consecuencias. No

escarmientas, no escarmientas. Y no será porque no esté constantemente, ¡ ay!, encima de ti.

Que tiene airosa la figura, es cosa que ya sé. También sé que es de buena familia, que está bien educada, que aun no hace mucho tiempo tuvo éxitos considerables en las playas del Canal. No importa: yo sigo creyendo que los seis años que tiene Isabel son ya excesivos. Y en las dos millas, más aún.

12.

UNA VELADA LITERARIOMUSICAL CON LA PRESENCIA, INCLUSO, DE ALGÚN EX MINISTRO

Se organizó con una gran seriedad, la verdad es que la organizaste con una gran seriedad, muy en su punto hasta en los más mínimos detalles, los que con frecuencia pasan inadvertidos incluso para las más duchas amas de casa. Los asistentes quedaron muy satisfechos, la calidad de las pastas era excelente y, gracias a Dios, pudo encontrarse a tiempo whiskey escocés del mejor. Lejos de mi ánimo está el tratar de restarte mérito alguno, pero la verdad es que todo se desarrolló con una gran suerte.

Tú, haciendo los honores, tenías una soltura impensada, un aire conmovedor, una evidente gracia artificial: parecías un secretario de embajada, un modisto, un joven predicador, un perfumista, casi un coiffeur pour dames.

A todos nos encantó verte levantar cuando, con una mano en alto como para decir he aquí, señoras mías, un encantador modelo de primavera, tan chic como sencillo, en el que la elegancia de la línea no es estorbada por ningún elemento innecesario, etc., sonreíste con tu más expresiva y cautivadora sonrisa: señoras y señores, tengo mucho gusto en presentarles a ustedes al joven poeta del Sur, hasta hoy desconocido entre nosotros, cuyas ideas estéticas, etc.

El joven poeta del Sur, que tenía los pantalones y la americana algo cortos, las caderas redondeadas y la tez pálida, se sujetó los lentes y empezó a recitar su poesía: «Tengo un profundo sentimiento en recordarle a usted, señorita, sus reiteradas

e incumplidas promesas de eterno amor que se perdieron, ¡ ay!, entre las brumas.»

El corpulento señor ex ministro - a quien todos, como para herirle en sus sentimientos, presentaban diciendo: el señor Fulano de Tal, ex ministro de tal cosa - entonó un canto

a la patria, en versos de catorce sílabas, y después hizo al piano una demostración que fue muy festejada.

Yo, hijo, como no sabía lo que hacer, sufría cuando me mirabas, sufría de un modo horrible e implacable.

13.

EN LA PISCINA

Las gruesas, las tremendas, las monstruosas señoras de la piscina, todas madres, llevaban ya cinco días nadando sobre el ahogado. Tú fuiste quien me lo dijo. El agua era mudada cada domingo por la noche y el ahogado, un muchacho de provincias que vivía modestamente de dar clases de solfeo, estaba allí, según todos los síntomas, desde el lunes por la mañana. El viernes por la tarde el agua sabe a cloro y tiene un color agrisado, como de leche sucia.

Las gruesas, las tremendas, las monstruosas señoras de la piscina, todas madres, nadan torpemente, tragando agua, escupiendo agua. En otro tiempo, ¡ cómo pasa el tiempo!, había abusos, muchos abusos, tú fuiste quien me lo dijo. Las gruesas, las tremendas, las monstruosas señoras de la piscina, todas madres, se paraban, de vez en cuando, y sonreían pasmadamente, con un gesto cuya interpretación no ofrecía dudas. Tú me lo explicabas muy bien, nadando por la habitación como una gorda señora sin encantos. ¡Qué risa daba verte! La

empresa, entonces, mandó echar en el agua unos polvitos misteriosos, unos polvitos que inventó un químico alemán, y cuando las gruesas, las tremendas, las monstruosas señoras, todas madres, se paraban y sonreían pasmadamente, con un gesto cuya interpretación no ofrecía dudas, los polvitos misteriosos entraban en acción y alrededor de las señoras se formaba una aureola de color encarnado.

-Fue necesario tomar esa medida heroica y vergonzosa -fueron tus palabras, rebosantes de caridad como un limón. Las gruesas, las tremendas, las monstruosas señoras de la piscina, todas madres, llevaban ya cinco días nadando sobre el joven profesor de solfeo, el joven que había puesto todas sus ilusiones en la conquista de la ciudad.

Vaya. Ahora, con eso de los polvitos misteriosos, sucedía que, a veces, una señora salía del agua y se iba, con el bañador pegado y chorreando, hacia los vestuarios. Algunas se vestían y se marchaban, a disponer sus hogares. Otras, no; otras volvían a echarse a nadar sobre el ahogado, sobre el joven profesor de solfeo que, como nadie cuidó de cerrarle los ojos, parecería, a buen seguro, un joven besugo muerto.

Tú, hijo mío, siempre me has parecido más bien un pájaro, un pájaro encantador.

14.

PERTINAZ LLUVIA SOBRE LOS CRISTALES

La lluvia cae pertinaz sobre los cristales, hijo mío.

Hace un mal día y los insectos, en las verdes y luminosas praderas, en los verdes y oscuros montes, procuran buscar el cauteloso vientre de las piedras, el vientre que rebosa clemencia.

Cuando tú ibas a nacer, hijo mío, la lluvia no caía pertinaz sobre los cristales y un sol radiante lucía en medio del cielo mientras el barómetro señalaba las saludables presiones.

Hacía un tiempo de primavera, hijo mío, y los insectos voladores escribían tu nombre, con letras de color de oro, sobre las nubecillas breves y blancas.

¡Jamás pensé que pudiera llegar a quererte tanto!

14 bis.

PERTINAZ LLUVIA SOBRE LOS CRISTALES (Otra versión)

La lluvia cae pertinaz sobre los cristales, Eliacim,

Hace un tiempo íntimo y amoroso, un tiempo como para escondernos dentro de nuestro propio corazón, dentro de nuestros propios corazones: los corazones que pudiéramos pintar ardiendo.

Sueño, apaciblemente, con la idea de que este tiempo se prolongue, de que este tiempo dure y se eternice como mis mejores y más puros pensamientos hacia ti.

Tú, vete, Yo me quedaré al lado de la chimenea, mirando para la butaca que no has querido ocupar. Pero no estaré sola, te lo juro, Tu madre todavía no está en edad de quedarse sola como una piedra del camino,

... Tú, vete...

15.

«ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA»

Era un pequeño periódico de provincias que tenía secciones graciosas, secciones llenas de encanto. Yo lo compraba todos los días para leer tu nombre, que no venía casi nunca.

Las secciones se llamaban «Efemérides», «De Sociedad», «Vida local», «Santoral y vida religiosa», «Nuestra ciudad hace veinticinco años», que era la sección más graciosa, «Del Ayuntamiento», «Caza y pesca», «Cinco minutos de ocio. Juegos y pasatiempos», «Anuncios breves», «Poesía, al alborear el día», que era donde a veces salías tú, «De cocina» y «Administración de justicia».

(La gente leía esta sección disimuladamente, como sin darle una excesiva importancia.)

16.

SIEMPRE ES CHISTOSO PENSAR EN LOS NIÑOS PEQUEÑOS

Sí. Cuando tú eras pequeño, relativamente pequeño, y no habías pasado aún del principio de Arquímedes... Bueno, es una historia algo larga. Tenías tirabuzones, unos tirabuzones rubios, suaves y frondosos... Sí, quizá demasiado larga. Tú, hijo, eras la admiración de la ciudad, con tu linda chalina de seda natural y tus zapatitos de tafilete marrón...

Es una larga y extraña historia, Eliacim querido, que pienso que no debe contarse entera.

17.

EL VECINO BIEN EDUCADO

Tú, no. Pero tu primo Ricardo, ¡ah, tu primo Ricardo! Tu primo Ricardo es un zángano que no hace más que disgustar a su madre.

Tu primo Ricardo, el muy botarate, tiene un vecino a quien convendría disecar, en su día, claro es, para que figurase en el Museo Municipal y a todos nos sirviera de ejemplo. El director del Museo Municipal ordenaría pasarle un suave plumerito con frecuencia y ordenaría también lavarle los ojos con clara de huevo, esos ojos que parecen preguntar al visitante.

-¿Ha leído usted el decálogo del morador de la urbe? -¿Morador de la urbe? No me suena...

El vecino de tu desagradecido primo Ricardo tiene tantas habilidades que, probablemente, para contarlas no habría bastante con la serie de los números naturales. La más impresionante de sus habilidades (bueno, una de las más impresionantes y que te cito tan sólo a título de ejemplo) es la del sorprendido viajero del ascensor. El vecino de tu asqueroso primo Ricardo, con la sonrisa en los labios, dice, llegado el momento no; tiene poca fuerza el ascensor, yo subiré andando, muchas gracias. (El único defecto que podría achacársele al vecino del gran tunante de tu primo Ricardo, es su desmedido amor a la mentira: el ascensor tiene una fuerza tremenda, es uno de los mejores y más poderosos ascensores que he conocido en mi vida.) El vecino de tu primo Ricardo, el bribón de tu primo Ricardo, mete al sorprendido viajero en el ascensor, da al botón y sale corriendo escaleras arriba.

El vecino de tu primo Ricardo, a quien llamaría muy gustosamente malnacido si no fuera hijo de mi hermana, siempre llega a tiempo de abrir la puerta en el tercero, en el cuarto,

en el quinto y hasta en el sexto o séptimo. A los pisos de más arriba llega ya con cierta dificultad, con ciertos síntomas de Sonríe, dice ¡op! y después respira profundamente. -¿Tú te das cuenta, hijo mío? -te pregunté una vez y te vuelvo a preguntar ahora-. ¿Tú te das cuenta?

18.

EL TREN DE CREMALLERA

El tren de cremallera es un tren pequeño, pintado de blanco, tirado por una máquina vetusta que se llama «Bosque de abetos», como los hoteles para enamorados clandestinos, y que

es gobernada por un viejo maquinista vestido de esquimal que fuma en pipa, como un marinero.

Tú, con tus esquíes al hombro, te subes al tren de cremallera, buscas un sitio bueno, te asomas a la ventanilla y dices adiós a las chicas que hay en la estación y que subirán después, cuando vengan sus novios a recogerlas. El tren de cremallera se pasa el día haciendo viajes...

Todos nos pasamos el día de alguna manera.

19.

LAS CHIRIMOYAS CON KÚMEL

Tomar de postre chirimoyas con kúmel es signo de distinción, de una gran distinción. A mí me agradaría mucho, hijo mío, si en el restaurante «La manzana de la discordia», tan frecuentado por los miembros de la Cámara Alta y sus familiares, pensases un día cualquiera: voy a dedicar un recuerdo a mi mamá querida y pidieses de postre chirimoyas con kúmel. ¡Te lo agradecería tanto, si vieses!

20.

¿QUIERES ALGO DE LA CIUDAD?

Dímelo, por favor, siempre que vayas a la ciudad. ¿Qué trabajo te cuesta? Te prometo responderte siempre: no, hijo, nada, muchas gracias, y aunque necesite magnesia, o algodón

de zurcir, o sellos, o agujas nuevas para el gramófono, o sal,

o la última novela de ese amigo tuyo francés que se está haciendo tan famoso, te diré siempre, siempre, te lo prometo no, hijo, etc.

21.

LAS MOSCAS

Quizás alguien habrá estudiado ya con detenimiento las numerosas, las numerosísimas variedades de moscas que hay. La gente dice las moscas, las moscas, o bien las moscas, las moscas, las moscas, y en ese las moscas, las moscas, o en ese otro las moscas, las moscas, las moscas, cabe todo.

Pues bien, hijo, yo creo que las variedades de moscas que hay son, por lo menos, veinte. Poco puedo decirte sobre esto. Sería conveniente que algún estudioso entomólogo te aclarase estos conceptos.

22.

LA HORA

Hijo, tú, hace ya años, llorabas desconsoladamente cuando en el paseo, al ir a preguntarle la hora a un señor, el señor, en vez de decirte las doce, que es la hora que siempre preguntan los niños, te respondía,

-Las uá, monín, van a dar las uá.

Yo te prometí comprarte un magnífico reloj suizo, un reloj donde nunca se marcaban las uá, sino las ci, las indio bravo, las bañador, las bo, las mag, las siete y las cinco.

Si no te lo he comprado, ya sabes tú por lo que es.

23.

LEVANTÉMONOS AI. AMANECER PARA VER LA SALIDA DEL SOL, LA MAJESTUOSA SALIDA DEL SOL SOBRE LA VIEJA Y RE-DONDA COLINA DONDE CRECEN LAS AROMÁTICAS Y TÍMIDAS FLORECILLAS SILVESTRES

Todo esto me dijiste tú, una noche después de cenar. Yo tuve que responderte: no, hijo, no; a pesar de todo, no.

24.

LA TRUCHA

Cuando íbamos a pescar truchas al río Rápido y nos pasábamos las horas muertas, en silencio, considerando varias y homogéneas cosas, por ejemplo, lo listas que son las truchas, lo voraces, lo veloces, o bien, seguramente nos han visto ya, o bien, incluso, el día es realmente hermoso, ¿qué importa que en el cesto no haya ni una sola trucha?, ¡qué bien lo pasábamos!, ¿te acuerdas?

Tú llevabas una visera verde para el sol y un botellín de plata, con tus iniciales, lleno de coñac. Yo solía llevar un delantal de cretona, de los varios que tengo, y unas gafas oscuras.

Comíamos debajo de cualquier arbolito y bebíamos agua recién nacida, agua de una fuente que brotaba de nuestros pies, un agua que estaba quizá demasiada fresca, demasiado pura. Lo que más nos gustaba era ver, desde lejos, los gruesos, los lustrosos toros de Sussex, cuya carne es tan apreciada, ¿te acuerdas? ¡Qué bien lo pasábamos!

A la ciudad volvíamos mustios y cariacontecidos, ¿te acuerdas?, con el alma pálida y la cabeza debajo del ala.

25.

¡ BOTICELLIANO ! ¡ BOTICELLIANO

Le desearía la muerte entre horribles y pacientes tormentos orientales.

La muy ladina, en cuanto ve un niño, aunque el niño sea, realmente, una verdadera basura, dice a grandes y desacompasadas voces que hieren el tímpano: ¡boticelliano!, ¡boticelliano!

Es una vieja maestra de la que yo, hijo mío, guardo muy mal recuerdo. Te ruego que lo compartas conmigo. No huele bien, sino mal, y no admite que nadie haga nada bien hecho, ni a derechas.

Si se habla del tiempo, dice que el tiempo es malo. ¿ Malo del todo? Bien, cuando menos, malo para la salud o malo para la agricultura.

Si se habla del hermoso sol que luce en el cielo, dice que el hermoso sol que luce en el cielo es malo. ¿Malo del todo? Sí, sin duda, es un sol precursor de la tormenta. ¡Ay, Santo Dios, las chispas eléctricas, que matan a los pastorcillos del monte!

Si se habla de Natalia, que tiene unos hondos y negros ojos bellísimos, dice que Natalia es indecente y viciosa, que se le ve en sus hondos y negros ojos bellísimos, aparentemente bellísimos. ¿Por qué?, ¿qué ha hecho? ¡Ah! ¡Hay que ver más allá de lo que se hace o de lo que no se hace! ¿Para qué nos ha dado Dios la capacidad de deducción?

Si se habla del alcalde, dice que el alcalde es ladrón, ladrón en potencia, que son los peores.

Sólo si ve un niño se estremece y grita, con su voz chillona y desacorde de lechuza: ¡boticelliano!, ¡boticelliano!

Yo, ya te digo, le desearía la muerte entre espantosos y lentos tormentos chinos.
Hijo, no me desasistas.

26.

UNA BOLSA DE GOMA PARA CALENTAR LOS PIES

Te la compré cuando acabaste el bachillerato, porque no me parecía bien que un bachiller anduviese con sabañones. Los hijos de Esperanza, que eran tímidos y ojerosos, podían andar llenos de sabañones porque ya lo esperaba la gente, pero tú, hijo, tú no.

Tú me dijiste: es hermosa la bolsa, ¿te costó mucho dinero? Entonces la vida aún no había subido tanto, pero la bolsa, sin embargo, era una bolsa cara, una bolsa de primera calidad.

Cuando venía con ella hacia casa le hice una poesía. No la recuerdo muy bien, sólo sé que empezaba así:

Bolsa de goma que calentarás, los pies de mi hijo querido,
de mi hijo amado T mil veces amado,
de mi hijo que, ;aún hace tan escaso tiempo!, se graduó de bachiller,
¿le calentarás siempre con dulzura, mimosamente?

Ya sabes, Eliacim, que cuando se trata de tus cosas me torno muy sentimental.

Seguramente habrá en el mundo, e incluso en nuestra propia ciudad, gentes innobles que no creerán en la pureza de mi pensamiento. Nada me importa; yo sé de sobra cuál es el camino que he de seguir y cuáles son las palabras que debo decirte al oído para levantar tu ánimo, deprimido algunas veces. También sé qué clase de ejemplos son buenos para la juventud y qué clases de ejemplos son malos para la juventud.

27.

LA. MONEDA FALSA

Con tu moneda falsa en el bolsillo, hijo mío, tenías un gracioso aire de monedero falso. Los monederos falsos, hijo mío, son suspicaces y taimados, como alacrantes o como segundas doncellas, y en las reuniones de familia nadie los defiende, ni siquiera tío Alberto que, como tú sabes muy bien, es un disoluto que tuvo una novia mulata y que tiene, todavía, muchos amigos en el Continente.

Cuando entraste en la mercería «La lanzadera del Láncaster» y, con tu bonita moneda falsa en el bolsillo, quisiste comprar unas ligas para regalar a tu mamá querida en el aniversario de su boda, ¡qué lejos estabas de suponer que te iban a agujerear tu moneda falsa clavándola. con una punta de París en el duro mostrador!

Los golpes resonaban, seguramente, como dados sobre una tumba y tú, hijo, siempre tan sensible a los ruidos, te estremecías, bien cierta estoy, igual que un recluta ante la bata de encaje de la mujer del coronel, que, sin duda, se llama Luisa. (Debo advertirte, hijo mío, que me imagino la bata de encaje de la mujer del coronel, de soltera Luisa Mac Ducaud, colgada sobre el respaldo de una butaquita, en una alcoba desierta para la vista pero no para alguno de los otros sentidos, tibia y a media luz. La mujer del coronel, como tú sabes, es joven y, según dicen, algo temperamental. El coronel Tomlinson también es joven, lleva muy buena carrera; en la frontera N. W. de la India se pierde la salud, pero se asciende velozmente.)

28.

LAS CARTAS QUE NOS TRAE EL CORREO

¡Estabas radiante! ¡Qué contento te pusiste cuando el correo te trajo aquel anónimo que llevabas tantos meses esperando!

Recibir anónimos, Eliacim, fue siempre un lujo difícil, algo que no todo el mundo puede permitirse, algo que a muchos está vedado. Tu pobre padre (q. D. h.) hubiera dado cualquier cosa por recibir algún anónimo, de vez en cuando, y poder decir en el club eso de la cobardía y eso otro de lo mejor es no hacer caso.

Tu anónimo, querido mío, era bello y gentil. Era también amenazador, suavemente, ligeramente amenazador. Es difícil -decía- llegar a ministro de Colonias o a presidente del consejo de administración de un banco, de una compañía petrolífera, de un gran trust. Pero también es difícil encontrarse una mujer desnuda comiendo hierba en una pradera, o vivir eternamente, o saber si un caballo es conservador o laborista

los caballos son veleidosos y, a lo mejor, un caballo normando, harto de sudar horas extraordinarias en los docks, es laborista, y un caballo pura sangre, con un pedigree de almanaque Gotha y que se llevó ya dos veces el Derby, resulta conservador.

Recibir anónimos, hijo, es algo tan difícil, o casi tan difícil, como llegar a ministro de Colonias o a presidente del consejo de administración de un banco, de una compañía petrolífera, de un gran trust. Es, sin embargo, más fácil que encontrarse una mujer desnuda comiendo hierba en una pradera o que vivir eternamente o, al menos, por encima de los quinientos años.

29.

LA SOPA

Debe tomarse sopa? O bien, ¿no debe tomarse sopa? En el primer supuesto, ¿qué clase de sopa debe tomarse? ;Debe tomarse crema Argenteuil, crema Longchamps? ?Debe tomarse consomé Colbert, consomé Mille Fanti? ¿Debe tomarse Ox-tail soupe?

¡Ay, hijo mío, qué ignorancia la de los hombres ante la sopa! A muchos grandes hombres quisiera yo ver, a muchos grandes hombres que han pasado a la historia en letra de regular tamaño, pensando ante esto que yo ahora, ¡pobre de mí!, quisiera explicarte bien claro.

Es mucho el cariño que guardo a tu recuerdo, ¿no es así? Pues bien, a pesar de todo, nada útil puedo decirte sobre la sopa.

30.

LOS PENSAMIENTOS DEL TÚNEL

Cuando el tren se mete en el túnel, hijo mío, como un brazo que entra en la manga de un traje de etiqueta, todos los viajeros procuran adoptar posturas convencionales, como los muertos, posturas que quieren decir: no se crea usted que a mí los túneles me producen sobresalto, no; a mí los túneles me dejan indiferente, como si nada pasase.

Los fumadores se llevan con lentitud el cigarrillo a la boca para que todos veamos que la candelita no titubea, que la candelita tiene una firmeza espartana, y los no fumadores, que antes, en los trenes de antes, tenían un departamento especial todo lleno de carrasperas, procuran carraspear con displicencia, como diciendo: pero, hombre, por favor, ¿será posible que ustedes puedan pensar que la oscuridad nos atemoriza?

(Sólo las muchachas casaderas, que tienen la cabeza a pájaros y la espalda estremecida, entran en el túnel con un ilusionado y vergonzante rubor, y salen del túnel pálidas y henchidas de una falsa congoja, como simulando ser muchachas recién abrazadas por primera vez.)

Es sumamente curioso, hijo mío, sumamente curioso y aleccionador, observar cómo, cuando el tren se mete en el túnel, todos los viajeros adoptan bien estudiadas posturas, como los muertos.

31.

ROPA INTERIOR DE SEDA NEGRA

Recuerdo bien, Eliacim, hijo querido, mi tierno capullito de rosa silvestre, sabrosa y ácida fresa campesina, mi hijo, que cuando yo me vestía y me desnudaba ante la fotografía de fin de carrera en la que ya estabas hecho un hombre, tú siempre torcías un poco el gesto al ver, sobre mi blanca piel, mi ropa interior de seda negra.

(Para haber muerto tan joven, hijo, podías haberte permitido ciertas faltas de respeto que yo jamás te hubiera echado en cara.)

Te juro, hijo mío, que nunca pude pensar que tenía todo aquello malicia alguna. Te juro, asimismo, que te estoy mintiendo. Habría sido suficiente una sola indicación tuya para que yo desterrase para siempre mi ropa interior de seda negra, que hubiera sido cambiada, prenda a prenda, por ropa interior de seda de colores suaves adornada con sencillo encajito blanco.

Te agradaría más? ¡ Qué necia he sido!

Yo respeto todos los puntos de vista, hijo, absolutamente todos. La experiencia me dice que los hombres tenéis, sobre determinadas cuestiones, vuestros particulares y diferentes puntos de vista.

32.

TUS PAPELES SECRETOS

Cuando mi desgracia quiso, amor, que tu cuerpo se oscureciese en el delicado llanto de la mar, yo revolví tus papeles secretos con el corazón en la garganta. ¡Qué días!

Yo he sido, hijo, la única culpable de tu timidez. Amaste mucho todo lo que yo te enseñé a amar, y te sobrecogió la idea de seguir amando. Yo pude haberlo sospechado.

Tú, hijo, ya es hora de decírtelo, te hiciste tímido en la adolescencia, cuando te cambió la voz. (Te ruego que no insistas sobre las causas de tu timidez con esa ya inútil crueldad.) ¡Qué gran tristeza, hijo mío! Haz un verdadero esfuerzo para no culparme.

En otra ocasión (tampoco te lo aseguro) seguiré con tus papeles secretos, ahora no puedo hacerlo.

33.

¿ES PECADO EL TRABAJO?

Es un pensamiento que siempre me ha preocupado, hijo, porque siempre he temido caer en la herejía.

Yo pienso que el amor al trabajo, hijo mío; no el trabajo, es un grave pecado y en esa idea procuré educarte.

El hombre no fue creado para trabajar sino para holgar y no comer del árbol prohibido. Sólo cuando pecó y fue expulsado del Paraíso, se encontró con que tenía que ganarse el pan con el sudor de su frente:

No amemos las maldiciones de Jehová. No caigamos en la blasfemia.

34.

EL INSTINTO DEL DINERO

Es difícil el instinto del dinero, hijo mío, el instinto que encumbra a las gentes.

Nadie estudia para millonario, Eliacim, como nadie estudia para poeta: se estudia para economista o para profesor de preceptiva, pero se muere pobre y sin inspiración.

El poeta saca sonrosadas nubes de todo lo que toca; el millonario convierte las piedras en piedras de oro.

Es inútil proponerse llegar a millonario o a poeta. La vocación no basta. La inteligencia no es precisa. La aplicación es una virtud alocada como un pájaro sin ojos. Pero hace falta el instinto, los difíciles instintos de la poesía y del dinero.

El instinto del amor, hijo, es de otro orden. Ni tú ni yo lo tuvimos o lo tuvimos tan guardado que no nos sirvió para nada.

Fe, hijo mío, es creer lo que no se ha visto. Tú has visto ya el estío, pero no sé si lo has visto tal como es, tal como yo te aseguro que es.

Debes creer que en esto, como en todo, te digo la verdad y nada más que la verdad.

40.

EL MAR, UN MAR, ESE MAR

El mar es una palabra que me causa náuseas, algo de lo que no puedo hablar con serenidad. El mar es una joven bella e insoportable a quien las cosas le han ido demasiado bien en esta vida.

Un mar, un mar cualquiera, aunque sea un mar concreto y determinado, no es nunca nada. Un mar, un amor, un asno, una aterciopelada flor, un niño perdido en una gran ciudad, un funcionario perseguido sañudamente por el jefe de personal, una bala que va volando bajo el cielo de una batalla. Es muy vago todo esto, muy impreciso. Quizá lo que suceda sea que todas las cosas necesitan su nombre.

Ah, pero también tienen sus inconvenientes las cosas con su nombre concreto! Aquel fatídico amor que se llamó Pirámide; aquel asno siniestro y desapacible que volvía la cabeza, cuando escuchaba pronunciar la palabra Catulo; aquella flor bautizada de Extraña Esperanza; aquel niño que se perdió porque nadie le dijo, dame la mano, Ricardo Henriques; aquel funcionario que en su hogar se llamaba Oprobio y en la oficina Conmiseración; o aquella descocada bala Margarita que buscaba afanosamente el páncreas del más tierno recluta del batallón. El nombre del mar Egeo (Mediterráneo oriental) es un nombre que no quiero pronunciar. O, cuando menos, un nombre que quiero pronunciar lo menos posible, como una penosa obligación de la que quisiera constantemente huir.

41.

LOS MUERTOS Y OTROS PENSAMIENTOS IGUALMENTE VANOS

Los muertos suelen tomar posturas sorprendentes, hijo mío. Probablemente, si ellos pudieran verse, serían los primeros sorprendidos. Es posible que fuera curioso un largo y detallado estudio sobre las posturas que adoptan las gentes para morir. Sus posturas podrían clasificarse en grupos y, al frente de cada uno de los grupos, figuraría un tierno animal doméstico aterido, una gallina, un conejo de corral, un pato, un suave y gruñidor lechoncillo. Si la gente fuera más culta de lo que es, Eliacim querido, podría saberse ya, a estas alturas, qué postura sería la preferida por cada cual al llegar el momento. Tu pobre padre (q. D. h.) prefirió, hijo mío, una caritativa postura de gata parida. Daba risa verlo. Algunos amigos tuvieron que ayudarme a desdoblarlo para poderlo meter en la caja.

Pensamientos vanos pueden albergarse varios al cabo del día; es tan sólo preciso prestar cierta atención. Un guardapelo con un bucle dorado, un niño que todavía no conoce los azotes, otro niño sabio en las artes del vuelo de la oropéndola. ¡Multitud, multitud de ellos!

42.

LORD MACAULAY

Siempre te amé mucho, hijo mío, siempre te distinguí con mi más egoísta y sincero cariño, siempre has sido para mí algo así como la meta de todas mis aspiraciones. Pero yo hubiera preferido verte ecuánime y circunspecto corno Lord Macaulay, elegante, conservador y perito en historia de Inglaterra.

Quizá la culpa de que no hayas sido un Lord Macaulay sea mía y de nadie más. En ti, tu padre tuvo muy escasa parte, muy reducida contribución; a los hijos, los tenemos tan sólo las

madres, que os albergamos, siempre con nuestros propios pensamientos, arropados en todo un cúmulo de violentos y fecundos amores inconfesables. El padre, tu padre, hijo mío,

jamás pasó de ser otra cosa que un elemento decorativo, la disculpa para que nosotras podamos amar en el hijo todas sus virtudes: las que tienen forma y las que no la tienen, las que tienen nombre y las que no lo tienen, las que sirven para algo y las que, por raro que parezca, también sirven para algo.

Lord Macaulay, hijo, hubiera hecho un gran papel siendo tu madre. Siendo tu padre, no hubiera hecho más que cumplir con su deber. Pero el tiempo, Eliacim, es algo contra el cual aún no he descubierto la manera de luchar.

43.

LAS MONARQUÍAS

Resulta entretenido pensar en las monarquías. Una puede echarse en un sofá y empezar a pensar, como los sacerdotes indios: empiezo a quedarme sin los dedos de los pies, ya no

siento los dedos de los pies; se me ha caído el pie hasta el tobillo, mi pierna acaba en el tobillo; la pantorrilla se disuelve como el azúcar, ¡qué bien se está sin pantorrillas! ; los muslos se pierden igual que un barco que se aleja en la mar, conforta sentirse sin los muslos; la monarquía se esfuma como una sutil nubecilla, descansa en un extraño limbo sin brújula y sin reloj.

Defendamos nuestra propia monarquía porque es el último reducto de nuestro corazón. El corazón no está en el pecha, sino clavado en lo más recóndito e inmostrable de nuestras monarquías.

No defendamos, tercamente, el endurecido, el encallecido rey. La monarquía es algo que no está vinculado a la persona del rey. Pero la monarquía, sin duda, necesita un rey: un rey que haga latir, con cierta objeto, nuestro insaciable corazón.

44

ITALIA, FRANCIA, ESPAÑA, NUESTRA VIEJA INGLATERRA

En Italia, las madres aman a sus hijos sintiéndose siempre un poco bellísimas y violentas Beatrices.

El amor maternal en la concreta y dulce Francia suele ser un aleccionador espectáculo poblado de remotas reservas. Madame Bovary fue una madre sin tacha.

En la remota España, las madres muerden a los hijos en el cuello, hasta la sangre, para demostrarles su tenaz e invariable amor. Mr. Borrows, que anduvo vendiendo biblias por la anchurosa Castilla, así nos lo cuenta, según me afirma Mrs. Perkins, aquella señora tan ocurrente que mató a su marido poniéndole una irrigación de ácido nítrico rebajado con agua.

En nuestra vieja Inglaterra, las madres no tienen una manera determinada y prevista de amar a sus hijos varones. En esto, como en otras muchas cosas, existe una gran libertad.

45.

YO AMO LA BARAJA ESPAÑOLA

Yo amo la baraja española, la baraja de los bastos, las copas, las espadas y los oros. Tiene más emoción, y es también más poético, jugar al naipe con la baraja española.

Cualquiera de las cartas de la baraja española es un vivero inagotable de sugerencias, todas ellas acogedoras, acariciadoras y amistosas. Con la baraja española, las venas más profundas de la nuca sudan con un deleitoso y finísimo sudor, con un sudor del que no suelen percatarse más que las personas elegidas.

Tú nunca sentiste gran atracción por la baraja española y yo, por más que te instaba a que la amases, no conseguí sino evasivas e incluso desplantes. Verdaderamente tú has sido un muchacho escasamente precoz en tu desarrollo glandular.

46.

LA ORDENACIÓN URBANA

Las gentes andan ahora muy atareadas con eso que se llama, de una manera un tanto misteriosa, la ordenación urbana.

En algunos países, hijo mío, Urbana es nombre de mujer. Las mujeres que se llaman Urbana no suelen ser bellas, pero sí, en cambio, de caritativos sentimientos, de amables reacciones, de afectos duraderos, de principios de una gran solidez.

No tiene mucho sentido esto de la ordenación urbana. Los urbanistas podrían dar una inequívoca muestra de sensatez matando sus ocios adiestrándose en las útiles artes de Isaac Walton, el perfecto pescador de caña. Quizás así las calles y las plazas de las ciudades vendrían trazadas con una sinceridad mayor. Todo pudiera ser.

47.

EL RELOJ DE ARENA

Resulta entretenido ver pasar el tiempo por el cuellecito del reloj de arena.

Cuando escribo estas líneas en tu recuerdo, Eliacim, es lunes. El reloj de arena no marca los días de la semana, es un reloj de arena muy pequeño, pero yo sé que es lunes, a mí me consta que es lunes, y nadie podría quitarme de la cabeza que en este momento es, exactamente, lunes.

A veces me siento morir, los lunes sobre todo, invadida por un inconcreto y fortísimo deseo de vivir tres o cuatro días más adelante, el jueves o el viernes, por ejemplo. Entonces me digo: hoy sin duda alguna es jueves ya. Aunque deseo vivir el jueves y estoy casi segura de que lo consigo, me figuro que es lunes, pero que esa figuración mía no pasa de ser un error. Entonces miro el calendario y la cabecera del periódico y veo que el calendario y la cabecera del periódico sufren la misma equivocación, la misma alucinación que yo. Salgo a la calle y a una señora bien parecida que veo le pregunto: ¿sería usted tan amable, señora, que me indicase qué día de la semana es hoy? La señora entonces me responde: muy gustosa; hoy, amiga mía, es lunes, es lunes todo el día; mañana será martes; pasado, miércoles; al otro, jueves; y así sucesivamente.

Está muy extendida la común creencia de pensar que todos los lunes son lunes. Sería más hermoso que parte de la humanidad defendiese firmemente que algunos lunes son jueves. Quizá si la U. N. O. ordenase construir relojes de arena públicos, capaces de marcar los días de la semana y los meses del año, esto pudiera llegarse a conseguir.

Mientras no se tome una determinación heroica y casi revolucionaria, yo seguiré atenazada al duro banco del no poder decidir por mí misma en qué día de la semana vivo y en qué día de la semana quiero vivir.

Esto, hijo mío, no es el libre albedrío.

48.

LA SOLEDAD

Hace ya tiempo, hijo mío, pensé que la soledad rigurosa podría reflejarme tu sombra sobre los objetos. Pero no fue verdad. Tu sombra, a veces, se presentaba, sí, pero de una manera borrosa, desvaída, vacía de todo encanto.

A ti, hijo, a tu recuerdo, consigo apresarlo mejor entre los hombres, los animales y las cosas, entre los minerales, los pájaros del monte y los vegetales del jardín. Quizá no te

parezca mal. Te podría jurar que todo lo hago para poder sentirte más cerca de mí, más encima de mí.

La soledad, hijo mío, no es buena madera para poder pasar las yemas de los dedos sobre la huella de tu nombre, Eliacim.

49.

LOS INVIERNOS EN EL INVERNADERO

¿Te imaginas, querido Eliacim, los amorosos, los aburridos inviernos de las cebollas del tulipán en el tibio y húmedo invernadero, en el vicioso invernadero?

A veces pienso, hijo mío, que desearía convertirme en un puñadito de estiércol del invernadero o en esa mimosa araña de largas y peludas patas que cuelga, casi inverosímilmente, de su hilo que brilla con descaro al sol…

Otras veces, en cambio, estoy tentada de destruir el invernadero, de destruirlo desordenadamente para poder solazarme entre sus ruinas, para poder pasearme descalza sobre los vidrios rotos, sobre los ladrillos rotos, sobre las enteras y milagrosas cebollas del tulipán.

50

ESA CALVA CALAVERA QUE LLEVAMOS DENTRO, AUNQUE PROCUREMOS NO RECORDARLO

Siempre fui educada en la idea de que las calaveras están secas como las carrascas del monte a las que mata el rayo.

Y mi soberbia fue castigada por Dios condenándome a tenerte presente, hijo mío, con la calavera convertida en cámara nupcial de las medusas.

Pero tampoco me consuela esta idea, Eliacim, tú tienes una madre muy poco resignada.

51.

YO QUISIERA COMPONER UNA POESÍA

Yo quisiera componer una poesía en tu honor, una poesía en la que cupiesen las más bellas y significativas palabras niño, gris, desesperanza, cautelosa huida, piernas, sacrificio, sentimiento, caramelo, próximo horizonte, adiós.

Si yo tuviera valor, Eliacim, compondría una poesía en tu recuerdo, una poesía en la que cupiesen las más bellas y significativas palabras: adolescente, gris, irremisible, descarada huida, muslos, agonía, amor, fruta seca, horizonte en la mano, adiós para siempre.

52.

LA PIEL, ESE SISMÓGRAFO

Cuando la especie humana consiga no sentirse demasiado ruin, usará la piel, ese gran invento, como sismógrafo.

De mí puedo decirte; hijo mío, que me siento muy feliz cuando un escalofrío me recorre la espalda, o cuando se me eriza el vello de los brazos, o cuando noto recubriéndome las sienes una heladora y algo áspera piel.

Entonces entiendo que por tus ojos sale un diminuto pez ciego.

53

SIN ANTIFAZ, SIN GUANTE, SIN CAMISA

Así, Eliacim, los héroes más honestos, aquellos que, como tú, preferisteis dar a los peces marinos lo que no supimos reteneros las madres terrestres.

¡Ah, si fuera erizado y violento pez de los abismos, o finísima arena del fondo, o sal!

Sin antifaz, sin guante, sin camisa, también puede morirse, Eliacim, sin pena ni gloria. Y arrastrando, incluso, los pecados que no se cometieron, los más antiguos y dulces pecados, aquellos pecados que hubieran sido capaces de transformarnos en cajas de resonancia, quién sabe si en acariciadoras cajitas de música.

54.

LAS FLORECILLAS CAMPESINAS

Me gustaría haber empezado, cuando todavía era joven y, si no hermosa, por lo menos lozana, allá por el tiempo en el que tú viniste, sin sorpresa alguna, al mundo, una bien ordenada colección de florecillas campesinas.

Disecadas con primor y pegadas, cada una de ellas, en su pliego de papel de barba, la colección de mis florecillas campesinas podría ocupar ahora un armario entero, un armario milagroso.

Yo, ahora que estoy tan sola, me pasaría las horas muertas delante de mi colección, como un sepulturero, imaginándome violentos y abortados campeonatos de amor floral, que es, quizás, el más cruel y condenado de todos los amores.

Con mi armario habitado por los malos pensamientos, hijo mío, el mundo no estaría para mí pintado tan de blanco color como hoy lo está. Y tú, a lo mejor, asomabas tras la margarita o por debajo de la virtuosa aliaga.

Si tuviera una cumplida colección de florecillas campesinas, Eliacim, viajaría hasta el mar que te acuna para dejarla caer, de golpe, sobre las olas.

Pero no me acordé a tiempo.

55.

LA PRESENCIA DEL DIABLO

Cuando era niña, se me aparecía el diablo casi todas las noches. El diablo, para aparecérseme, adoptaba las formas más variadas. Unas veces fingía ser un perro pequeñito y de color canela, que olía a jazmín; otras, una araña minúscula y negra con sabor a menta; otras, un ligero temblor en la pared que brillaba como las luciérnagas; otras, tu abuelo, Eliacim, que tenía corpulenta la presencia pero atiplada la voz.

Mi padre, hijo mío, había sido siempre muy desgraciado porque, aunque era muy feliz, no se lo creía. Cuando iba a darme la bendición, por las noches, y un beso en la frente, olía con gran intensidad a azufre.

Yo, en aquel tiempo, hijo mío, era tan ingenua, que me ilusionaba ser hija del diablo. Cuando lo pensaba, con los ojos bien cerrados, sentía un calorcillo corriéndome por el pecho como un ciempiés enloquecido.

Después las cosas variaron mucho.

56.

¿A PIE? ¿A CABALLO? ¿EN BICICLETA? ¿EN DILIGENCIA? ¿EN AUTOMÓVIL? ¿ A BORDO DE UN TRANSATLÁNTICO LUJOSO? ¿EN TREN? ¿EN AVIÓN?

Para buscarte, Eliacim, para poder ir a la cárcel por ti, no perdería mi tiempo en elegir.

Cuando se quiere con la firme decepción con que yo te quiero, hijo mío, no se gasta la pólvora en salvas; eso queda para las amantes cuyo reloj aún guarda las horas de la ilusión.

Para buscarte, Eliacim, para dar lugar a la murmuración por ti, no regalaría a nadie ni un solo minuto, ese minuto que, después, nadie me habría de devolver.

No sé cómo verás tú las cosas. Lo que sí puedo asegurarte es que, en mi caso, no verías las cosas de muy diferente modo que yo.

57.

EL ARGOT

Si supiera hablar bien el argot, nadie sería capaz de escucharme una sola palabra fuera de él.

Si pudiera encanallar mi lengua, jamás la volvería a mover para la virtud.

El argot, hijo mío, es un poco ese pariente tarambana a quien todos envidian y todos fingen despreciar.

Yo hubiera querido para ti, Eliacim, una vida de argot. (Tampoco me hagas mucho caso: quizá sea cosa que decimos las madres cuyos hijos murieron, gloriosamente, en el cumplimiento de su deber.)

58.

NAVEGACIÓN A VELA

Si viviéramos tú y yo en los tiempos de la navegación a vela, ¡ ah, si viviéramos tú y yo!

En los tiempos de la navegación a vela, la mar semejaba una alcoba en la que, ¡qué pena haber nacido a destiempo!, tú y yo nos hubiéramos encontrado.

Pudiera ser que, al vernos, no supiésemos lo que decirnos. Para estos momentos de indecisión, los dioses crearon el sentido del olfato, que es algo parecido al radar de las almas.

En los tiempos de la navegación a vela, Eliacim, la mar fingía ser un bosque de amorosos senderos, una selva que había perdido su virginidad por amor.

Hoy, ya no.

59.

NOCIONES DE ARQUITECTURA

El arco de contrapunto, Eliacim querido, es un arco sencillo de distinguir. Pero no es la sencillez lo que yo, por lo menos en este momento, quiero para ti.

Con ciertas nociones de arquitectura, hijo mío, un hombre como tú es capaz de mostrarse irresistible ante las mujeres de la más varia edad, incluso ante las viejas como yo.

El arco de herradura, Eliacim querido, es un arco elegante y peligroso. Pero no es la elegancia, aunque sí el peligro, lo que yo, Por lo menos cuando te imagino como hubiera deseado tenerte, quiero para ti.

Con ciertas nociones de arquitectura, hijo mío, un hombre como tú muere ahogado en el llanto de las mujeres que destrozó para siempre, de las mujeres que no pudieron mantenerle la mirada. Ni nada, absolutamente: tal era su fuerza.

El arco en ojiva, Eliacim querido, es un arco socorrido y gentil. Pero, entre muchas más cosas, no es la caridad ni la gentileza lo que yo hubiera necesitado de ti.

Con ciertas nociones de arquitectura, hijo mío, un hombre como tú vive con el alma nutrida de amor.

La verdad es que tú, Eliacim, nunca tuviste unas elementales nociones de arquitectura. Tú, Eliacim, eres más bien un desertor.

60.

ANIMALES EN LIBERTAD

¿Te imaginas, hijo mío, los animales del monte en libertad, las alimañas dañinas y las mansas y sentimentales bestezuelas, el lobo y la garduña, el gamo y el rebeco, la víbora y el jilguero?

Te imaginas, hijo mío, la saludable algarabía del monte con todos sus animales en libertad, con todos sus corazones latiendo sin compás?

En el fondo del mar, hijo mío, los peces gozan aún de una libertad mayor, de una libertad más silenciosa, más íntima, más de ellos mismos.

Quisiera ser sucio pulpo del abismo, hijo mío, para poder abrazarte, para poder decirte al oído: ahora ya no te podrás escapar jamás. Aunque sé bien que no me habías de oír, que

siempre te hiciste el sordo a las palabras de tu madre, Eliacim.

y también quisiera, ¡qué vana pretensión!, ser sirena del acantilado, hijo mío, para poder recitarte a Homero o, al menos, para poder gustarte un poco.

60 bis.

ANIMALES EN LIBERTAD

(Otra versión)

Si fueras un animal en libertad, Eliacim, una raposa, un topo, un grillo, un buitre, yo te perseguiría sin caridad, yo te perseguiría con perros, con trampas, con veneno, con las más precisas y mortíferas armas. Todo, Eliacim, antes que permitir que te volvieras a escapar, igual que una avergonzada gaviota, por los caminos que la mar borra, inclementemente, cada mañana.

Pero tú, hijo mío, no eres un animal en libertad. Pido perdón por no haber sabido hacer de ti un animal en libertad, un gorrión, un ciervo volador, una liebre,

61.

LA DEBACLE DEL MARCO EN LA OTRA GUERRA

En Suiza, en los países escandinavos, en España, y también en otros muchos sitios, hubo multitud de gentes que se arruinaron con la debacle del marco en la otra guerra. Aquello parecía el fin del mundo.

Me ilusiona pensar que los billetes de banco puedan dar estos sustos; los sustos que yo me llevé en mi vida eran de un orden muy distinto.

Y el último, Eliacim, lo espero todavía.

62.

LOS PULIDOS GUIJARRILLOS QUE ARRASTRA EL AGUA

En los ríos de montaña, Eliacim, el agua corre arrastrando pulidos y bien lavados guijarrillos blancos, negros, azules, rojos, según.

Los insectos que vuelan sobre las aguas, la libélula transparente, la ortodoxa mariposa, o que se mecen en los juncos de la orilla, la araña maternal, la monstruosa y fiera mantis religiosa, miran, con extrañeza, para los pulidos guijarrillos de colores que viven en el lecho del río, y en su lengua ignorada los llaman con nombres que en la nuestra equivalen a diamante, azabache, zafiro, rubí.

Los pulidos guijarrillos que arrastra el agua, Eliacim, son la imagen de la ficción, la luminosa sombra de la ficción. Yo te lo dije un día, sin éxito alguno, pensando un poco que el saberlo pudiera servirte para que te curases en salud.

Pero me desobedeciste.

63.

EL RELOJ DE SOL

El reloj de sol tiene horas vivas, horas de jornada, y horas muertas, horas de vacación y de holganza.

El reloj de sol sólo sirve para marcar la hora con fidelidad, sin prestarse a transigencia alguna.

El reloj de sol no adelanta ni atrasa y sobrevive al hombre que lo construyó y a todos los suyos.

El reloj de sol no conoce la enfermedad ni la muerte. La enfermedad, para el reloj de sol, no se llama avería: se llama terremoto. Su muerte, Eliacim, sería la muerte del sol.

El reloj de sol ofrece siempre seguridades excesivas.

64.

EL COMERCIO

Desde niños pequeños, hijo mío, algunos hombres distinguen, entre mil olores, el delicado y persistente olor del comercio. Es una habilidad como cualquier otra de las habilidades precoces.

El joven comerciante, cuando en su corazón empieza ya a florecer el matorral que da los frutos que se compran y se venden, adivina remotas, difíciles, complejas señales que le

conducen, como un sonámbulo o como un iluminado, hasta las metas más elásticas y variables, aquellas que pocas veces se alcanzan.

En las familias, cuando nace un comerciante, se pintan los cielos rasos de verde, para que la ciudad entera conozca el acontecimiento, y se da un pienso extraordinario a las palomas mensajeras que, cansadas de ir y venir, se refugiaron en el campanario como fantasmas.

En nuestra casa, hijo mío, nunca se pintaron los techos de verde. Tu pobre padre (q. D. h.) tenía muy comunes y adocenadas ideas sobre el color de las habitaciones. Y así nos fue.

65.

LOS SUCESOS

Hay gentes muy importantes, Eliacim, gentes de una real y no fingida y tolerada importancia, que se desviven por los sucesos, los atropellos, los descarrilamientos, los raptos, los asesinatos.

Yo me explico, hijo mío, que esto sea así. Los sucesos son como el cemento que cura las caries que miran las sencillas almas de los contribuyentes. Sin los sucesos, hijo, sin su benéfica presencia, miles y miles de hombres se sentirían desfallecer a diario, arrullados por el tenue y cotidiano relincho conyugal, por el tenue y cotidiano relincho filial.

Tú, hijo, que en tu día fuiste también suceso, aunque, ciertamente, no más que suceso colectivo, puedes apuntarte en tu haber muchos, muchísimos latidos de complacencia.

Hay gentes de no dudosa importancia, Eliacim, gentes conocidas y respetadas y que ocupan, con mayor o menor justicia, puestos directivos y de responsabilidad, que se desviven por los sucesos, los envenenamientos, los naufragios, los atracos espectaculares, los delicados y casi químicos asuntos de espionaje.

66.

LOS CARPINTEROS DE RIBERA

Los carpinteros de ribera cantan, durante su trabajo, las bellas canciones marinas que tanto gustan a los veraneantes, unas canciones de monótono ritmo, de un ritmo casi salobre.

Los carpinteros de ribera, Eliacim querido, semejan aplicados y alegres fabricantes de ataúdes, disciplinados y jubilosos artífices de sólidas cajas de muerto.

Cuando los veo trabajar afanosamente, hijo mío, aunque con un afán más bien sosegado, se me ocurren pensamientos tan vanos y pueriles que casi no me atrevo decírtelos por miedo a que me reprendas.

Pero del brazo de un carpintero de ribera, Eliacim, tu madre, en estos momentos, se sentiría muy dichosa paseando a orillas de la mar y viendo cómo las gaviotas escapan, con un pez de brilladoras escamas en el rojo pico, camino de las negras rocas, de las verdes y frías rocas de la costa, de las húmedas rocas que pintan sombras atroces sobre las nubes de ceniciento color.

Es posible que haya alguna tonada que se titule «La novia del calafate». Yo lo ignoro, pero todo pudiera ser.

67.

LOS CACTOS

Las flores del cactos no se mojaron con las aguas del Diluvio Universal. Dicho de otra manera: las flores del cactos guardan, con la misma devoción con la que pudieran guardar una reliquia, el denso polvo del Viejo Testamento.

Me sobrecoge la idea de que Dios me castigue, por mis varios pecados, convirtiéndome en carnosa y erizada hoja de cactos, en perenne y solitaria hoja de cactos.

Si así fuera, hijo mío, ofrecería todo lo poco que tengo y soy para que un cataclismo como jamás se recordara me llevase, aunque fuera en pedazos, hasta el fondo del mar.

Si no, no. Más vale lo malo cuya maldad se conoce, lo malo cuya maldad llega a sernos familiar.

Las flores del cactos, Eliacim, viven sumergidas en un limbo que ignora el llanto.

68.

ABALORIOS FINOS

Tengo un traje bordado con cuentas azules y otro con cuentas verdes. Según los pensamientos con que me levanto de la cama, así elijo mi traje. No me va mal con mi sistema.

A ti, Eliacim, se te notaba en seguida que albergabas en tu espíritu una gran afición a los abalorios finos, una gran afición en ciernes, una gran afición que no llegó a granar, quizá por falta de tiempo.

Yo tengo para mí que los antiguos, los verdaderos sabios de los tiempos antiguos, también se sentían atraídos por los abalorios finos, por las cuentecillas de amables colores con las que yo adorno mis trajes, esos trajes que elijo, cada mañana, según los pensamientos con que me levanto.

Cuando me levanto pensando en ti, Eliacim, me pongo el traje bordado con cuentas azules. Y cuando me levanto pensando en ti, hijo mío, me pongo el traje bordado con cuentas verdes.

69.

LOS HIJOS MAYORES

Tu pobre padre (q. D. h.), Eliacim, había sido el hijo mayor entre los suyos, era algo que se le notaba en seguida, algo que no hubiera podido ocultar aunque se lo propusiese.

Los hijos mayores, Eliacim, a veces incluso a su pesar, suelen llevar pintado en la frente un borrón oscuro que les entenebrece el ánimo y la voluntad: ser hijo mayor es uno de los menesteres más peligrosos que puedan caber a un hombre.

Los viejos de los contornos, en el día en que nace la primavera, se dirigen al monte con los ojos vendados y eligen, al azar, un hijo mayor cualquiera, un hijo mayor que es despeñado desde la roca más alta, entre las carcajadas de sus compañeros y las lejanas lágrimas de las mozas que rezan por su alma mientras las campanas doblan a muerto.

Son muy curiosas. Eliacim, las costumbres aún existentes en algunos países de remotas culturas.

70.

EL VERANO EN LA CIUDAD

El verano, hijo mío, es la estación de la ciudad, el triunfo de la ciudad. A mí me hubiera gustado veranear contigo en una ciudad que no fuese la nuestra, en un hotel en el que ya

casi no quedaran habitaciones, en un hotel lleno de tímidas, de recoletas parejas de recién casados. Bien veo ahora que tanta dicha sería pedir demasiado, pero, ¿qué quieres?, tampoco veo por qué he de renunciar a todo.

El verano, contra lo que la gente piensa, es el tiempo de la ciudad, la ocasión que la ciudad espera, ¡con cuánta amarga resignación, algunas veces!, para desnudarse y mostrar sus encantos y sus cicatrices.

Te acuerdas, Eliacim, de lo bien que lo pasamos, aquel verano que no salimos de la ciudad, en la despedida de soltero de Mr. Mennant, aquel señor de Singapoore tan gracioso? ¿Te acuerdas de las lecciones de torear que nos dio M. Jacques Tourneville, de Carcassone? ¿Te acuerdas también de lo mal que le sentó la ginebra a la tiple Fiorella dei Campi, aquella dama gordita que le vació un sifón por encima a Sir Edward Harriman?

Sí, hijo mío, el verano es el espejo de la ciudad, la nodriza de la ciudad, la apoteosis de la ciudad. Como a la gente le falta valor para saberlo, huye de la ciudad por los veranos.

71.

LA MINA

El hombre de la mina, Eliacim, guarda sus pensamientos en el hondo poro del que sale, a diario, para llorar su asco sobre la luz de la tarde. Tú desapareciste muy joven, Eliacim,

para darte cuenta perfecta de las cosas demasiado elementales, esas cosas que tienen su clave en la madurez.

Si alguna vez una señora en la mejor edad me preguntase, pongo por caso, ¿a su hijo Eliacim le interesa la cuestión minera?, yo le respondería, mirándole desafiadoramente a la cara lo ignoro; mi hijo y yo, señora, no solemos hablar de estos as, créame.

El aire de la mina, Eliacim, sabe a botica antigua o a hierro y también a mano que se ha tenido muchos años guardada en el arca. Tú desapareciste tan joven, Eliacim, que no llegaste a dominar la pequeña ciencia de los sabores, esa pequeña ciencia que tiene su cifra en la desilusión.

Ah! Pero si alguna vez una golondrina me preguntase, digamos, ¿a su hijo Eliacim le interesa la cuestión minera?, yo le respondería mirándole agradecidamente a la cara: sí, sin duda, mi hijo Eliacim me lo confesó un día que me tuvo cogida a mano más de media hora, en un cafetín de barrio.

El mineral de la mina, Eliacim, puede ser de tres clases diamante, oro, carbón. No es cierto que haya minas de estaño.

72.

EL AGUA DE LA FUENTE

Tú entraste con muy firme paso, Eliacim, y dijiste: con el agua de la fuente se pueden hacer verdaderas maravillas. Ah, sí?, te respondió aquella muchacha algo tísica con la que coqueteabas (me refiero a Miss Stadford, la hermana del capitán Stadford). Sí, verdaderas e insospechadas maravillas. ¿Cuáles? Se lo voy a decir: abluciones, gárgaras. ¡Ah, creí que se refería usted, Eliacim, a los juegos de agua de las fuentes ! Sí, también, a los juegos de agua de las fuentes también me había querido referir, lo que sucede es que no me dio usted tiempo. Perdón. Está usted perdonada. ¿Podría preguntarle una cosa, Eliacim? Tú, hijo mío, sonreíste con una gran dulzura para decir que no.

(Sería empachoso seguir con la historia, tan al por menudo, de vuestro flirt.)

73.

EL GANADO EN EL ESTABLO

El ganado en el establo está alineado como la infancia en el colegio o la tropa en el cuartel. Las vacas, para el vaquero, son todas iguales: como los niños para el maestro y los soldados para el capitán. Pero esto es mentira, hijo mío, una gran mentira, una abyecta y cruel mentira. ¡Qué más da!

El ganado en el establo muestra tal mansedumbre que los visitantes medianamente inteligentes se estremecen de pavor al verlo. Lo mismo pasa con los niños del colegio y con los soldados del cuartel. Los mansos, hijo, los resignados, los silenciosos, guardan en su corazón los intactos saquitos del odio, las almacenadas reservas del odio con el que sueñan cegarnos algún día.

El ganado en el establo, Eliacim, está alineado como los hombres que esperan su fusilamiento.

74

LAS ANCESTRALES COSTUMBRES DEL TIBET

Tú leías con gran detenimiento, hijo mío querido, un libro sobre las ancestrales costumbres del Tibet, un libro ilustrado con copiosas fotografías. Me ilusiona recordarte enfrascado en la atenta contemplación de las murallas de Lhasa.

Los jóvenes como tú, hijo, van perdiendo la afición a los formativos libros de viajes, a los diarios de los exploradores, y prefieren repetir las necedades propias de los poetas. Las ancestrales costumbres del Tibet, Eliacim, no las recogen los poetas en sus poesías.

Pero yo puedo asegurarte, hijo mío, que entre las ancestrales costumbres del Tibet también figura el amor, en sus más varias manifestaciones. jamás estuve en el Tibet, Eliacim, ni siquiera cerca, pero puedes dar por seguro lo que te digo: me lo contó un español que se llamaba Sebastián Rico y que era algo pariente del Dalai Lama. Sebastián Rico tenía unos bellos ojos negros incapaces de mentir. Yo, hijo, estuve algún tiempo enamorada de él, aunque la verdad es que nunca fui correspondida, por lo menos correspondida del todo.

75.

COCINA VEGETARIANA

Tiene grandes partidarios, en vastos sectores de la opinión, la cocina vegetariana. Yo, particularmente, hijo mío, pienso que la cocina vegetariana es buena para los primeros platos, aunque no más que para los primeros platos. Necesitaríamos cinco estómagos, Eliacim, panza, bonete, libro, cuajar y un quinto estómago sin nombre, para poder decir que la cocina vegetariana es buena del todo, buena para el paladar, buena para los nervios, buena para los músculos y buena para el alma.

La cocina vegetariana, hijo mío, quiebra en sus fundamentos: el hombre necesita envenenarse, Eliacim, para saberse hombre. El hombre es un animal envenenado, quizás el único animal envenenado.

La cocina vegetariana, hijo, es la abdicación, es quitarle a la vida el temor a todas las venganzas, ese emocionados latido, ese isócrono latido.

Tiene muchos partidarios, en amplios sectores de la opinión, la cocina vegetariana. Pero no importa.

76.

UNA COLECCIÓN DE RÍOS

Tu tío Alberto tenía una gran colección de ríos. Las mañanas del domingo las dedicaba a su magnífica colección de ríos y se pasaba el tiempo hablando por teléfono y cambiando los ríos que tenía repetidos. El Nilo, el Danubio, el Amazonas, el Volga, el Mississippi, eran los ríos más frecuentes, los ríos que primero encontraban los principiantes, los jóvenes aficionados. En cambio, el Escalda, el Sar, el Po, el Tordera, el Zam-bezee, eran ríos difíciles, ríos que guardaban en sus colecciones tu tío Alberto, el presidente Roosevelt, el rey Faruk y muy pocos más.

Tu tío Alberto se murió sin ver hecho realidad su sueño dorado, la Federación Internacional de Fluviotecas (F. I. F.), con sede en Londres. Tu tío Alberto había sido siempre un soñador.

A su entierro enviaron representaciones casi todos los coleccionistas de ríos de todos los países ; se abstuvieron los eternos disconformes, que nunca faltan. El momento de tapar la caja fue de una gran emoción, lloraron todos los ríos del mundo.

(Nuestra familia, hijo mío, se ve diezmada por la fatalidad. Tu tío Alberto me dejó en su testamento su colección de ríos. No sé lo que hacer con ella y me gustaría poder consultarte. Quizá lo más prudente fuera devolver a cada río su libertad, no lo sé. Los ríos del mundo correrían por sus cauces gritando, ¡Mrs. Caldwell es nuestro Abraham Lincoln, Mrs Caldwell es nuestro Abraham Lincoln !)

77.

DETESTO DE TODO CORAZÓN

Son tantas las cosas que detesto de todo corazón, hijo mío querido, tantas las cosas que aborrezco de todo corazón, que me sería muy difícil poder enumerártelas. Es una verdadera bendición sentirse viva y con buena salud para poder dedicar algunas horas del día a detestar algo de todo corazón. Lo único que lamento es que tú no puedas acompañarme.

Detestar de todo corazón, Eliacim, detestar hondamente, atentamente, cuidadamente, sin resquicio alguno para la distracción o el hastío, es algo que no a todos se brinda, algo para lo que se precisa un paciente e incluso sacrificado entrenamiento.

Tu madre, hijo querido, detesta de todo corazón casi todo lo que le rodea: el aire que respira, la asistenta que le lava la vajilla, el gato que se deja acariciar, el agua que bebe, el pan que come, la confortable tetera, los programas de la radio, el cigarrillo que arde sin reproche, el vaivén de los viajes, los muebles familiares.

Más cómodo para los dos sería, Eliacim, que te enumerase las cosas que detesto, pero no de todo corazón. Acabaríamos antes y yo tendría más tiempo para seguir detestando de todo corazón.

Lo único que me acongoja, ya te lo decía antes, es que tú no puedas acompañarme. Pero hay cosas que no tienen remedio.

78.

LA HERENCIA DE NUESTROS MAYORES

Eso que se llama la herencia de nuestros mayores, hijo mío, eso que las gentes llaman la herencia de nuestros mayores, Eliacim, suele ser una entelequia sin demasiado sentido. Lo que viene sucediendo es que nadie lo quiere decir, cosa que me explico, aunque no la disculpe, porque resulta más cómodo seguir por donde vamos.

La herencia de nuestros mayores, hijo, es frase para decir con la boca fría y una mano apoyada sobre el pecho. Las frases poco comprometedoras -religión, familia, o bien, la herencia de nuestros mayores, o bien, la unidad de Europadeben decirse siempre con la boca fría y una mano sobre el diafragma. No merece la pena gastarse.

Cuando yo era una niña, Eliacim, y el abuelito, mi abuelito, decía la herencia de nuestros mayores, se me cortaba siempre la digestión. Algunos días, cuando lo repetía dos o tres veces, era necesario incluso llamar al médico. El médico, esa es la verdad, no me hacía mucho caso: le gustaba más hablar con el abuelito de la herencia de nuestros mayores.

Una de las primeras veces que engañé a tu pobre padre (q. D. h.) sentí grandes y difíciles de explicar remordimientos de conciencia, porque mi amante, un apuesto jinete calabrés que se llamaba Carlo Dominici, me habló, ¡con cuánta desconsideración, Santo Dios!, de la herencia de nuestros mayores, del imborrable legado de nuestros mayores.

Ahora que ya soy vieja o casi vieja, Eliacim querido, se me ocurre, a veces, pensar, aunque por fortuna no más que brevemente, en la herencia de nuestros mayores. Me conforta, sin embargo, la idea, si bien en modo alguno me compensa, de que no he dado lugar a nadie ni a nada, absolutamente a nadie ni a nada, que pueda decir, como si tal cosa, eso de la herencia de nuestros mayores, eso que es preciso entonar con el ánimo distraído, la boca fría y una mano en noble actitud.

79.

LAS CASAS DE HUÉSPEDES I

Rumorosas, heladoras, malditas, humildes, aromáticas, las casas de huéspedes, hijo mío, son como la banderita arrugada y blanca del que se entrega sin condiciones, del que se entrega sospechando esa magnanimidad que no existe, esa magnanimidad que tampoco él hubiera tenido.

En las casas de huéspedes, hijo mío, se establecen las más recias y duraderas alianzas entre los estómagos que más dispares pudieran parecer a una primera vista: es la vieja ley que se cumple, inexorablemente, para solaz de los visitantes, de los fieles espectadores de la miseria.

Si tuviera valor, Eliacim, regentaría con mano dura una casa de huéspedes llena de pálidos, de desnutridos, de agonizantes huéspedes a los que procuraría tratar mal. Pero me falta valor, ya no soy nada joven, ya a pocas cosas puedo aspirar.

80.

BENJAMÍN DISRAELI

¡Qué lejanos ya los tiempos, Eliacim, de Benjamín Disraeli y sus bellas casacas!

Cuando salgo a la calle y me cruzo con los marinos de uniforme, con los hombres que visten tu misma mortaja, me siento como viviendo de un raro e inmerecido milagro.

Cuando Benjamín Disraeli era un adolescente y ni tú ni yo habíamos nacido, el mundo tampoco era más desgraciado de lo que hoy es. Me gustaría haber tenido la fuerza de un Benjamín Disraeli para haber conseguido de la Corona toda una larga serie de nada concretas prohibiciones que quizás hubieran ayudado a hacerme más feliz sin ti.

Seguramente, las máximas de Benjamín Disraeli están editadas en un bello volumen.

81.

EL TAÑEDOR DE ACORDEÓN

Yo conocí un tañedor de acordeón leproso que llevaba los gusanitos de sus heridas en una caja de cristal de roca. Iba vestido de verde y de colorado y usaba unos pendientes de oro que terminaban en un cascabel. Había nacido en la más cálida de las colonias portuguesas y, según se decía, era hijo del único caso que se recuerda de haber sido fecundo el viejo pecado de bestialidad. (Parece ser que su madre, que era hija de un traficante de opio y de piedras preciosas, fue poseída por un tiburón que tenía atemorizados a los marineros que surcaban aquel lejano mar.)

Cuando me acuerdo del tañedor de acordeón leproso, Eliacim, me lo represento siempre con tu misma cara, con tu misma sonrisa pintada en sus labios de color morado. Es una idea que me asalta cuando los días amanecen demasiado luminosos y la ciudad se presenta como desconocida, igual que si la hubieran remozado, de repente, todos los jóvenes que la cambiaron por los abismos color verde botella.

82.

MIRIAM, LA TAÑEDORA DE LIRA

Tañer la lira, Eliacim, es menester de espíritus delicados, a mí me hubiera agradado mucho que, de haberte sido posible, te hubieras casado con Miriam, la tañedora de lira.

Sé que es más bien feúcha, sé que tiene un ojo de cristal, aunque de muy buena calidad, sé que está débil de salud, sé que anda ya por los sesenta, pero, ¿a ti qué te importa, si estás muerto?

Tañer la lira, Eliacim, es propio de almas exquisitas, de seres que viven con una mariposa de colores tatuada en e! entrecejo; a mí no me hubiera disgustado nada tener una hija política que se pasara las largas veladas de invierno tañendo la lira sentada en unos cojines de terciopelo carmesí.

La humanidad va perdiendo afición al noble pasatiempo de tañer la lira y esta idea me produce una honda congoja. ¿Verdad, Eliacim, que, si te fuera posible, complacerías a tu madre y tendrías muchos -hijos con Miriam la tañedora de lira?

Se lo voy a decir.

83.

LAS INSTITUCIONES QUE REGULAN LAS RELACIONES ENTRE HOMBRE Y MUJER

A pesar de lo que te digo en el capítulo anterior, Eliacim, el matrimonio, en sí, no es bueno. El caso de tu matrimonio con Miriam, la tañedora de lira, es algo diferente.

El matrimonio es sucio e impuro; el estado perfecto del hombre y la mujer es el del noviazgo. El matrimonio' mata el amor o, por lo menos, lo hiere de mucha gravedad.

La culpa es de los legisladores, como siempre pasa, que permiten la fecundación natural.

84

FRUTAS TROPICALES

Hijo mío, te voy a regalar, ¡que ilusión!, un pijama bordado todo él de frutas tropicales, de bananas, de chirimoyas, de caquis.

Con tu pijama de frutas tropicales, Eliacim, podrás ser algo bastante semejante a un ave del paraíso.

No consigo explicarme cómo las madres que tienen la ventura de que yo carezco, tú ya. me entiendes, no visten a sus hijos, para que duerman felices, de frutas tropicales, de dulcísimas, de empalagosas frutas tropicales.

Tú, Eliacim, en mi caso, no harías lo mismo?

85.

LA SUPERBRUJULA

¡Qué gran estupidez! Día llegará, Eliacim, en que los hombres inventen la superbrújula, una agujita histérica que marcará muchos más nortes de los precisos. Todo viene a resultar hijo, un problema de no saber arreglarnos con los nors, escasos o abundantes, que tenemos a nuestro alcance.

En medio de todo, es una gran suerte para mí saber que nunca entrarás en una tienda de objetos de precisión a comprar una superbrújula con tus ahorros.

Será mi pequeña venganza contra las madres atribuladas que, en su ceguera, se sientan felices de poder ser abuelas.

La superbrújula, Eliacim querido, llegará a ser un grave pecado del que nunca sabremos cómo arrepentirnos.

Y si no, al tiempo. Ya lo verás.

86.

LOS TRENES DE MERCANCÍAS

Fatigosos, casi humanos, resoplantes, los trenes de mercancías, con sus bueyes de matadero, sus briquetas, sus máquinas agrícolas, sus frigoríficos llenos de pescado, van por el

campo y por encima de los puentes sembrando los corazones de los niños con las chispitas de la esperanza.

87.

LAS NUBES

Si te viese aparecer entre las nubes, Eliacim, con unas alas bien cosidas a la espalda, como un ángel, e incluso con una varita de la virtud en la mano, como un hada, probablemente enloquecería de tristeza.

Las nubes, hijo mío, con sus blandas cárcavas y sus cimientos movibles, guardan indescifrables teoremas cuyo planteamiento no es sano para los hombres. ¿Te acuerdas de aquel escalatorres, Eliacim, que un día de niebla escaló, una por una, todas las nubes del cielo y desapareció para siempre? Según los pastores de las montañas, que lo vieron, tenía la cabeza hueca y en su calavera se empollaban los minúsculos huevecillos de las tormentas, los huevecillos que, al reventar, sobrecogen al mundo.

Las nubes, Eliacim, se forman con las almas de quienes mueren en la horca y con las almas, también, de los niños que pecan antes de tiempo. Por eso, en los países del sol, suceden, a veces, cosas inexplicables, misteriosas y agudísimas cosas inexplicables.

Si te viese aparecer entre las nubes, Eliacim, estoy segura que enloquecería de tristeza. No es como un ángel como yo te quiero, hijo mío. Tampoco como habitante de la nube blanca, de la nube gris, de la nube negra.

Es de una manera mucho más sencilla e imposible.

88.

LOS LÁPICES DE COLORES

Con todos los colores del arco iris, hijo mío, se fueron alumbrando todos los lápices de colores del mundo y aún sobraron colores.

Con los colores más fáciles de inventar, Eliacim, con los colores puros y de nombre conocido, se alumbraron los lápices que habían de ser usados por los niños más pequeños, los lápices casi comestibles que llegarían a convertirse, a fuerza de pasar y repasar sobre el papel, en alas de pato y en heridores ojos de ciervo.

En el fondo del cielo, Eliacim, allí donde todas las cosas son más bien de un vago y desvaído tono azul, aún se ven las ruinas de la primera fábrica de lápices de colores que hubo, una fábrica pequeña donde todavía trabajan, entre las piedras que se han ido al suelo, unos hombres viejos y barbudos vestidos como los artesanos alemanes de la Edad Media.

(La caja de lápices de colores que te regalé el día de tu cumpleaños, Eliacim, como era una caja de lápices de colores que jamás se iba a usar, tenía, en vez de lápices de colores,

nacaradas conchas marinas, un colibrí disecado y dos o tres ramitos de violetas. Lloré mucho cuando te puse la caja de lápices de colores sobre la almohada, Eliacim, hijo.)

89.

LOS CRISANTEMOS

No son odiosas las flores del crisantemo, tampoco son amables. Las flores del crisantemo, Eliacim, encierran entre sus pétalos los átomos más indestructibles y permanentes de los corazones de los samurais.

Las madres que llevan flores a las tumbas de sus hijos muertos, Eliacim, eligen siempre el crisantemo porque es la flor de la compañía, la hedionda flor que sabe hermanarse con el dolor como un gusano.

En los jardines donde los crisantemos nacen para ser degollados a tiempo, hijo mío, habita también la caracola donde se refugia el dolor, la cazuelita vacía donde cuelga sus albaranes el dolor.

Si vieses, Eliacim, lo difícil que es llegar a entender el agudo canto del crisantemo, sobre todo en la época del celo! Se han escrito gruesos volúmenes sobre el tema, pero ninguno llega a conclusiones medianamente aproximadas.

90.

UNA EXCURSIÓN CUALQUIERA

1

Cuando ibas a una excursión, hijo mío, a una excursión cualquiera, y te sentías explorador del Himalaya o firme puntal de la más sacrificada ciencia, yo, Eliacim, me echaba a temblar sólo pensando en tu vuelta, que solía ser una verdadera catástrofe.

De tus excursiones, hijo mío, aunque la excursión fuese una excursión cualquiera y sin la menor importancia, volvías rendido y de mal humor, con las facciones desencajadas, el cabello y el pulso en desorden, los ojos con el brillo de la fiebre y la ropa deshecha.

Pero yo no te decía nunca nada, Eliacim ; yo siempre fui muy respetuosa con la derrota.

2

O bien. Cuando las orejas se te ponían más transparentes que nunca, hijo mío, y en torno a tu cabeza nacía el halo precursor de las excursiones, Eliacim, yo sonreía por dentro, con una sonrisa que jamás me quise representar sincera, porque sabía lo mucho que las excursiones representaban para la juventud.

Pero me callaba, me callaba siempre, pasase lo que pasase. Algunas madres tenemos la habilidad de aparentar la más supina ignorancia sobre el resultado de las excursiones.

91.

EDUCACIÓN PREMATRIMONIAL

Aún no ha tomado suficiente incremento, Eliacim, la educación prematrimonial. Y la educación prematrimonial, hijo mío, sobre todo la educación prematrimonial de la mujer, aun rozando la pornografía, es de una importancia como no sospechan nuestros gobernantes.

Con la educación prematrimonial femenina, hijo mío, las recién casadas distinguirían las formas de las nubes, conocerían las raras leyes de las cotizaciones de los valores públicos, serían capaces de saltar los saltos mortales más al uso, adivinarían el tiempo con no mayor error que los campesinos y serían, en todo, el complemento de ese amigo desgraciado, siempre tan horro de complementos, que todos los maridos tienen.

Aún no ha tomado auge bastante, Eliacim, la educación prematrimonial de la mujer. Pero debemos pensar que esta laguna se subsanará algún día, quizá ya no lejano.

Cuando esto ocurra, hijo mío, los matrimonios arderán de gozo, como los pajares, con llamas altísimas y despidiendo millares y millares de chispas de fuego de siete colores. Será un día muy grande y muy feliz para la humanidad, Eliacim.

92.

LAS GAFAS AHUMADAS

Con tus gafas ahumadas para el sol, Eliacim, con aquellas gafas con las que estabas tan gracioso como un francés, tuve un gran disgusto el día que las perdí en el autobús.

Yo, Eliacim, llevaba siempre conmigo tus gafas ahumadas, para acariciarlas y pasármelas con cuidado por las mejillas y por los párpados cuando nadie me miraba, y un día, el otro día, las perdí de una forma inexplicable, de una forma que me llenó de congoja y de abatimiento.

(Está visto, Eliacim, bien visto ya que todo fuerza y lucha por separarnos, por cortar las débiles amarras qué aún pudieran unirnos. Quisiera el aplomo que nadie tuvo en nuestra casa, hijo mío, para poder sentirme más fuerte en la pelea.)

Con tus gafas ahumadas para el sol, Eliacim, no estabas hermoso, pero sí estabas sintomático. Yo tuve un gran disgusto el día que las perdí en el autobús, un gran disgusto del que podría culpar a mucha gente, aunque no lo hago.

93.

CLASE DE NATACIÓN

Aunque, desde niña, hubiera tenido una diaria clase de natación, hijo mío, no creo que a estas horas supiese nadar. Quizá sea mejor, sin embargo, esta ignorancia mía, esta no habilidad que, con un poco de valor, podría llevarme mucho más rápidamente hasta donde te encuentras esperándome. Algo de lo que más me preocupa, Eliacim, es recordar tu buen estilo de nadador, tu velocidad, tu resistencia. Un nadador en medio de la mar, hijo mío, un verdadero nadador, podría representar, con una fuerza trágica desusada, el recio papel de Tántalo a la perfección.

En un mapa, Eliacim, el mar Egeo está lleno de clavos ardiendo, lleno de tablas varadas.

Perdóname que pase a otro punto.

94.

CLASE DE EQUITACIÓN

Te gustaría, Eliacim, ser venturoso y jovial jockey de hipocampos, correr, con el viento de espaldas, el Derby de los hipocampos? ¡Ah, quién fuera sirena de la mar, hijo mío, brisa de la mar, arena de la mar, gota de agua de la mar, para comprar todos los hipocampos en venta y hacerlos correr, contigo y con tus compañeros encima, para que tú ganases siempre, Eliacim !

Me ilusiona tanto esta idea, hijo, que desde mañana mismo voy a aplicarme a la clase de equitación que hasta ahora llevé sin entusiasmo alguno, como una vieja sortija a la que se tolera. Y si llego a merecer las felicitaciones de mi profesor, Eliacim, te prometo hacer lo indecible para que el Almirantazgo ofrezca una copa que ganaré todos los años, pase lo que pase, para regalártela llena de florecitas blancas y doradas.

Sí, Eliacim, es muy formativa y saludable la clase de equitación que recibo cada mañana para sentirme un poco princesa encantada.

95.

CLASE DE ESGRIMA

Me duele el seno izquierdo, hijo mío, de saberlo tan manchado de tiza. Mi maestro de esgrima, Eliacim, con el florete en la mano, es una verdadera máquina automática de marcar con tiza el seno izquierdo de sus alumnas, sin distinción de edades. Desde que en los orfanatos de caridad, Eliacim, se adiestra a los niños pobres en el manejo de las armas de los caballeros, el mundo anda mucho más confuso y revuelto, mucho más al desgaire y al buen tuntún: aunque, sin fijarse con un mayor detenimiento, pudiera parecer lo contrario.

Las clases de esgrima que recibo, hijo mío, llevan a mi espíritu una gran desorientación. A veces, pienso que tengo la cabeza en el seno izquierdo y dejo de razonar de repente. Son momentos muy felices, pero que duran poco. Otras veces, en cambio, pienso que tengo el seno izquierdo en la cabeza y que mi maestro de esgrima me va a vaciar los ojos.

96.

LOS MUEBLES CONVERTIBLES

Tú sabes bien, Eliacim, que los muebles convertibles, esos muebles que lo mismo sirven para un roto que para un descosido, son más prácticos que elegantes, más útiles que vistosos, más airosos que sólidos. A los animales convertibles les pasa lo mismo, a las gallinas, a los perros de pastor, y a los hombres convertibles, también: a los alemanes, a los americanos.

Tú, hijo mío, que te habías criado en una relativa holgura, eras enemigo declarado de los muebles convertibles, de los sofás-cama, de las escaleras-butaca, de las mesas-silla de tijera, etcétera, y no admitías que muchas gentes encargasen al ebanista un lavabo-muro de las lamentaciones o un tocador-chimenea de la esperanza, por ejemplo, acosados por el pálido espectro que habita en los bolsillos vacíos.

Ya sé, Eliacim, que tu postura era la que correspondía a los dictados del buen tono, pero, ¿qué trabajo te hubiera costado tener algo más de caridad?

Los muebles convertibles, hijo, como los animales y los hombres convertibles, como los minerales y los vegetales convertibles, como los climas y los paisajes convertibles, como los amores y los patriotismos convertibles, son las pepitas de oro que todavía se sacan, con grandes sudores, bien es cierto, de la agotada mina de oro que, en mejores tiempos, hizo feliz a los hombres que no necesitaban convertirse en hombres convertibles.

Pero hoy las cosas han cambiado mucho, Eliacim.

97.

LOS GLOBOS CAUTIVOS

Si tú me lo pidieras, Eliacim, sería capaz de subir, gateando por el guiderope, hasta el más alto de los globos cautivos, hasta aquel globo que parecía no más que una manchita de lápiz entre dos nubes, en el medio mismo del cielo.

Me pondría unos pantalones de hombre, para manejarme con mayor soltura, y me tocaría la cabeza con una gran pamela, para que el viento tuviera por donde empujarme hacia arriba.

Debe dar gusto, hijo mío, ver el mundo desde un globo cautivo, verlo tan lejos que pudiera parecer, incluso, otro globo cautivo, mayor, sí, pero quizás, aun más cautivo. ¡Vete tú a saber!

Si tú me lo pidieses, hijo, sería capaz de destrozarme las manos, ya te digo, para que tú me pudieses adivinar más alta y más torpe que los más altos y torpes pájaros.

98.

EL INSTINTO DE MATERNIDAD

El instinto de maternidad, hijo mío querido, es algo mucho menos abstruso de lo que la gente piensa, algo mucho más fácil, quizá, de adivinar que de entender. El instinto de maternidad, Eliacim, se pinta con frecuencia de purpurina o de humo para no tener que dar, desvergonzadamente, la cara. El instinto de maternidad, hijo, es algo que parece ser que conviene ocultar, algo que debe velarse con pudor.

La araña, hijo mío, que es, entre todos los animales, el que más agudizado presenta. el instinto de maternidad, se disfraza con frecuencia de flor de las praderas o de ciervo del bosque para no verse obligada a tener que explicar a cada paso sus raras costumbres.

Entre las mujeres, Eliacim, y tu madre lo es desde hace ya bastantes años, el instinto de maternidad viene ocultándose bajo

el opaco barniz de la buena educación. Probablemente está mal, pero es así.

Yo noté, no se lo digas a nadie, que no podía sustraerme al instinto de maternidad, el mismo día que tú estrenaste tu primer pantalón largo, un pantalón gris príncipe de Gales con el que estabas resplandeciente.

Hasta entonces, siempre había pensado que el instinto de maternidad era un tópico para uso de señoras casadas de la clase media de abajo.

99.

LOS PERROS DE LUJO

Quisiera ser perro de lujo, Eliacim, caniche soñador, foxterrier audaz, basset sentimental, scottish-terrier ensimismado, pointer aventurero, pekinés huraño, indolente galgo ruso, para no verme obligada a soportar la idea de tener que vestirme de fiesta para recibir la condolencia de mis mejores y más antiguas amigas por tu deserción.

Los perros de lujo, hijo mío, viven muy alejados de todas las conveniencias sociales, viven muy al margen de todas estas ligaduras que atan a las madres de los héroes.

Y si fuera perro de lujo, Eliacim, caprichoso perro de alfombra, podría darme descaradamente a las drogas venenosas, a los más enloquecedores elixires, sin miedo a la murmuración, que es lo que hoy me contiene. Ya veremos hasta cuándo.

100.

EL DEPORTE

El deporte fortalece los músculos, tonifica el alma, embota la inteligencia. O bien: el deporte arruina la fisiología, reblandece el espíritu, agudiza el discernimiento.

Como comprenderás, Eliacim, no voy a perder mi tiempo, este tiempo que, por otra parte, me sobra y no sé lo que hacer con él, en aclararme lo que pienso que puede seguir confuso eternamente.

Si hubieras sido deportista, hijo, un verdadero campeón en el deporte que hubieses preferido elegir sin que yo osara, ciertamente, inclinarte por este o por aquel, quizá no pensase ahora como pienso. Pero ese supuesto no se produjo, Eliacim, tú lo sabes.

101.

LOS CANGREJOS COCIDOS

Pétreos, de bermeja color, indescifrables, los cangrejos cocidos, Eliacim, duermen los albores de su eterno sueño en la rameada fuente del escaparate del restaurante. Hay días en los que me despierto con un afán, quién sabe si malsano, de desayunarme con todos los cangrejos cocidos que pueda encontrar en la ciudad. Salgo a la calle, al principio muy animada; después, poco a poco, desinflándome, y acabo siempre por tomar una taza de té caliente. ¿Por qué será?

Las primeras horas de la mañana, Eliacim, son buenas para los solitarios y las solitarias, los hombres y las mujeres que, a medida que el día crece y se levanta, sentimos levantarse y crecer en nosotros esa caverna de ásperos bordes por la que se nos escapó la felicidad: ese sentimiento que duerme hundido en algún sitio.

Hay días, sin embargo, en los que los solitarios y las solitarias soñamos con la sublevación y queremos desayunar con cangrejos cocidos. Lo que sucede es que, después, no podemos pasar más que una taza de té bien caliente.

102.

EL VINO Y LA CERVEZA

Jamás beberé vino ni cerveza, me decías; nunca me gastaré mi dinero en labrar mi propia ruina. Después, fingiendo ignorar el más íntimo susurro del vino, hijo, aunque bien sé que, por fortuna, tus vanas palabras no respondían a la realidad, desapareciste de mi lado dejándome, en el límite mismo del sitio que ocupabas en nuestra casa, la sombra casi invisible de las horas que debí haber dedicado a la embriaguez. No quiero hacer prosélitos.

En cambio, Eliacim, amaste casi con impudicia los placeres que más vedados debían haber estado a un joven de tus principios, a un joven oficial de la Marina. Sigo sin querer hacer prosélitos.

No creo que sea un signo de superioridad despreciar a la mujer por sistema o, cuando menos, por vanidad. Y simularlo, Eliacim, menos aún. Piensa que, en ocasiones, pocas, bien es cierto, esa mujer que se siente despreciada puede ser la misma que te permite despreciarla. O amarla, quién lo sabe.

No andabas bien encaminado en ese terreno, hijo mío, aunque podría citarte de memoria media docena de nombres que te harían temblar. Y te escudabas en tus vanos discursos sobre el vino y la cerveza, en las ingenuas teorías que nadie medianamente formado podía escucharte sin sonreír.

Pero no quiero culparte, Eliacim. Yo me hago responsable de todos tus puntos de vista, incluso de los más inconsistentes. Saber perder a todos los paños es el signo de algunas mujeres ya viejas. ¡Qué dolor, hijo!

103.

LAS DIVERTIDAS DONCELLAS DE DOWN, LAS LOZANAS DONCELLAS DE ANTRIM, LAS ALEGRES DONCELLAS DE LONDONDERRY, LAS COQUETAS DONCELLAS DE TYRONE, SIEMPRE TAN AMABLES, LAS SONRIENTES DONCELLAS DE ARMAGH, LAS JOVIALES DONCELLAS DE ARMANAGH, QUE MANTIENEN LAS MUY QUERIDAS TRADICIONES INGLESAS, CONTRA VIENTO Y MAREA, EN EL ULSTER

A vosotras, hijas, va todo mi afecto. Si Eliacim viviese, os lo presentaría para que os sacase a bailar.

104.

LAS TRES HIJAS DE MRS. SHERWOOD

Eliacim, ¿ te acuerdas?, las tres hijas de mistress Sherwood, tan flaquitas ellas, tan-locuaces, tan enamoradizas, pasaron el sarampión: a los treinta años Mary, a los treinta y dos Elisabeth y a los treinta y cuatro, Kate. ¡Qué gracioso ver a Mrs. Sherwood poniendo tulipas coloradas a las bombillas del cuarto de las niñas!, ¿te acuerdas?

Tu tío Alberto, de esto ya no puedes acordarte, quería haberte casado con una de las hijas de Mrs. Sherwood, cualquiera de ellas diez años más vieja que tú. ¿Con cuál, Alberto? Con cualquiera, ¿a ti qué más te da? Las tres son hacendosas, las tres son honestas, las tres están bien educadas. Sí, le decía, las tres son viejas para solteras, las tres están en los huesos, las tres son feas y enfermizas. Bueno, ¿y qué? Tu tío Alberto, Eliacim, preocupado con sus ríos, era un hombre que no atendía a razones, un hombre que vivía en la luna.

Las tres hijas de Mrs. Sherwood, Eliacim, salían a pasear, los sábados por la tarde, delante de la madre. Mr. Sherwood hacía ya muchos años que vivía en el Transvaal. ¿Negocios de minas?, preguntaban algunas señoras a Mrs. Sherwood. ¡No, por Dios!, respondía Mrs. Sherwood, la señorita Dolores Fragoso, una portuguesa bellísima, ¿quiere usted ver una foto? Y entonces Mrs. Sherwood abría el bolso y enseñaba una foto de la señorita Dolores Fragoso, dedicada. La señorita Dolores Fragoso era lo contrario de cualquier hija de Mrs. Sherwood.

Mary, Elisabeth y Kate Sherwood estaban orgullosas de que su padre tuviera importantes negocios de minas en el Transvaal.

105.

LOS SOMBREROS DE COPA

Es una verdadera lástima que las mujeres no podamos usar sombreros de copa, como los lores. Si alguna mujer rompiese el hielo, Eliacim, yo me apresuraría a seguirla; el sombrero de copa es muestra de una gran elegancia, de una gran elegancia que se va perdiendo.

Tu pobre padre (q. D. h.) tenía dos sombreros de copa, hijo mío, si bien no se los ponía casi nunca. El ropero de un hombre, Eliacim, no está completo si en él falta un sombrero

de copa, aunque después ese hombre se muera de viejo y sin haber tenido ocasión de ponérselo sino muy rara vez.

El sombrero de copa, Eliacim, realza la figura del hombre, le da prestancia, le otorga empaque, le regala majestad. Si todos los hombres anduvieran de sombrero de copa, Eliacim, no habrías guerras y tú podrías estar a mi lado escuchando los consejos que te ruego que, al menos, consideres.

106.

FRASES AMABLES

Quisiera tener un amplio repertorio de frases amables, hijo mío, para aprendérmelas de memoria y bien aprendidas y poder decírtelas, una a una, hasta que estuvieses rendido de oír frases amables, harto de oír frases amables.

Hay gentes, Eliacim, que se caracterizan por sus frases amables. En ocasiones, estas frases amables son oportunas y, en ocasiones, estas frases amables resultan extemporáneas y fuera de lugar. Pero no importa, ellos las dicen como cumpliendo un duro deber y sonríen, a continuación, con un destello de inmensa paz brillándoles en la mirada.

Si supiera tres o cuatro frases amables y llegara a poder pronunciarlas con naturalidad, Eliacim, ten la seguridad de que te las diría cada mañana. Por una ligera sonrisa tuya, Eliacim, ¿qué no sería yo capaz de hacer?

107.

LOS CAZADORES DE FOCAS

Con sus amplios sombreros vueltos, sus ropas de agua, sus cachimbas fieras, los cazadores de focas, Eliacim, se retratan sobre los icebergs con un gesto de infinita crueldad, la lanza en la mano y el pie sobre la foca muerta.

A mí, Eliacim, no me resultan nada simpáticos los cazadores de focas, los hombres duros que persiguen con saña a los blandísimos animales.

Entre todos los cazadores, Eliacim, el cazador de focas es el más taimado y tenebroso, el de más encallecidos sentimientos. Yo pienso, hijo mío, que cazar focas es un grave pecado, un pecado que tiñe el pecho de un aceitoso y pegajoso hollín.

Porque las focas, hijo, se dejan matar como los cristianos primitivos, sin un mal gesto, sin un solo movimiento de rebeldía.

(Quizá esto no sea tal como yo te lo cuento, Eliacim, pero piensa que una madre no debe disculpar jamás a los cazadores de focas.)

108.

LOS MIEDOS INEXPLICABLES

Los peores miedos, hijo mío, son los miedos inexplicables, los miedos sin causa ni razón, los miedos sin pies ni cabeza, los miedos que vienen de dentro afuera, que nacen en la sangre y no en el aire: el miedo a la oscuridad, el miedo a la soledad, el miedo al tiempo, los miedos que no se pueden evitar porque su sustancia es nuestra propia y más íntima sustancia.

Yo, hijo mío, siempre sentí predilección por los niños que se mueren de miedo, por los niños que sueñan horribles y confusas pesadillas, por los niños que viven atemorizados con la idea de transformarse en estatua de sal, con la idea de convertirse en olvidada y dura y solitaria hebra de cuarzo del monte. Y si tuviera mucho dinero, Eliacim, si tuviera miles y miles de libras, me lo gastaría todo o casi todo en contratar demonios y máscaras muertas para atemorizar a los niños de la ciudad, a los niños que ven al miedo teñido y acicalado de tara familiar. Tú, hijo mío, cuando eras niño pequeño, vivías en un continuo sobresalto, con los ojos poblados de atroces y permanentes miedos inexplicables.

109.

AQUELLA TÓMBOLA DE CARIDAD EN LA QUE SIEMPRE FLORECE LA ILUSION

Pudiera ser que te tocase un premio, Eliacim, una pastilla de jabón, una máquina de coser eléctrica, quizá, pero lo más frecuente, como suele suceder, era que no te tocase nada, las tómbolas se han hecho para que florezca la ilusión, no para que grane la ilusión.

Cuando paso por delante de aquella tómbola de caridad en la que siempre florece la ilusión, hijo, suelo dejarme unas monedas en su caja. A cambio, Eliacim, me dan unos papelitos bien doblados, unos papelitos doblados con todo esmero, donde puede decir: vale por una máquina de coser eléctrica, pero donde suele decir: con tu donativo ayudas a que florezca la ilusión en los hogares pobres.

En la ciudad, Eliacim, se ha despertado un gran amor a jugar, como de pasada, a la tómbola de caridad en la que siempre florece la ilusión. Nuestros convecinos y nuestras convecinas se acercan a la tómbola, disimuladamente, compran sus papeletas y adoptan un aire convencional y sonriente para perder. A veces, los jugadores olvidan, durante unos instantes, su aire convencional, y arrugan ligeramente el ceño o permiten que les tiemblen las manos.

Las gentes, Eliacim, juegan a la tómbola, a aquella tómbola de caridad en la que siempre florece la ilusión, con una fe ciega en su suerte, con una ilimitada confianza en que la máquina de coser eléctrica, por ejemplo, ha de ser, precisamente, para ellos. Yo siempre tuve mucha suerte, se suele escuchar, siempre he sido un mimado de la fortuna. De esta forma, hijo mío, tienden a expresarse los asmáticos, los contrahechos, los tullidos, los ulcerosos, los enanos. Pero después, cuando se afanan en desdoblar el papelito que, con frecuencia, suele venir demasiado pegado, sonríen, nerviosamente, porque en el papelito, en vez de decir: vale por una máquina de coser eléctrica, dice, casi con amor: con tu donativo ayudas a que florezca la ilusión en los hogares pobres.

A mí, Eliacim, no me parece mal que florezca la ilusión en los hogares pobres. Tampoco me parece bien. En todo caso, el que florezca la ilusión, etcétera, es una subversión de valores.

A pesar de todo, yo suelo dejarme algunas monedas en la caja de la tómbola; también pudiera suceder que la máquina de coser eléctrica estuviese destinada para mí.

110.

LA VIDA EN FAMILIA

Para mi, Eliacim, se ha terminado lo de la vida en familia. Para ti, también. Se conoce que no estábamos destinados por la Providencia a hacer vida en familia, a quedarnos en la sobremesa hablando y, hablando del problema del petróleo, o jugando a ¡as prendas, o tomando una copita de licor, o escribiendo a una tía lejana y circunspecta que va a estar de cumpleaños y toma muy a mal que no se le escriban unas líneas de felicitación.

Créeme, hijo mío, si te digo que no echo nada de menos la vida en familia. Sola no se está bien, es posible, pero haciendo vida en familia, tampoco. La vida en familia, Eliacim, disuelve las familias, es la droga que hace estúpidas a las familias.

Si temiese desmoralizarte, hijo mío, no hablaría contigo de este vidrioso tema de la vida en familia.

111.

LOS PISAPAPELES DE BRONCE

Representando personajes mitológicos, literarios o históricos, Eliacim, los pisapapeles de bronce entran en algunas casas de las que después no salen jamás. Sería interesante que algún pensador nos hablase de la era de los pisapapeles de bronce, ese tiempo silencioso, solemne y envarado, hijo mío, en el que los orgullos domésticos, e incluso los oficiales, se cifraban, y aún se siguen cifrando, en el tamaño, y en el brillo, y en el peso de los pisapapeles de bronce.

En nuestra casa, Eliacim, desde tu falta, hijo mío, falta de todo, incluso de lo más superfluo, tal un pisapapeles de bronce. Nuestra casa, Eliacim, en su situación actual, semeja un poco la modesta economía de aquel joven poeta que caminaba por la vida con los zapatos rotos porque no ganaba más que para vicios.

Cuando tengo, ¡qué raramente!, alguna ráfaga de optimismo, algún rapto de ilusión que me suele durar menos que la muerte de los ahogados, Eliacim, pienso que alguna vez podrán rasgarse los negros nubarrones del horizonte para dejar pasar, como en una luminosa aparición, un pisapapeles de bronce representando a Ganímedes o al erótico rapto de Europa, tan sosegador.

Pero cuando retorno, con las orejas gachas, a la triste y usual realidad, Eliacim, veo que he nacido a destiempo, que ya no pude alcanzar la era de los pisapapeles de bronce representando personajes mitológicos, literarios, históricos.

112.

EL RELOJ QUE GOBIERNA LA CIUDAD

El reloj que gobierna la ciudad, hijo mío, se ha parado, quizá de viejo, pero la ciudad ha seguido su marcha con un imperceptible e incluso saludable desgobierno.

El reloj que gobierna la ciudad desde su alta torre, hijo mío, se ha negado a pasar de las siete treinta, la hora que aguardan los enamorados para cubrirse la cara con un antifaz y llevarse una mano de fría cera al corazón.

El reloj que gobierna la ciudad desde la alta torre que domina el caserío, Eliacim, se ha muerto como se mueren los pájaros, los barcos de vela, las novias clandestinas, los lobos solitarios, los ermitaños de Onán, las lunas de los espejos, con una infinita discreción.

(Sobre el embalsamado cadáver de nuestro reloj, Eliacim, del reloj que ya no gobierna la ciudad, se niegan a volar los desaprensivos gorriones, las venturosas brujas de la ciudad. Quizá sea un triste presagio, hijo mío, un presagio aún más triste que la realidad, la silenciosa muerte de nuestro reloj.)

113.

LAS PALOMAS

Blancas, color ceniza, color café, las palomas, Eliacim, vuelan y vuelan por encima de nuestras cabezas, habitando su mundo de crueles corrientes de aire, su limbo de densas y plúmbeas nubes; su paraíso de verdiazules montañas con las crestas duramente dibujadas.

Las palomas, hijo mío, las odiosas palomas, las egoístas y antiguas palomas, baten el aire con desconsideración, con una despectiva confianza, como si el aire fuese suyo, y se van volando, en grupos de cinco o seis, por encima de los tejados de las casas, de los tejados de los hospitales, de los metálicos tejados de los mercados de frutas y verduras, de los mercados de carne, de los mercados de pescado.

Las palomas, Eliacim, también vuelan sobre las fuentes, sobre los ríos, sobre las lagunas, sobre el mar, envenenando las aguas y clavando contra el suelo, con invisibles y largos alfileres, a los niños que se miraban, absortos, en las aguas.

En un mundo mejor, Eliacim, en un mundo más justo y razonable, las palomas vivirían en islas desiertas y lejanas, en islas a las que fuera muy difícil ir e imposible volver, en islas que semejasen inmensas alas desgajadas y blancas, sin un árbol ni un solo animal.

Pero si ese mundo feliz se produjese, Eliacim, si ese mundo desplazase al nuestro, tan doloroso, el desván de los mundos rebosaría astillas y ruinoso polvo de fallidos propósitos, de intenciones que no podían vivir más que en nuestra atmósfera.

Lo que tampoco sería solución, hijo mío.

114.

LOZA Y CRISTAL

Tú entraste con pie firme, con tan firme pie que retemblaron las anaquelerías donde esperaban su destino los objetos de loza y cristal, en el almacén de objetos de loza y cristal, y dijiste, con cierto ademán autoritario: envíen a mi casa una cristalería fina, para doce personas, y una fuente de loza decorada lo bastante honda como para que quepa en ella, incluso con holgura, un cordero asado de diez o doce libras, aproximadamente.

Los objetos de loza, Eliacim, y cristal con los que tú llenabas la casa cada vez que traías invitados, que era, por aquel tiempo, con cierta frecuencia, se alineaban, cuando volvía la paz, en el office y hacían un efecto relativamente deslumbrador. Nuestra asistenta de entonces, Eliacim, aquella joven viuda que se escapó, al final, con un minero italiano, me dijo un día:

-Señora, mi novio me dijo que pidiese a la señora permiso para cantar en el office unas tarantelas. Yo me permití contarle, señora, el bello aspecto que presentaba el office con los objetos de loza y cristal que últimamente había adquirido el hijo de la señora, y mi novio, señora, me dijo, ¡oh, Lucía! (mi novio, señora, siempre me llamaba Lucía, Lucía Gigli, y, a veces, también Lucía Cechi), yo me sentiría muy feliz si tu señora me permitiese cantar unas tarantelas en su office acompañándome del laúd o, cuando menos, de la bandurria. ¿Querrás decírselo? Yo cumplo haciéndoselo saber, señora, y rogándole que atienda su súplica.

Yo le dije que sí, hijo mío, pero el minero italiano, cuando llegó el día marcado, no pudo venir. Nuestra asistenta de entonces, Eliacim, me dijo que se había visto atacado por un muy molesto ataque de sarna.

Y nuestros objetos de loza y cristal, tus objetos de loza y cristal, Eliacim, envejecieron en silencio.

115.

EL ABOGADO SIN PLEITOS

Yo le llevé mi pleito, Eliacim, a aquel abogado sin pleitos porque pensé que tendría más tiempo libre. El abogado sin pleitos me recibió muy amable, hijo mío, y me dijo, de buenas a primeras: yo, señora, soy un abogado sin pleitos, ¿quién ha podido recomendarle a usted que yo le lleve su pleito? Nadie, le respondí, fue una decisión que tomé por mí misma, yo no tengo nadie que me asesore, nadie que me aconseje. ¿Tan sola está? Pues, sí, muy sola; la verdad es que no puedo estar más sola de lo que estoy. ¿Con esos ojos? ¡Basta!

No me creas un cardo, Eliacim, tú sabes que no lo soy, pero comprende que yo no había ido a ver al abogado sin pleitos para que me hiciese el amor.

Señora, continuó el abogado sin pleitos, le ruego que me perdone; ha sido todo un malentendido, yo no he querido molestarla a usted, jamás me hubiera atrevido. Veamos, ¿cuál es su caso? Yo, Eliacim, hubo un momento en que sentí grandes remordimientos de conciencia. No, por Dios, ¿quién habla ahora de eso? ¡Si viera usted lo sola que me encuentro! El abogado sin pleitos se levantó y dijo: ¡ah, vamos! Después vino hacia mí, me estrechó entre sus brazos y me dio un prolongado y sabio beso en la boca. Yo, Eliacim, creí desfallecer. Con los ojos cerrados, Eliacim, te dediqué un silencioso y entrañable homenaje.

El abogado sin pleitos, hijo mío, tenía un fino bigote entrecano y unos ojos color desengaño que entornaba con displicencia. También tenía unos botines gris perla y una corbata de discretos y bien entonados colores.

El abogado sin pleitos, hijo mío querido, según me contó, había sido muy desgraciado con las mujeres. A mí me dio un ataque de risa, Eliacim, pero procuré disimularlo para no echar todo por tierra. Pero, ¿cómo es posible?, le pregunté. No lo sé, señora, me respondió mirándome a los ojos, nunca he podido averiguarlo, bien es verdad que tampoco lo intenté. Las mujeres, salvo excepciones entre las que quiero incluiros (volvió a besarme, aunque con menos arrebato), suelen ser lógicas con exceso en sus reacciones. Hágase cargo, señora, que no es fácil, ni tampoco ameno, tener suerte con las mujeres al uso. ¡Verdaderamente!, le contesté. El abogado sin pleitos y yo, hijo mío, nos reímos mucho y nos abrazamos. Después descorchó una botella de champán y puso un cadencioso vals en el gramófono, un cadencioso vals que bailamos con las caras muy juntas. No lo volví a ver más, Eliacim, pero te juro que el abogado sin pleitos era un hombre encantador, un verdadero y rendido caballero.

116.

LA CORTESÍA

Desde que los hombres son corteses, hijo mío, y te hago esta pequeña observación en el tiempo en que los hombres empiezan a dejar de serlo, las cosas empezaron a marchar, por el mundo adelante, mucho peor. Es una lástima, incluso, que esto sea así, pero esa es cuestión que no nos compete, Eliacim, no nos engañemos.

La cortesía es vicio costoso, hijo, al que, sin embargo, los hombres no quieren renunciar. Las épocas de la cortesía, Eliacim, suelen ser precursoras de las épocas del hambre, de los tiempos en que nacen ortigas y zarzas en las heladas axilas de los hombres.

Cuando empezaste a tener uso de razón, Eliacim, e incluso antes, yo procuré hacerte ver y respetar las más elementales reglas de la cortesía, aquellas que adornan a la juventud con su inútil fulgor. Tú, hijo mío, siempre fuiste dócil, esa es la verdad, y mi labor no me resultó penosa, aunque, a veces, la cumplía sin una gran fe.

La cortesía, Eliacim, es como la flor de la hortensia o como el sabor de los más airosos peces de colores, aquellos que parecen pájaros escapados de un grabado japonés, un bellísimo fraude, un fraude que reluce tan estérilmente como los cielos estrellados.

Yo no quisiera ni por un momento, hijo, que echases en olvido las reglas de la cortesía, los usos de la cortesía. Tampoco, bien es cierto, es cosa ésta que te pida de rodillas o que te obligue a jurar.

117.

PAMELLA CALDWELL

Tu prima Pamella Caldwell, Eliacim, se ha casado, contra la voluntad de todos, con Mr. John S. Peace, el delantero centro del Fulham. Su marido, poco antes de la boda, días antes de la boda, me encontró en la calle y me dijo, mientras se brindó a acompañarme de compras

-Mrs. Caldwell, yo sé de sobra que no soy bien recibido en la familia de ustedes. Pero mi amor por Pamella, señora, es muy grande y nadie podrá oponerse a él. Además, Pamella es muchacha de costumbres nada recomendables, señora; muchacha que no habría de resultarle a sus padres demasiado fácil casarla, usted ya me entiende.

Yo preferí no entenderle, Eliacim, y le dejé continuar.

-Tampoco se me oculta, señora, que un futbolista, así, sin más, es poco para aspirar a la mano de Pamella, pero le puedo asegurar a usted, señora, y no se lo digo para que usted lo diga, que yo soy algo más o, por lo menos, aspiro a ser algo más que un futbolista, así, sin

más ni más. Yo he publicado poesías, señora, y guardo entre mis papeles una carta de Mr. T. S. Eliot, que algún día enseñaré, felicitándome por unos versos que dediqué a la primavera.

Creo, hijo mío, que nuestra familia es injusta con Mr. Peace, a mí me parece un gran muchacho, lleno de buen sentido. Y en cuanto a tu prima Pamella... ¿Tú sabías, Eliacim, que tu prima Pamella tuvo dos novios del Continente?

118.

UN OFICIAL DE CABALLERÍA RELATIVAMENTE SIMPÁTICO

Lo conocí en casa de los Fergusson, Eliacim, y era, según todos los síntomas, oficialmente simpático, aunque yo creo que su simpatía no pasaba de ser una simpatía relativa, si bien, sin duda alguna, muy plausible. Alto, apuesto, marcial, imitaba como nadie el croar de la rana, el rebuzno del asno, el piar del pajarillo, el graznar del cuervo y el coclear de la gallina. El rugir del león, el relinchar del caballo, el mugir del ternero, sobre todo en los agudos, el ladrar del perro y el aullar del lobo, ya no le salían tan bien.

El joven oficial hacía juegos de manos de gran efecto y de difícil ejecución, hablaba en latín con un acento muy chistoso, sabía algunos rudimentos de gimnasia sueca y bailaba a las mil maravillas. Las chicas casaderas se lo rifaban. Es un encanto, decían, un verdadero encanto.

El joven oficial de caballería cuidaba, estallante de mimo, a su madre vieja y paralítica, una pobre señora que se hacía sus necesidades por encima, y redactaba las oraciones con las

que los niños pobres de su distrito imploraban la ayuda del Cielo.

Mirándolo muy fijamente, podría adivinarse, tras su enharinada y rígida careta de simpatía, de simpatía por todos celebrada, un inteligente y dolorido poso de amargor.

Tú, Eliacim, como eras tan sensato, perdóname, quizá no hubieras adivinado, por ti solo, lo que ahora te digo. Pero para eso hubiera estado yo a tu lado, sin despegarme de ti, para explicártelo.

Después de la velada en casa de los Fergusson, Eliacim, volví a encontrarme algunas veces con el joven oficial. Lo vi en los sitios más dispares, en el parque echándole migas de pan a los pájaros, en la parada del autobús mirando fijamente a una azarada muchacha, en la oficina de correos comprando unos sellos de avión, en casa de algunos comunes amigos luciendo sus seguras habilidades, y siempre me pareció hondamente y pudorosamente acongojado.

Sus chistes, Eliacim, aunque variados y casi siempre graciosos, solían tener un remoto doble sentido tras el cual se adivinaba el hambre. Yo no sé si estaré haciendo demasiado honor al joven y relativamente simpático oficial de caballería, Eliacim, al imaginármelo tan bellamente desgraciado, pero lo cierto, hijo, es que tu madre, cuando le miraba a la cara, notaba como si se le encogiera el ánimo.

Afortunadamente, hace ya algún tiempo que no veo al joven oficial. Quizá lo hayan destinado fuera de las Islas. Quizá, también, haya muerto su madre y ya no se crea en la obligación de tener que resultar simpático a las gentes.

119.

EL ESTILO QUEEN ANNE

Es confortable y amoroso, Eliacim, de sólido trazo elegante, apto para ser usado por familias de bien cimentada posición. A mí me hubiera gustado ser una mujer Queen Anne, Ella una mujer fecundísima y nada delicada, o tan delicada, quizá, que pudiera semejar una pétrea pirámide, y haber sido madre de muchos hijos a los que no hubiera querido nada, hijo mío, porque todo mi cariño hubiera seguido centrado en ti, pero por los que sería adorada, casi con envidia, desde su pequeñez Queen Anne con ciertas adulteraciones ya.

Me asalta la idea, en la que no quisiera pensar demasiado para no fatigarme ni entristecerme, de si tú hubieras podido resistir el fiero embate de la fatalidad, el fiero embate de la mar, de haber sido yo una mujer Queen Anne, recia como las mujeres normandas. No quiero insistir sobre este punto que me enloquecería.

120.

LA NAVEGACIÓN FLUVIAL

1

Los anchos y planos barcos de los ríos, Eliacim, de los mansos y traidores ríos navegables, marchan, a favor de la corriente, engalanados con sus banderitas de colores chillones, respirando

polcas y marchas militares que llegan algo húmedas a la orilla desde la que los saludan, con sus sucios pañuelos, los niños de las escuelas públicas.

La navegación fluvial, hijo mío, tiene un raro parentesco con la criminalidad más alevosa, y un río, Eliacim, es siempre un poco la memoria de un crimen horrible, de un crimen cometido sobre la muchachita de tumefactas facciones que se paseaba, sombríamente, por las más estrechas y solitarias calles de la ciudad.

Los chatos barcos sin quilla de los ríos, Eliacim, de los sosegados y venenosos ríos navegables, marchan, a contrapelo de la corriente, con sus mástiles desnudos y su alta chimenea vestida de diario, jadeando inspiraciones y espiraciones que no alcanzan la orilla, esa verdinegra orilla desde la que nadie fabrica sonrisas para decirles adiós, os deseamos un viaje feliz.

2

Ay, hijo mío! Por mis venas navegan, no sé si navegan ya, escuadras enteras de barcos fluviales, nada elegantes, por cierto, nada marineros, tampoco, pero que hacen su avío, casi vergonzantemente, como piden limosna los alegres y zurcidos pobres que fueron ricos, y me llevan y me traen, para arriba y para abajo, de pesadilla en pesadilla, de moribunda ilusión en moribunda ilusión, de susto en susto, para evitar que me quede dormida para siempre como, a veces, pienso que ya no es mi deseo.

Y en la proa de todos esos barcos fluviales, Eliacim, vienen pintados tus ojos, ya sin expresión, igual que los cansados ojos de los astros.

No te lo digo para añadir más tristeza a tu tristeza, hijo. Tampoco te lo digo para presumir de madre desamparada.

3

En aquel barco fluvial que se llamaba, como una posada del puerto, «La gaviota que habla, dulcemente, el francés», me pasó una cosa terrible, Eliacim, una cosa que pone los pelos de punta. La verdad es que no pude evitarlo, pero cuando noté que lo había ahogado contra mi regazo, hijo mío, lo tiré por la borda aprovechando un momento en que nadie me miraba. No puedo seguir contándotelo, Eliacim, porque sus ojos suplicantes, aquellos ojos que, ¡incauta de mí!, olvidé cerrar, quizá por falta de experiencia, se clavan en mis ojos insistentemente.

Después, a medida que fue pasando el tiempo, fui dando cada vez menos importancia al suceso. Aunque la tuvo, Eliacim, la tuvo.

4

En los días de fiesta, los patrones dan a sus barcos fluviales un pienso extraordinario, que suele consistir en un denso y nutrido puré de harina de maíz con pedacitos de tocino frito. A los barcos fluviales, en los días de fiesta, les nace un brillar

impensado en la panza, un lustre que nadie podría imaginarse y, con el espinazo más enhiesto, Eliacim, semejan jóvenes bestias que quieren ser bien vendidas en la feria, quizá para cambiar de amo.

5

Después de estudiar bastante las costumbres y las tradiciones de la navegación fluvial, querido Eliacim, me acongoja la idea de que todavía es muchísimo lo que me queda por aprender.

Los barcos como fuentes de sopa de los ríos como sopa, hijo, de los ríos que huelen a savia de los viejos y dulces árboles del bosque, guardan celosamente, igual que los cautos fabricantes de porcelana, sus secretos profesionales, los secretos que han venido heredando, de generación en generación, desde tiempos remotos.

Y los niños de las escuelas públicas, Eliacim, y yo, que somos ya los únicos atónitos espectadores de la navegación fluvial, les sonreímos suplicantes, al verlos pasar, para tratar de granjearnos sus simpatías. Aunque ignoro, hijo mío, hasta qué límite lo podremos conseguir.

121.

LOS PASOS DECISIVOS

Tú decías: mañana voy a dar un paso decisivo en mi vida. Y entonces volvías a casa con una mancha de rouge en el cuello de la camisa.

No, hijo mío, no juguemos, tan peligrosamente, con las palabras. Eso, Eliacim, eso que a ti te ocurría, casi nunca era mucho más de un paso no demasiado decisivo. Los pasos decisivos, hijos, no dejan huella: el pacto con el diablo es aséptico como un bien instalado quirófano.

122.

LOS QUINQUÉS

Fue más amable la era de los quinqués, Eliacim. Los quinqués se clasificaban en tres grandes grupos: quinqués zoo, quinqués herbolario y quinqués firmamento. Los quinqués zoo lucían mariposas, gacelas, peces. Los quinqués herbolario mostraban rosas de té, helechos, guisantes de olor. Los quinqués firmamento alumbraban Casiopea, Aldebarán, Andrómeda.

Tú, de haber conocido la era de los quinqués, hubieras preferido tener sobre la mesa de noche, para leer a Sir Walter Scott, un quinqué firmamento, un quinqué rebosante de estrellas, de constelaciones, de nebulosas.

Sí, Eliacim, sin duda alguna fue más tibia y clemente la era de los quinqués, el tiempo en que un quinqué de buena marca y de esmerada decoración animal, vegetal o celeste, podía levantar una familia hasta los más altos estratos de la sociedad. En casa de la abuelita, hijo mío, al anochecer, siempre se tenía, alrededor del quinqué, esta conversación Parece que alumbra menos el quinqué. ¡No, por Dios! Quizás esté algo sucia la camisa. ¡Alberto!, ¿qué palabras son ésas? Perdón. Al principio siempre tarda un poco en alcanzar su máximo

esplendor. Claro, será que todavía no ha cogido fuerza. Claro. Claro. Sí, eso está claro. Cuidado, no tropezar con el quinqué. No. Para hablar no hace falta tropezar con el quinqué. Etcétera..., hasta el infinito.

(Los personajes, hijo, éramos cinco y las frases que te dejo dichas podían ser pronunciadas, indistintamente, por cualquiera.)

Créeme, Eliacim, la era de los quinqués resultaba más acogedora, más hogareña. ¿Te dije ya que había tres clases de quinqués: quinqués zoo, quinqués herbolario y quinqués firmamento? Sí, creo recordar que sí, que ya te lo dije.

123.

SOBRE LAS ARENAS DEL DESIERTO

Sobre las arenas del desierto, Eliacim, se lucen limpios y calcinados huesos de las más diversas procedencias: huesos de camello, de dromedario y de caballo, huesos de comerciantes bereberes y de guerreros tuaregs, huesos de león, de hiena y de gacela, huesos de explorador, de turista y de misionero, huesos del cráneo, del coxis y de las extremidades. Sobre las arenas del desierto, hijo mío, se exhibe un gran muestrario de huesos de los más varios orígenes.

Sobre las arenas del desierto, Eliacim, te hubiera amado con descoco, con valentía, como no me atreví a amarte en nuestra ciudad, más por miedo, tenlo por seguro, a las paredes que nos cobijaban y al aire que respirábamos, que a las gentes que pudieran mirarnos e incluso fotografiarnos para nuestro vilipendio y orgullo.

Sobre las arenas del desierto, hijo mío querido, las mujeres nos convertimos en insaciables y demoledores vientos huracanados, en fieros vendavales capaces de arrasar montañas y sepultar ciudades. Por eso está prohibido, en las leyes de algunos países, que las mujeres podamos asomarnos al desierto con la misma licencia con que pudiéramos hacerlo a un alto barandal.

Sobre las arenas del desierto, Eliacim, crujen nuestras pisadas como si las diéramos sobre un lecho de secos deseos inconfesables, de yermos deseos que sólo en trance de muerte nos atreveríamos a confesar.

Pero sobre las arenas del desierto, Eliacim, entre las tibias y los peronés que se casaron con gran lujo y desaparecieron sin rastro, aún podríamos vernos, sin que nadie lograra enterarse, y darnos de beber de nuestras cantimploras.

124.

EL PROBLEMA DE LOS PUEBLOS DE COLOR

A nadie más que a los blancos preocupa el problema de los pueblos de color. Y es que hoy, Eliacim, tenemos la sartén por el mango, pero mañana, ¿quién sabe lo que sucederá mañana?

Sí, es mejor, sin duda, que existan, e incluso que prosperen, los pueblos de color, que haya negros, amarillos, aceitunados y también pieles rojas de poéticos nombres venatorios.

Si los pueblos de color desapareciesen de golpe, Eliacim, ¿quién iba a llenar el inmenso vacío que dejarían sobre el mundo?

Entre los pueblos de color es posible que no exista una preocupación paralela, hijo, porque los pueblos de color, a fuerza de oírnos, se percataron a tiempo de que lo mejor y lo más descansado era dejarnos hacer.

Y esta idea, Eliacim, es algo que trastorna a los blancos, que nos saca de quicio y nos trae por la calle de la amargura.

125.

GRAN ESPECTÁCULO

Como se había anunciado con todos los honores, Eliacim, tú te pusiste tu smocking y te dirigiste al teatro, todo presuroso, lleno de ilusión.

El teatro, hijo mío, estaba aquella noche animado como nunca. Miss Fiore conseguía lo que ya muy pocas mujeres podían conseguir, que los hombres le regalasen costosos ramos de flores incluso después de haber tomado ya todas las precauciones para desaparecer con una bala en la sien.

En la butaca de al lado, Eliacim, casualmente, te correspondió el suicida de la fila 11, aquel joven banquero que no se resignó a esperar, dando un ejemplo de paciencia, a que le llegase su turno, digamos su hora, en el duro corazón de Miss Fiore.

Yo, Eliacim, estuve un día entero tratando de quitarte las manchas de sangre de tu ropa, pero me llenaba el alma de ilusión saber que lo habías pasado bien.

¡Fue un gran espectáculo, un inolvidable espectáculo!, me decías, pensando, quizás, en que tendrías muchos años de vida por delante para recordarlo siempre.

126.

EL TIRO CON ARCO

Es más noble, Eliacim, en el sentido de más aristocrático, más inútil, quizás, incluso, más gallardo, el tiro con arco que el tiro con honda. El tiro con honda es más divertido, más de acuerdo con nuestras aficiones, hijo mío, pero ya se sabe que no siempre lo que más nos agrada es lo que debamos, en todo momento, hacer.

La figura del arquero tiene, Eliacim, una rítmica elegancia que no logra la figura del hondero. Los pintores antiguos, cuando querían representar unas bien proporcionadas facciones, un príncipe, un joven cardenal, un capitán victorioso, procuraban siempre copiar, trazo a trazo, los rasgos de un arquero. En cambio, cuando querían fijar en el lienzo una faz plebeya, un conquistador, un santo, un menestral, buscaban su modelo entre la grey de los honderos.

El tiro con arco, Eliacim, educa las voluntades y sosiega los árboles de los nervios. Entre los niños griegos, hijo mío, en tiempos del patriciado, hace ya muchos años pero no a muchas millas de donde tú estás, era costumbre adiestrarse para la política y las altas empresas haciendo las primeras armas con el arco en la mano. Recuerda, Eliacim, que el mundo griego, según los tratadistas, fue un modelo de pausada madurez política.

Nunca conseguí (también es cierto que nunca lo intenté) que llegaras a cobrar, hijo, una verdadera afición al tiro con arco. Y ahora pienso, Eliacim, que me hubiera agradado mucho saberte un consumado arquero y poder decírselo así, como sin darle demasiada importancia, a mis amigas y parientes.

127.

EL MUSEO DE LAS FIGURAS DE CERA

Echo mucho de menos en nuestra ciudad, Eliacim, un museo de figuras de cera, un museo bien instalado, con calefacción y luz indirecta, en el que pudiésemos ver, en su propio ambiente, a Nerón, a Torquemada, a Marat, a Jack, a Landrú, al moderno doctor Pétiot, a todos los grandes sanguinarios de la humanidad.

Los museos de figuras de cera, Eliacim, son altamente educativos para la juventud y para la clase dirigente y su instalación debería, a mi juicio, ser fomentada por los poderes públicos.

A falta de taxidermia, hijo mío, que pudiera representarnos los personajes más a lo vivo, bien está la cera que, por lo menos, es capaz de representarnos los personajes más a lo muerto.

Paseando por entre las vitrinas, grandes como alcobas, del museo de figuras de cera, Eliacim, creo que me sentiría feliz pudiendo abarcar con mi mirada y de un solo golpe de vista, todos los espectros que atemorizaron a las gentes de su tiempo, todas las negras sombras que hoy se muestran, como pajaritos disecados, a nuestra más honesta voracidad.

Lamento no haberte hablado nunca, cuando pude hacerlo con más inmediata eficacia, de mi afición a los museos de figuras de cera, a las cárceles, a los balnearios, donde encerramos unas barbas de cera y unos ojos de vidrio a los que bautizamos con arreglo a nuestras preferencias.

Lo hubiéramos pasado muy bien, tú y yo, Eliacim, visitando a nuestros amigos los más grandes sanguinarios de la humanidad y sacándoles la lengua con las espaldas bien guardadas por el reglamento. ¿No crees?

128.

EL AJEDREZ

Los más violentos odios, hijo mío, las más hondas simas del odio, se abren entre los eruditos, los músicos y los jugadores de ajedrez.

El ajedrez, Eliacim, es un juego odioso que ha tenido buena prensa, una apología de la traición que se ha vestido con la innocua y alba piel de cordero del pasatiempo.

Cuando tú y yo jugábamos al ajedrez y, como por descuido, te ganaba una partida tras otra, Eliacim, te aparecían unos brillos siniestros en la mirada, unos brillos que no podía apagar tu sonrisa, mientras se te posaba en la garganta, con un ala apoyada sobre el paladar, el negro cuervo enfermo de la venganza, el pájaro mortuorio que lastra los corazones.

Sí, Eliacim, sí. Tú estabas muy metido de lleno en el problema para que pudieras verlo con una calma mínima, con esa calma que te hubiera sido, dicho sea ya que la ocasión se me presenta, tan provechosa.

El planeta donde las torres, los alfiles y los caballos evolucionaban sobre sus órbitas previstas, hijo mío, es un astro muerto en el que jamás crecerá la humilde brizna de yerba sobre la que apoyamos, cuando ya no nos queda más remedio, nuestras dolientes y azotadas carnes.

El ajedrez, Eliacim, es un juego para almas astigmáticas, algo que debemos apartar de nosotros como un cáliz amargo. Sólo cuando esto hagamos, Eliacim, y los hombres recobren la libertad que les permita mover las piezas como les dé la gana, podremos encararnos, sin demasiados agobios, con esta breve vida que se nos escapa como una rueda por la cuesta abajo.

129.

EL TABACO

Cuando tú fumaste tu primer cigarrillo (quiero decir, como es natural, tu primer cigarrillo autorizado) y echaste, como para anonadarme con tu elegancia, una larga bocanada de humo por la nariz, yo estuve a punto de romper a llorar con desconsuelo, Eliacim, como

una mujer muy enamorada de su marido que recibiese por teléfono la noticia de que se había quedado viuda de repente.

El tabaco, hijo mío, es bueno para la salud, aunque, a veces, resulte malo para la salud. Si a los huérfanos y a los desamparados se les supiese dar un cigarrillo a tiempo, Eliacim, habría, por el mundo adelante, mucha menos gente caracterizada de huérfano o de desamparado para cobrar el subsidio. Pero nadie ha tomado en serio este estratégico reparto de cigarrillos y así las cosas van como van.

Entre todos los tabacos que conozco, hijo, ninguno presenta las firmes virtudes curativas del tabaco habano, ese aromático combustible capaz de levantar las causas caídas o de enderezar y llevar al buen camino los corazones sin rumbo. Si yo tuviera una gran fuerza persuasiva, Eliacim, si yo fuera un gran orador político o religioso, un eficaz agitador político o un apóstol religioso de sólida clientela, emprendería una cruzada en pro del tabaco habano bajo el slogan «No dejaos quemar, quemad».

Pero yo, Eliacim, que conozco mis propias limitaciones, me conformo con fumar, de cuando en cuando, un cigarro puro que me presta una gran confianza en mí misma y que me devuelve, o me imagino que me devuelve, múltiples energías inútilmente perdidas.

Sí, Eliacim, con la vieja técnica de esta chupada por mí y esta otra por ti, paso mis solitarias veladas con cierta resignación, con toda la poca alegría de que ya voy sintiéndome capaz.

Cuando fumaste tu primer cigarrillo (ya sabes a qué clase de primer cigarrillo me refiero) y pronunciaste unas breves palabras antes de expulsar el humo, con un gesto impertinentemente gentil, por la nariz, a mí no me faltó nada para echarme a llorar con entusiasmo, como una pecadora arrepentida.

130.

TU VIAJE DE PRÁCTICAS

El itinerario de tu viaje de prácticas, Eliacim, fue algo capaz de llenarte de dicha. ¡Qué gran gozo para mí saberte tan feliz por los lejanos mares que tan propicios se te presentaban y tan mal acabaron portándose contigo y conmigo.

Gibraltar. Me he comprado una guitarra, un par de banderillas (las armas con las que los toreros se defienden de los fieros embates del toro) y una botella de legítimo vino de Jerez. Son de mucha solvencia los cosecheros de vinos de Jerez, los Mackencie, los Gordon, los Williams, los Sandeman, los Spencer, los Osborne, los Terry ; también es muy conocido Mr. González.

Argel. Me he comprado unas babuchas, una pipa de kif y una bandeja de cobre que creo que te gustará. Esto es muy bonito; las casas son todas blancas y algunas mujeres llevan el rostro cubierto.

Nápoles. Me he comprado unos amuletos de hueso que preservan de los naufragios y una colección de postales. Aquí hay muchos limpiabotas y los peluqueros son de una gran simpatía, aunque algo confusos en las cuentas.

Alejandría. Me he comprado un juego de té de porcelana. Al llegar a bordo he visto que en la tetera, con letras minúsculas, dice «Made in Germany».

Port Said. Me he comprado unos prismáticos de teatro que quizá sean también alemanes.

Colombo. Me he comprado un collar de perlas para regalártelo cuando vuelva a casa. El segundo se rió mucho cuando se lo dije y me explicó que estas perlas son «Made in Japan».

Singapoore. Me he comprado unas novelas de Vicky Baum. A primera vista, no estando muy acostumbrado, no es fácil distinguir los chinos, los indochinos y los malayos.

Manila. Me he comprado un mantón de Manila y una cajita de marfil. No quiero preguntarlo, pero he oído que también son japonesas.

Hong-Kong. Me he comprado un ejemplar de «The Times».

La lista de tus compras, hijo mío, sería el cuento de nunca acabar, sería el itinerario completo de tu viaje de prácticas, de tu largo y dichoso viaje de prácticas.

Y yo ahora veo la lista de tus compras, Eliacim, la colección de postales que me fuiste enviando, como un hijo puntual, desde todo el mundo, con una fría sensación de extrañeza. Me cuesta mucho trabajo pensar, Eliacim, que estas postales estén dirigidas a mí, desde los puntos más lejanos del Globo, precisamente por ti, hijo mío.

131.

LAS MÁS TIERNAS PRADERAS

Sobre las praderas más tiernas, Eliacim, sobre las verdes praderas que semejan trozos del dulce paraíso, hijo mío, pacen, llenos de mansedumbre, los ciervos, y juegan al golf los miembros de la Cámara de los Lores.

Algunas mañanas se me ocurre pensar, Eliacim, que los ciervos son los animales más felices entre todos los animales, incluido el hombre, más felices todavía que los miembros de la Cámara de los Lores que, aunque no sean excesivas, también tienen sus preocupaciones.

Si, antes de nacer, se nos diera a elegir el destino que quisiéramos tener, Eliacim, yo escogería, con los ojos cerrados, ser tímido ciervo de las praderas, apacible ciervo de las más tiernas y delicadas praderas.

Porque sobre las praderas, hijo mío, aún brilla, de cuando en cuando, el fulgor de la mano de Dios, esa clemente esperanza que se pinta de hierba verde, de graciosa brizna que vive silenciosamente, intensamente, su firmísima y mínima satisfacción.

Por encima de las más tiernas praderas, Eliacim, vuela, del mismo color del aire, ese puro sentimiento que no consigo tener hacia ti.

132.

LA PAJARERA

1

En una gran pajarera, Eliacim, en una inmensa jaula en la que los pájaros mantuviesen durante tiempo y tiempo el gozo de saberse cautivos, guardaría tu minúsculo corazón hasta que le brotasen alas del íntimo color de la flor del manzano.

Si pudiéramos conseguir, Eliacim, que los pájaros, cuando tu corazón fuera a echarse a volar como un pájaro, se nutriesen de tu propio corazón, cortándole las alas a picotazos y triturándolo como a una tierna fruta, podríamos sentirnos, hijo mío, más firmes y duraderos, más pétreos e inconmovibles en nuestras propias y débiles convicciones.

Pero los luminosos pájaros de la pajarera, Eliacim, los pájaros que cantan, desde la mañana a la noche, sin motivo (concedámosles este favor), no se nutren sino de corazones frescos, de corazones sanos, de latidores corazones disfrazados, igual que alegres máscaras, de bienaventuranza.

2

Tu corazón, hijo mío, se pintó con los colores del bronco son de la mar, Eliacim, y ya no sirve para pasto de pájaros.

3

Pero escúchame lo que te digo, hijo, tan sólo para poder sentir una brizna de alegre vientecillo oreándome el alma: si nadie lo supiese, dejaría sin corazón a todos los muchachos de ,tu edad, Eliacim. Y sobre la montaña inmensa de los corazones, Eliacim, colocaría una gran pajarera de oro llena de arañas.

133.

DESÉASE AMANTE DE CINTURA ESTRECHA

Tú publicaste, Eliacim, en la sección correspondiente, un anuncio que me llenó de dolor: Deséase amante de cintura estrecha.

¿Por qué, hijo mío, por qué esa cruel puntualización? Tu madre, Eliacim, tuvo durante muchos años una estrecha cintura por todos admirada, quizás aún tú la puedas recordar. Pero pasó el tiempo de las desgracias, hijo mío, y tu madre, que tuvo que olvidarse de casi todo,

perdió, casi sin darse cuenta, su estrecha cintura, aquella estrecha cintura por todos admirada y de la que tú, quizá, todavía puedas acordarte.

Aun sin cintura estrecha, Eliacim, una mujer puede hacer muy feliz a un hombre, tan feliz que no llegue a saber, de una manera rigurosa, cuáles son, realmente, las cinturas estrechas y las cinturas anchas.

A mí me llenó de un amargo dolor, Eliacim, tu breve y desconsiderado anuncio. Yo también hubiera preferido tener un hijo que jamás se apartara de mí.

¿Por qué no me dices al oído seis u ocho palabras capaces de borrar el mal efecto que tu anuncio me hizo?

134.

UNOS INMENSOS, VIRTUOSOS LABIOS

Tus labios, hijo mío, no eran inmensos y virtuosos, eran cometidos y de tamaño normal. Pero de haber sido inmensos y virtuosos, Eliacim, inmensos y virtuosos como el fuego, por ejemplo, yo no me hubiera atrevido a mirarlos con el descaro con el que, a veces, ¡bien pocas, por cierto!, me atreví a hacerlo.

(Piensa que una madre, hijo mío, casi siempre tiene derecho a mirar, a todas las horas del día y poniendo el gesto que mejor le parezca, los labios de su único hijo.)

Pero tus labios, Eliacim, con el paso del tiempo, hubieran podido llegar a ser inmensos y virtuosos como yo los quería, inmensos y virtuosos como yo los necesito y como tú, probablemente, de haberlos tenido, los hubieras necesitado para no morirte, para no defraudarme.

Me aterra el pensamiento de que tus labios, hijo, se hayan disuelto ya y naden, partidos en miles y miles de minúsculos fragmentos, por el frío erial de las sirenas, esos insaciables fantasmas de inmensos y virtuosos labios, de inmensos y sabiamente virtuosos labios.

Hay cosas en las que no me siento con fuerzas para pensar.

135.

SÍ

Es un bello silbido, Eliacim, que solemos dejar huir, con una ignorante indiferencia, sin precipitarnos a apresarlo. Por escuchártelo pronunciar, Eliacim, yo te preguntaba las cosas más varias y previsibles: ¿te has bañado?, ¿es de día?, ¿vas a salir?, ¿quieres una taza de té?, ¿estás contento?

Yo nunca fracasé contigo, hijo mío, porque jamás te pregunté una sola palabra sobre la que tuviera duda alguna de tu respuesta. Las mujeres, Eliacim, cuando ya no lo necesitamos

para nada, sentimos nacer un raro instinto en nuestro corazón, un instinto caluroso y pesado como la boca de un horno encendido.

Sí, Eliacim, es siempre un amable chorrito de esperanza.

136.

LAS BLANCAS ROCAS DONDE BATE EL MAR

Las suicidas más jóvenes, hijo mío, aquellas que tienen la cabeza organizada como las de los novelistas franceses, sueñan, por las noches, con paseos de amor sobre las blancas rocas donde bate el mar.

Suelen ser los suyos unos paseos que comienzan mal para terminar bien, al revés de los sueños de las muchachas virtuosas, aquellas que no admiten la ocasión de sentirse amadas sobre las blancas rocas donde bate el mar.

Los sueños de las más jóvenes suicidas, Eliacim, son cruelmente claros y precisos y el hombre que las besa, la blanca roca, el mar rugiente, surgen, precisos y dibujados, con una realidad que les llena el alma de congoja.

El hombre que las besa, Eliacim, que trae las manos rojas de sangre, hijo mío, suele hablarles con una familiar desconsideración.

-¡Meg, arráncate el pelo y tíralo al alto, que se lo lleve el viento!

Meg, haciéndose un daño horrible, se arranca el pelo y lo tira al alto, para que se lo lleve el viento.

-¡Betsy, vacíate los ojos y déjalos caer al suelo, cuidando de que no se rompan, para que se los coman las hormigas! Betsy, temblando de dolor, se vacía los ojos y los deja caer

al suelo, cuidando de que no se rompan, para que se los coman las voraces, las hacendosas hormigas.

-¡Nancy, bésame! Nancy lo besa.

La blanca roca, Eliacim, que trae la vejez verde de sangre, hijo mío, suele hablarles con una familiar fiereza.

-¡Bel, golpéate los senos con una piedra, póntelos en la mano y sóplales con una gran fuerza, para que los vea volar! Bel, llorando de desconsuelo, se golpea los senos con una piedra, los pone en la mano y los sopla con toda su fuerza, para que la blanca roca los vea volar.

-¡Molly, muérdete la lengua y escúpela lejos para que flamee al viento como una bandera!

Molly, llena de asco, de un asco placentero y manso como el oprobio del niño, se muerde la lengua y la escupe lejos, para que flamee al viento grácil como una bandera desgajada.

- ¡ Jinny, bésame!

Jinny, puesta de rodillas, besa la blanca roca.

El mar rugiente, Eliacim, que trae las aguas grises de sangre, hijo mío, suele hablarles con una familiar frialdad, como un padre fingidamente ofendido.

- ¡ Kitty, déjate caer! Y Kitty se deja caer.

-¡ Fan, déjate caer! Y Fan se deja caer.

- ¡Maudlin, déjate caer!

Y Maudlin, cerrando los ojos, se deja caer.

Sí, Eliacim, las más jóvenes suicidas, aquellas que tienen la cabeza tan bien dibujada como la de los poetas franceses, sueñan, en ¡as noches más húmedas y acogedoras, con largos e imposibles paseos de amor sobre las blancas rocas donde bate el mar.

Menos mal que suelen ser los suyos unos paseos que terminan con un final esperado, como las buenas comedias.

137.

LOS DIBUJOS A PLUMA

Con varios frasquitos de tinta de color, Eliacim, y varias plumas para que las tintas no se mezclen y los colores no se ensucien, se pueden hacer bonitos dibujos, un barco, una flor, una campesina holandesa, dos o tres árboles, un mendigo, un cisne nadando entre flores coloradas, amarillas y azules. Cuando tú eras niño, Eliacim, un niño todavía muy pequeño, tu padre (q. D. h.) te regaló unos lápices de colores que recibiste con un gesto huraño porque lo que tú querías, hijo mío, era dibujar a pluma los más tiernos e inaprehensibles objetos, un barco hundido, una flor muerta, una campesina malaya, dos o tres árboles bajo la nieve, un mendigo cansado de caminar, un cisne.

Como eras tan niño, Eliacim, aún no habías perdido la virtud de ignorar casi todos los imposibles.

Los dibujos a pluma, Eliacim, suelen ser obra de artistas muy experimentados, muy veteranos.

138.

HETERODOXIAS

Las heterodoxias, hijo, son como las monedas, que, además de tener dos caras, suponen siempre un valor entendido.

No me fuerces a explicarte demasiado lo que prefiero dejarte envuelto en una vaga veladura.

139.

GIMNASIA RESPIRATORIA

Es saludable, según he oído decir, hacer unos ejercicios de gimnasia respiratoria al levantarse. Los pulmones se desperezan y se tonifican, la sangre se orea y el corazón salta de gozo al recibirla tan fresca, tan lozana, tan recién lavada.

No sé todo lo que pueda haber en esto de verdad o de mentira, Eliacim. Lo que sí recuerdo es que, cuando a ti te metieron

en la cabeza esta idea de la gimnasia respiratoria, estuviste unos días hablando solo, como un sonámbulo, y reprendiéndome por todo.

-¿Te encuentras mal, hijo?

-No; me encuentro bien, perfectamente bien, ¿por qué?

-No, por nada.

Tú estabas muy susceptible y cualquier cosa te enfurecía y te sacaba de quicio.

-¿Por qué me preguntas si me encuentro mal? ¿Es que me encuentras mal? ¡Tengo derecho a saber cómo me encuentras, si bien o mal! ¡ Tengo un absoluto derecho a saberlo!

-No, Eliacim, no; no exageremos. Tú no tenías derecho a saber cómo yo te encontraba, si bien o mal; yo siempre te he encontrado bien, tú lo sabes. Tú tenías la obligación de saber que yo siempre te encontraba bien. ¡Qué disgustos me diste aquella dichosa temporada de la gimnasia respiratoria, hijo mío!

140.

NATURALEZAS MUERTAS

Los pintores de naturalezas muertas, Eliacim, varían poco; quizá sea que la naturaleza muerta es algo, ya de por sí, poco variado, no lo sé.

Los pintores de naturalezas muertas, Eliacim, suelen ser alegres y cantarines como los guardas del depósito de cadáveres, hijo mío, que cantan tiernas melodías, entre los muertos, y besan en la boca, con su sabor a muerto, a las rollizas cocineras de la vecindad, a las garridas y frescachonas cocineras rebosantes de vida que hay en la vecindad, que engañan a sus novios, al frutero o al carpintero que no huelen ni saben a muerto, con el guarda del depósito de cadáveres, que tiene el vaho de los muertos escondido en la muela del juicio.

Los pintores de naturalezas muertas, Eliacim, pintan con antifaz para que no los conozcan.

Pero yo, hijo mío querido, conozco a varios que no les fue posible disimular. Si tuviera ocasión, te los enseñaría cuando van por la calle a llevar a sus niños pequeños al colegio. Los

niños pequeños de los pintores de naturalezas muertas tienen una gran propensión a morir aplastados por un taxi o por un autobús.

141.

EL OCIO

Es provechoso el ocio, hijo mío; el ocio es un amable regalo de los dioses, una benévola bendición de los dioses. Yo pienso, Eliacim, que si se pudiese almacenar el ocio, si se pudiese manufacturar y comerciar con él como sucede con otros productos, se llegaría a prestar un gran servicio a los hombres. Los hombres ociosos, hijo mío, los hombres que albergan en su espíritu tal paz que nada les impele al trabajo, son la imagen misma de la más alta perfección moral.

Si tú hubieras llegado a hombre, Eliacim, a hombre maduro y padre, quizá comprendieras con mayor facilidad que esto que te digo es claro como la luz del sol. Bien sé que, a tu edad, Eliacim, nadie debe pediros sino adivinaciones, intuiciones, presentimientos. La experiencia es fruta que madura con mayor lentitud, y el ocio, hijo mío, es una experiencia difícil y larga.

En tus largos ocios submarinos, Eliacim, ¿te acuerdas alguna vez de mí?

En tus largos ocios submarinos, hijo mío, ¿no presientes, no intuyes, no adivinas que hubiéramos podido ser breve e intensamente felices en el momento en que nuestros ocios, el tuyo todavía tan tierno, coincidieran como la luna y el sol en los eclipses, uno encima del otro?

142.

LAS MÁS EXTRAÑAS Y SALUDABLES MUJERES

Las más extrañas y saludables mujeres, Eliacim, se suelen dar entre la clase media, quizá también porque es la más numerosa e innocua.

Las más extrañas y saludables mujeres, hijo mío, se pintan de ganado apacible y manso para poder pasar más inadvertidas. También, Eliacim, para poderse defender mejor en la cotidiana lucha contra la miseria.

Las más extrañas y saludables mujeres, Eliacim, suelen llevar un nido de alacranes en el escote, un hervidero de alacranes latiéndole en el alto y poderoso seno.

A mí me da una gran paz, hijo, un gran sosiego interior, el saberte alejado para siempre de estas extrañas y saludables mujeres, las más extrañas y saludables mujeres que nadie haya podido concebir jamás.

143.

NO CONSIGO DESENTENDERME

Son tantas y tantas, hijo mío, las cosas de las que no consigo desentenderme, que a veces, entre amargas lágrimas, me cambiaría gustosa por cualquier objeto que fuera capaz de sentirse desligado, desentendido, de todas estas cosas de las que yo, Eliacim, ¡qué maldición!, no consigo saberme ajena.

No consigo desentenderme, hijo mío, del tiempo que pasa, de la lluvia que cae, del té que bebo, del hombre con el que me cruzo por la calle, del perro aterido de frío que araña la puerta de casa, de tu memoria. Y lo que yo quisiera, hijo mío, te lo podría jurar, era no tener tantas y tantas cosas atenazándome, tantas y tantas cosas recordándome, a cada instante, que no consigo desentenderme de ellas y vivir libre.

Las cosas, Eliacim, demostrarían más nobles sentimientos borrándose para siempre, como una lágrima que cae al mar.

144.

LA NIEVE SUCIA

Amo la nieve sucia, Eliacim, la nieve pisada por las gentes que no sé cómo se llaman, la nieve que se va pintando con el color de las manos que fuerzan por estrujar el hambre y que

de repente, sin saber cómo, se encuentran acariciando un vientre terso como una manzana, un vientre estallante.

Sobre esta nieve dulcemente sucia, hijo mío, me dejaría morir de abandono, igual que un niño olvidado, con la vista fija en un objeto cualquiera al que la limpia nieve recién caída fuera cubriendo poco a poco, como una marea implacable.

Y sobre esta nieve carnalmente sucia, Eliacim, pienso que no me habría de pesar la muerte. La muerte, hijo, es algo que pesa más sobre los hombros ajenos, sobre los hombros que cualquier madre, en un momento de azoramiento, haya podido fabricar.

Yo amo la nieve sucia, Eliacim, la nieve entregada a todos los hombres de la ciudad.

145.

ESE AIRE MALDITO QUE DUERME ENTRE LAS CASAS

Allá donde se aman los gatos más escuálidos y sarnosos, donde se asfixian los músicos que se volvieron tísicos de tocar la corneta, donde se pudren las cabezas de los pescados, donde orina el vendedor ambulante, donde da de mamar a sus hijos la sonrosada rata del cólera, donde se citan los más tímidos ladrones, donde se siente el frío más abyecto, donde nadie se acuerda de sonreír, vive ese aire maldito que duerme entre las casas.

Ese aire maldito que duerme entre las casas, Eliacim, engendra, a veces, altísimos pensamientos de caridad; alumbra, algunas veces, insospechados y gallardos pensamientos de esperanza, sonoros y presuntuosos como el trueno.

No sé por qué será, hijo mío, pero allí donde vive ese aire maldito que duerme entre las casas, también, ciertas veces, se escuchan palabras humanas en boca de los gatos enfermos y enamorados, o se oye tañer la flauta con un deje sentido y misterioso, o se adivinan besugos y merluzas muertos que miran como doncellas, o se sabe que un niño reza sin despegar los labios, o se muere de cansancio un vendedor ambulante que se quedó sin mercancía, o se cura de milagro la blanca rata del cólera, o se proponen no volver a robar más los

ladrones más osados, o se afanan las madres de familia en buscar un duro pedazo de pan debajo de las piedras, o se nota en las carnes una tibia ráfaga de clemencia, o alguien se acuerda de pintarse a tiempo una sonrisa en la cara.

Todo es cuestión, hijo mío, de acostumbrarse a respirar ese aire maldito que duerme entre las casas.

Hay días en los que me sería imposible olvidarme de él, imposible vivir sin él.

146.

LOS FETICHES

Tú, Eliacim, siempre habías sido muy aficionado a los fetiches. Sobre todos los fetiches, Eliacim, tú preferías los de hueso, los de plata, los de madera y los de hierro, por este orden; los de cobre los despreciabas y los de pasta no podías ni verlos. En esto, como en todo, hay preferencias y simpatías y aborrecimientos y antipatías. Es cosa en la que no entro.

Tus fetiches, hijo mío, tenían las más varias aplicaciones, los más diversos oficios. En tu colección de fetiches, Eliacim, había fetiches para enamorar, fetiches para conjurar los malos espíritus, fetiches para provocar las lluvias, fetiches para sanar las enfermedades, fetiches para ahuyentar el fuego, fetiches para dar felicidad a los partos, fetiches para conservar la juventud y la belleza, fetiches para orientar con bien la brújula de los viajes y fetiches para librarse de los naufragios. Estos, Eliacim, fueron los que peor resultado nos dieron, los que peor y más desconsideradamente se portaron con nosotros.

Tú siempre fuiste muy aficionado a los fetiches, hijo mío, y tu afición, con tu colección, la heredé yo.

A veces, cuando no tengo nada que hacer, limpio, uno por uno, tus fetiches; me gusta conservarlos bien.

147.

AMÉ TRES DÍAS AL GRANJERO TOM DICKINSON

Martes, 7.

Tom Dickinson, hijo mío, es un encanto. Tom Dickinson es alto y fuerte, sabe segar la hierba y ordeñar la vaca, herrar el caballo y podar el rosal.

Tom Dickinson, Eliacim, canta, mientras saca agua del pozo, unas viejas canciones galesas llenas de nostalgia. Tom Dickinson tiene una bella voz de barítono y unos dientes blancos y agudos como los del lobo.

Tom Dickinson, hijo, está ahorrando para comprarse un tractor que le ayude a trabajar su granja.

Miércoles, 8.

La granja de Tom Dickinson, hijo mío, es una granja más bien pequeña, pero reluciente, próspera, cultivada con esmero. La granja de Tom Dickinson, Eliacim, tiene verdes praderas, establos nuevos, campos de patata y de avena en los que el viento juega por las mañanas.

La granja de Tom Dickinson, hijo, crece y vive alrededor de una casa confortable en la que el fuego está encendido todo el día y toda la noche.

Jueves, 9.

La casa de Tom Dickinson, hijo mío, es de dos plantas, aparte de la bodega y el granero: la bodega rebosante de botellas de vino, el granero henchido de grano limpio.

La casa de Tom Dickinson, Eliacim, se adorna con unos muebles sólidos y sencillos y unas cortinas luminosas y de alegres y vivos colores.

La casa de Tom Dickinson, hijo, guarda para Tom Dickinson toda la luz que entra por sus ventanas.

Viernes, 10.

Tom Dickinson, hijo mío, se pasea por su casa como un rey, altivo como un rey, más tranquilo y más feliz que un rey. Yo amé tres días, Eliacim, el martes, el miércoles y el jueves de esta semana, al granjero Tom Dickinson.

Pero no se lo quise decir, hijo, porque temí obrar mal.

148.

EL PORTAMONEDAS DEL AHOGADO

Estaba reblandecido, Eliacim, deslucido, el portamonedas del ahogado, con su llave, su borrosa fotografía familiar y sus tres peniques.

A mí, al principio, me trajo un gran consuelo poder tocar con el pie al joven ahogado del portamonedas, pero después me impresionó mucho ver que no sonreía.

Cuando la ambulancia se llevó al joven ahogado, Eliacim, el portamonedas quedó, sin que nadie lo viera, sobre las frías y húmedas losas del muelle. Yo pensé que era un mal sitio aquel y, sin que nadie me viera, lo recogí y lo apreté contra el corazón.

Ahora, Eliacim, desde que me encontré el portamonedas del ahogado, duermo con él debajo de la almohada y me siento relativamente más feliz.

Al joven ahogado le habrían hecho autopsia, según es costumbre con los jóvenes que la mar devuelve. Yo le rezo una breve oración cada noche. Pero no quiero quemar su portamonedas, no podría hacerlo.

149.

UN GATO PALADÍN

Mi amiga Martha Mac Cloy, la viuda de Zoroaster Mac Cloy, aquel vegetariano tan gracioso que tú conocías, tiene un gato paladín, un gato caballero, un gato en el que, seguramente, está encarnado un capitán de Ricardo Corazón de León o de Carlomagno.

El gato de mi amiga Martha Mac Cloy es atigrado de color y no muy gordo y no tiene raza conocida, aunque sí un bonito nombre propio. El gato de mi amiga Martha Mac Cloy se llama Lucius Gamester, ¿te gusta?

Pues bien, hijo mío, Lucius Gamester, como te digo, es un gato paladín. El otro día, sin ir más lejos, estaba yo de visita en casa de mi amiga Martha Mac Cloy, cuando se oyó una inmensa algarabía en el tejado.

- ¡Vaya! -dijo mi amiga Martha Mac Cloy -. ¡Ya está Lucius Gamester arreglando alguna cuestión de honor en el tejado! ¡Es insoportable, amiga mía, se lo aseguro a usted, tener que estar aguantándole todo el día sus caballerosidades a Lucius Gamester! ¡Yo creo que, como no se corrija, terminará por volverme loca!

El gato paladín de mi amiga, Eliacim, desapareció el otro día sin dejar rastro. Yo creo, aunque no se lo dije a Martha Mac Cloy, que Lucius Gamester era un redomado tahúr.

150.

EL BARRO Y EL HUMO

Jugar con barro, Eliacim, ponerme las manos y el vestido perdidos de barro, es algo que ha llegado a enviciarme, hijo mío, algo por lo que sería capaz de dar cualquier cosa.

No sé, no sé, pero creo que jugar con barro es algo que sólo puede brindarse a espíritus muy escogidos, a gentes que hayan demostrado ser capaces de jugar con barro sin blasfemar.

El barro, hijo mío, eso que no es ni el mar ni la tierra, ni el agua ni la tierra, puede resultar muy peligroso si no se llega hasta él con todos los remordimientos sujetos y todos los sentidos alerta y en tensión.

Desde luego, Eliacim, ten por seguro que es algo que no puede dejarse en todas las manos.

El humo, en cambio, sí, Eliacim. El humo es algo más democrático y, para manejarlo, no se precisa una especial formación. El humo puede usarse sin peligro por todos, incluso por las gentes más torpes. El humo, a veces, se venga y mancha las almas y los corazones, pero estas violentas salidas suyas son, por fortuna, muy escasas.

El humo, hijo mío, es como el sueño, algo que no se puede coger. Si pudiéramos llenarnos los bolsillos de humo, Eliacim, y ponerlo encima de la mesa como una moneda, el humo perdería encanto.

El barro sí se puede poner sobre una mesa; lo que sucede es que no es aconsejable.

151.

DOROTHY

Tengo que darte una mala noticia, Eliacim. Dorothy, la gentil Dorothy, aquella muchachita complaciente de la que todo el mundo dijo que acabaría haciendo buena boda, ha muerto en el hospital. (No me gustó verla envuelta en aquella sábana que nada le favorecía, en aquella sábana que ya podían haberse tomado la molestia de planchar un poco.)

¿Te acuerdas, Eliacim, de lo nervioso que te pusiste aquella vez que Dorothy, jugando a las prendas, te pidió que la besases con cierto entusiasmo, pero sin arrebato? Yo me río cada vez que me acuerdo.

Dorothy, poco antes de morir, me mandó recado pidiéndome que la fuese a visitar. Naturalmente, salí para el hospital a toda prisa.

-¿Cómo estás, Dorothy? No sabía que te hubiesen traído al hospital.

-Sí, me han traído al hospital porque, desde aquí, son más cómodos los entierros. Yo me hago cargo.

-Ya. Pero, Dorothy, hija, tú no te vas a morir, tú aún tienes fuerzas para vivir muchos años.

Dorothy sonrió.

-Sí, señora, yo me voy a morir pasado mañana. Yo ya no tengo casi fuerzas. Las pocas fuerzas que me quedan no creo que puedan durarme más de dos días.

-¡No, mujer, aleja esos pensamientos! Dorothy volvió a sonreír.

-¿ Para qué?

Dorothy estaba muy bella, hijo mío, te lo aseguro. A los dos días, como había calculado, se murió.

Yo le envié unas flores que no llegaron a tiempo. En el hospital donde Dorothy murió, hijo mío, los entierros son tan cómodos que las flores nunca llegan a tiempo.

152.

EL ESCOLAR ENTRISTECIDO

El otro día perdí la ocasión de comprarme un escolar entristecido, me lo hubieran vendido barato. Sus padres estaban buscando dejarlo en buenas manos por tan sólo una libra y seis chelines. Yo me entretuve en regatear un poco el precio, porque al escolar entristecido había que empezar por calzarlo y vestirlo de arriba abajo, y una señora se me anticipó y se lo llevó de la mano.

El escolar entristecido, cuando su ama se lo llevaba de la mano, no volvió la cabeza atrás. Se conoce que no le interesaba excesivamente lo que atrás dejaba.

Yo, hijo mío, sentí curiosidad y apreté el paso hasta alcanzarlo. El escolar entristecido no iba más triste que de costumbre; tampoco, esa es la verdad, iba más alegre. El escolar entristecido marchaba como si fuera de palo, mirando para el suelo y pasando una mano por la pared.

La señora que lo había comprado, aunque de ceño duro, parecía de buenos sentimientos y, de cuando en cuando, arreaba una castaña, no muy fuerte, en la cabeza del escolar entristecido. El escolar entristecido recibía el golpe en su pelambrera color zanahoria y ni se encogía, ni se estiraba, ni se agachaba, ni se engallaba. A lo mejor, tampoco se enteraba.

El ama del escolar entristecido, hijo mío, al pasar por delante de una tienda de caramelos, compró un caramelo de menta, lo partió. más o menos por la mitad y le dio una parte, la más pequeña, al escolar entristecido; la otra la chupó un poco y después la guardó en el bolso, envuelta en un papel de seda.

El ama del escolar entristecido, Eliacim, en seguida se echaba de ver que era una señora muy cuidadosa.

Yo, hijo, como no tenía mejor cosa que hacer, me fui un largo rato detrás del escolar entristecido y de su ama.

En una tienda de comestibles, al escolar entristecido le compraron tres galletas. El escolar entristecido se comió dos y guardó la tercera en el bolsillo del pantalón.

El pantalón del escolar entristecido, Eliacim, era una honda mina de inimaginables tesoros, de riquezas sin fin que el escolar entristecido, hijo, templaba con el calorcillo de sus ingles y acariciaba, con disimulo, cuando tenía una remota posibilidad de no ser mirado.

Yo nunca lamentaré bastante, hijo mío, haber dejado escapar la ocasión de hacerme can el escolar entristecido. En nuestro hogar, Eliacim, el escolar entristecido hubiera podido representar un airoso papel de corneta.

Sólo me consuela la idea, hijo, de que el escolar entristecido, andando el tiempo, llegue a arrancarle el corazón a la señora que lo compró. Probablemente, el escolar entristecido cometería su mala obra entre horrísonas carcajadas sobrecogedoras.

153.

MÚSICA DE FONDO

Existe toda una técnica, Eliacim, una técnica que, por cierto, no debe ser nada difícil, sobre la música de fondo. Los músicos especializados en esta clase de música, hijo mío, suelen tener los resquicios de la cabeza nublados por un vaho tibio y traslúcido que aumenta su temperatura y cierra su capacidad de dar paso a la luz en función de la intensidad emocional de las situaciones.

Ellos se colocan su manómetro sobre las glándulas suprarrenales y trabajan automáticamente, como las neveras eléctricas. La cosa no puede ser más sencilla.

154.

LA CAMISA DE LA FELICIDAD

En un viejo cuento persa, Eliacim, tú lo recordarás, había un hombre, quizá fuera un mendigo, no podría precisártelo, que era muy feliz porque no tenía camisa.

A mí, hijo mío, me sucede exactamente lo contrario. Yo, para ser feliz, necesito llevar encima una prenda determinada, de un color previsto, de una forma propia y conocida, de una cierta y concreta calidad.

(Naturalmente, hijo; tu madre no viene refiriéndose ahora a la camisa, prenda que la mujer hace ya muchos años que tiró por la borda. ¿Podrás tú adivinar, Eliacim, tú, que ya eres un hombre, a qué clase de prenda aludo? Te daré un dato que quizá pueda servirte de orientación: en estos momentos me siento febril, aunque también como descansada.)

155.

EL CIERVO DISECADO

1

Con sus mansos, con sus inquietadores ojos de vidrio, hijo mío, el ciervo disecado me mira fijamente desde la pared. La última vez que saliste de casa, Eliacim, te despediste, incluso con cierta emoción, de nuestro ciervo disecado, que también te miraba fijamente, con sus apacibles, con sus pecadores ojos de vidrio, desde la pared.

Hubo momentos, al quedarme sola después de tu marcha, en los que pensé que el ciervo disecado iba a decirme alguna palabra de consuelo, hijo mío, alguna amable palabra de condescendencia. Pero el ciervo disecado, Eliacim, se limitó a seguir mirándome sin pestañear, como a un objeto muy extraño, con sus misteriosos ojos de cristal.

2

Con sus cuernos de caramelo, Eliacim, con sus dulces, ofensivos cuernos, hijo mío, el ciervo disecado me amenaza todas las mañanas. La última vez que le quité el polvo, Eliacim, con mi plumerito y el misma cuidado de siempre, a sus familiares, oprobiosos cuernos, hijo mío, los encontré menos fríos que de costumbre, algo así como más, ¿cómo te diría?, acogedores y templados.

Desde entonces no he vuelto a quitarle el polvo con mi plumerito ; no olvides, Eliacim, que vivo rigurosamente sola.

3

Con su aire triste y resignado, Eliacim, el ciervo que me mira y me amenaza desde la pared me hace, esa es la verdad, mucha compañía. Aún no me mira, ni me habla, ni me sonríe, cierto es, pero yo pienso que todo se andará.

A los ciervos disecados, Eliacim, no se les consigue hacer reaccionar así como así.

156.

PAPELES EN BLANCO

Todo lo que sabemos, Eliacim, se puede escribir en un papel en blanco no muy grande. Dibujando en un papel, con cuidado de perfilar bien los trazos, las letras del alfabeto, y haciendo con ellas las combinaciones posibles, hijo mío, se llegarían a ordenar dos o tres dramas de Shakespeare e incluso alguno más. Lo malo es que se tardaría mucho tiempo.

En los papeles en blanco, Eliacim, duermen las grandes obras literarias del futuro, las grandes obras literarias que aún están por escribir. A veces siento tentaciones de enfrentarme con los papeles en blanco y empezar a poner letras, unas detrás de otras, a ver lo que sale. Hay quien dice que el latín fue inventado de una manera parecida, yo no lo sé.

157.

LOS OLORES QUE NOS DESPIERTAN LOS MALOS INSTINTOS

Los olores que nos despiertan los malos instintos, Eliacim, los olores que nos despiertan los más ruines y delicados instintos, hijo mío, suelen ser, con frecuencia, los mejores olores, los oficialmente mejores olores: la rosa, el jazmín, la violeta. Cuando tú eras niño, Eliacim, yo te perfumaba siempre con rosa, con jazmín o con violeta, según lo que quisiera imaginarme que conseguía de ti. La rosa la usaba para encanallar tu mirada, hijo mío; el jazmín, para disfrazarte de despechado amante; la violeta, para no saber nunca que te habrías de negar, con tu obstinada reiteración, a las más insobornables sonrisas de tu madre.

Los olores que nos despiertan los malos instintos, Eliacim, están disueltos en el mundo, flotando sobre el mundo, esperando a quien los quiera oler.

Los hombres y las mujeres que han olido mucho, hijo mío, los olores que nos despiertan los malos instintos, suelen tener una gran paz posada, igual que un pajarito, en el mirar.

158.

LA LIGA DE LOS BACILOS ACIDO-RESISTENTES

Son curiosas las conclusiones de la 11 Asamblea de la LIBAR (Liga de los Bacilos Acido-Resistentes) que se celebró, hace ya algún tiempo, en Hamburgo. Tú fuiste el descubridor, y el descubrimiento te llenó de gloria y de orgullo. Yo creo que lo descubriste por puro azar; perdóname, Eliacim, yo no te considero un cerebro privilegiado, aunque sí, relativamente, un buen hijo.

El plan de exterminio del género humano concebido por la LIBAR está, en general, bien trazado. Algunos pequeños fallos pueden, en cualquier momento, ser arreglados sobre la marcha.

El bacilo Lucky Koch, un joven caucasiano recriado en Eoston, centró bien la cuestión y no permitió que se divagase ni se perdiese el tiempo. En realidad, el joven Lucky Koch es un procesalista de primer orden y su presencia fue ejemplar y eficiente.

En esta II Asamblea no se trató sino una cuestión: «El exterminio de la especie humana, jalón necesario para la conquista del poder».

Las enmiendas que se presentaron por los congresistas que pensaban que era más conveniente empezar por el ganado vacuno, fueron pronto rechazadas. Observa, hijo, que la falta de consecuencia a nada bueno suele conducir.

Herr Augustus Friedenberg, en cuyos pulmones se venían celebrando las sesiones de la LIBAR, quiso acabar con la Asamblea y recurrió al rimifón, a la estreptomicina y al neumotórax. Herr Augustus Friedenberg tuvo escaso éxito porque la LIBAR, como todas las asociaciones perseguidas, sacó fuerzas de flaqueza y aprobó sus conclusiones en sesión permanente. En realidad, Herr Augustus Friedenberg tenía, como siempre pasa, algo de razón. ¿ Por qué, se preguntaba Herr Augustus, han de ser mis pulmones sede permanente de la LIBAR? Que se vayan a Liverpool, que tampoco tiene mal clima. Aunque a Herr Augustus, hijo mío, como te digo, no le faltaba razón, nadie le hizo caso. Toma nota de esto, Eliacim. (Antes de que me olvide: aquella cuenta de serpentinas que te dije, ¿te acuerdas?, que me parecía un poco excesiva, ya la he pagado. Nunca lo hubiera hecho, pero ha habido motivos que tampoco tengo por qué darte a conocer.)

El género humano para la LIBAR, se divide, a efectos de exterminio, en tres grupos, A, B y C. Al A pertenecen aquellas personas a quienes conviene eliminar cuanto antes (médicos, químicos, filántropos, etc.) ; al B los seres humanos cuya destrucción no debe ser desaprovechada si se presentan circunstancias propicias (farmacéuticos, arquitectos, etc.), y al C, aquellos otros que, por diversas causas, conviene reservar hasta el final (políticos,

estrategas, fabricantes de armas, etc.). Las listas no son nominales, como ves, sino clasificadas por oficios o actividades.

Gozo repitiendo lo que ya sabes, Eliacim, lo que tú mismo me diste a conocer, porque, aunque insisto en que no estoy muy segura de que el descubrimiento sea tuyo, siempre es saludable, creo yo, fingirse, ya que no sentirse, madre de un genio.

El grupo A lo forman...

159.

LA FUENTE ROTA

Aquella fuente rota del jardín, hijo, cuando llegaba el invierno y le caía la nieve por encima, cantaba con su más queda voz, con una voz semejante a la de las luciérnagas recién casadas, unos tenues y amorosos lamentos que yo sólo entendía y que, por más que se me rogaba, a nadie quería descifrar.

Me acuerdo que una vez que me visitó aquel marqués italiano tan aficionado a las bellas artes del que ya creo que te hablé en alguna ocasión, la fuente rota cantó, quizás en su honor, con su voz más melodiosa y oculta, una larga y arrebatadora cantata sin principio ni fin.

-¿Quién canta señora?

-Mi fuente rota, marqués.

-¿Y qué dice?

-Perdonadme.

El marqués italiano, hijo mío, que era muy aficionado a las bellas artes, sobre todo a la música y a la poesía, me insistió tanto que tuve que mostrarme dura con él. A cambio de mi desatención, hijo mío, le rogué que me pidiese cualquier otra cosa a mi alcance, para tratar de complacerle, y el marqués italiano, Eliacim, me desnudó y me llenó el cuerpo de latigazos.

Aquella fuente rota, hijo mío, de la que siempre mana una larga hebra de agua, estuvo seca tres días. Las señales de los latigazos aún podría mostrártelas, Eliacim, si tú me lo pidieras.

160.

VALSES VIENESES

Hubo un tiempo, Eliacim, en el que a ti y a mí nos gustaron los valses vieneses, los forzosamente alegres valses vieneses, que conviene escuchar vestidos de árbol y con los ojos entornados con suavidad, con una fingida delicadeza.

Yo recuerdo, como si hubiera sido ayer, la noche que te pasaste bailando valses vieneses con aquella insignificante muchacha a la que envidié y odié con todas las fuerzas de

mi corazón; con aquella insignificante muchacha, ¿cómo se llamaba?, que rompió a llorar, en medio de un enorme escándalo, cuando tú quisiste besarla.

Los valses vieneses, Eliacim, no son propicios para el amor, los dos lo sabemos. Los valses vieneses, hijo mío, son más bien aptos para adiestrarse en las acompasadas artes del matrimonio. El amor, Eliacim, es una arritmia.

Cuando en la radio suena, por no muy rara casualidad, un vals vienés, Eliacim, «Olas del Danubio», por ejemplo, o «Las patinadoras», o «Voces de primavera», yo me descalzo y salto por encima de los muebles, hijo mío, hasta caer rendida y casi sin respiración.

Entonces, Eliacim, lloro un poco, de un modo bastante silencioso, y beso tu fotografía. Después, suelo dormirme.

Sí, Eliacim, acuérdate, hubo un tiempo, incluso ya lejano, en el que a ti y a mí nos hacían muy felices los valses vieneses, los desoladores y alegres valses vieneses, que conviene bailar descalzos o, en todo caso, con unos escarpines de oro.

Por aquel tiempo, hijo mío, aún nos sonreía, ¡y qué traidoramente!, la sangre que navegaba por nuestras venas. Pero aquel tiempo, Eliacim, pasó ya para los dos. Sería muy difícil poder volver a vivirlo, por lo menos con el ímpetu de entonces.

161.

LA CAMPANA DE BRONCE QUE SUENA POR ENCIMA DE LOS MONTES

Si tuviera fuerza bastante, Eliacim, mandaría enmudecer la campana de bronce que suena por encima de los montes porque, cuando más abstraída estoy pensando en ti, en tus ojos, pongo por caso, o en el tono que dabas a tu voz para pedirme que te preparase el baño, o en el lunar que tenías en el cuello, o en tus inexpertas manos o, simplemente, en que a tu raqueta de tenis conviene ir pensando en ponerle cuerdas nuevas, me distrae y me obliga, bien a mi pesar, a volverte la espalda.

La campana de bronce que suena por encima de los montes, hijo mío, pienso que muy bien pudiera ser la campana del odio, Eliacim, la campana que no se podrá hacer callar jamás porque no tañe ni dobla en sitio alguno al que los seres humanos podamos llegar sin condenar nuestras almas irremisiblemente, en medio del regocijo del demonio.

Entre mis amigas o conocidas de la vecindad, hijo mío, nadie ha escuchado jamás la campana de bronce que suena por encuna de los montes, y cuando les hablo de ella, Eliacim, me miran con un extraño gesto que me irrita. Pero es que entre mis amigas o conocidas de la vecindad, Eliacim, sobran las que tienen el alma sorda como un pez muerto, el alma sorda y envenenada como una culebra muerta.

Si yo tuviera poder, Eliacim, un poder realmente fuerte y no ficticio, mandaría fundir la campana de bronce que suena por encima de los montes y erigir, con su ardorosa carne, una estatua a los animales distraídos. Pero yo, hijo mío, no tengo poder; yo, Eliacim, no soy más que una pobre mujer sin fuerza ni poder alguno, sin fuerza ni poder para tirar al suelo, tan sólo con un gesto, aunque en ese gesto tuviera que hipotecar toda mi energía, la campana de

bronce que suena por encima de los montes. Si otra cosa estuviera en mi mano, Eliacim, con ella procuraría complacerte. A pesar de tus exigencias.

162.

EL NIÑO ENCENDIDO

No lo quise apagar, hijo mío, para que no se desatase sobre nosotros, sobre ti y sobre mí, la ira de los dioses.

El niño encendido, Eliacim, rodeado de gritos, corría por el campo encendiendo las mieses y por el monte encendiendo los bosques. El niño encendido, Eliacim, que llevaba el gozo pintado en la cara con indelebles colores, corría por la ribera encendiendo los barcos y por las granjas encendiendo el atónito ganado. El niño encendido, Eliacim, que se llamaba Toby y se vestía de llamas, corría perseguido desesperadamente por las mujeres que querían apagarlo contra su corazón, sin temor alguno a la ira de los dioses.

Fue un espectáculo imborrable, Eliacim, el del niño encendido. Me desperté sobresaltada, hijo mío, e intenté, por todos los medios, tranquilizarme, pero su recuerdo me volvía, una y otra vez, en cuanto cerraba los ojos.

Tú, entre la multitud, vestido de uniforme y siempre guapo aunque quizá ligeramente más viejo, estabas pasmado de estupor. El niño encendido, anunciándolo con un silbido intensísimo, daba piruetas en el aire, hasta más allá de las nubes, incendiando los pájaros y los ángeles.

Fue, ya te digo, algo que no podré olvidar jamás. Pero, ¡qué tonta soy!, ¿para qué te explico nada si estabas tú allí, entre la multitud, vestido de uniforme y siempre guapo, aunque quizás algo más viejo, pasmado de estupor?

A veces, hijo, tengo unos lapsus imperdonables; sí, Eliacim, no nos engañemos, yo ya no soy la que fui.

163.

LA CARACOLA DE NÁCAR

Pulida por todo vuestro llanto, Eliacim, por tu llanto y el de tus compañeros, la tersa caracola de nácar que acaricio como pudiera mimar la garganta de una doncella, hijo mío,

me silba, en las yemas de los dedos, con una suavidad que nunca sabré agradecerle bastante.

Al lado de tu retrato, Eliacim, de uno de tus retratos, de aquel en el que apareces con una rosa en la mano, debajo de tu retrato, hijo mío, duerme la caracola de nácar cuando yo, ya muy tarde y muy triste, me canso de acariciarla.

La otra noche, Eliacim, la caracola de nácar me dio un susto tremendo, un susto del que tardé varios días en reponerme. Prefiero no decírtelo porque, además de que, hasta que llegases al final, también tú ibas a asustarte, la cosa, afortunadamente, no tuvo la menor importancia.

Las conchas de nácar, hijo mío, pulidas por el llanto de tanto joven marino, suelen tener sentimientos muy delicados.

164.

EL MÁS VIEJO ÁRBOL DE LA CIUDAD

Ha muerto de viejo, Eliacim, según dicen, el más viejo árbol de la ciudad, aquel en cuya corteza grabaron los nombres de sus novias los capitanes que partían para la guerra de los Treinta Años.

Cuando recibí la noticia, hijo mío, creí entristecer mucho más de lo que después, ciertamente, llegué a entristecerme. Le tenía afecto, Eliacim, tampoco debo decirte que no, a nuestro viejo árbol, al más viejo árbol de la ciudad, pero mi corazón por lo visto está encalleciéndose con el paso del tiempo, endureciéndose con la veloz carrera del dolor.

A la muerte del más viejo árbol de la ciudad, Eliacim, no le dediqué más que un día de lágrimas, descontadas las horas de las comidas y un breve rato que salí a hacer unas compras.

Su leña, que adquirí al Ayuntamiento, arderá en mi chimenea.

Qué alegría, Eliacim, qué inmensa alegría!

165.

LOS MÚSICOS CALLEJEROS

Con su acordeón y su violín, hijo mío, los músicos callejeros tocan, a la puerta de las tabernas, en homenaje a los bebedores de buenas inclinaciones.

Con su corneta y su violín, hijo mío, los músicos callejeros tocan, a la puerta de las iglesias, en loor de los novios que ignoran cómo van a poder vivir.

Si no diese lugar a murmuraciones, Eliacim, yo metería en casa a todos los músicos callejeros que encontrase tocando polcas y marchas a la puerta de las tabernas y de las iglesias. Nuestra casa es grande, hijo mío, como tú sabes, y pienso que en ella habían de caber tu madre y sus músicos callejeros, sus tibios y aromáticos músicos callejeros, aquellos que cubren su cabeza con una gorra de visera de hule y llevan una lira tatuada sobre el

corazón. Los músicos callejeros, Eliacim, suelen ser, con frecuencia, héroes de las minúsculas tragedias que echan agua a la vida de los hombres, quizá para que los más ruines espectadores se diviertan viendo cómo algunos hombres pelean por no ahogarse.

Pero los músicos callejeros, Eliacim, que prefieren irse ahogando poco a poco, como las ballenas viejas, no toman parte en la lucha a la que renunciaron para tocar la música, desde la mañana a la noche, mientras pasean, lentamente, por la ciudad, asomándose a las tabernas y a las iglesias, en busca del bondadoso bebedor y del novio pobre que, casi de milagro, todavía les da de comer.

En los fríos días del invierno, Eliacim, yo pienso y pienso en los músicos callejeros, en los hombres que tocan los violines enfermos, los acordeones enfermos, las cornetas y las flautas enfermas, hijo mío, y siento grandes remordimientos de conciencia que no puedo evitar.

Sí, Eliacim ; si no diese lugar a murmuraciones yo llenaría nuestra casa de músicos callejeros que el diecisiete de abril, tu cumpleaños, se brindarían, gustosos y sonrientes, a interpretar,

a la puerta de tu vacío cuarto, las piezas que más pudieran agradarte.

Sería un día muy feliz, Eliacim, un día inmensamente dichoso para todos, pero me falta valor, hijo mío, me falta, ¡todavía!, el valor necesario.

166.

EL MARINERO DESEMBARCADO

¡Qué triste el marinero desembarcado, Eliacim, el marinero que perdió una pierna en tierra firme, atropellado por el tren!

El marinero desembarcado que perdió su pierna en tierra firme, Eliacim, atropellado por el camión, se llama Eusebius W. Clownish; tiene una tía monja en South Dakota; es de raza negra, aunque, según afirma, tuvo un abuelo mallorquín; tatúa calaveras y barcos veleros en muy buenas condiciones; amaestra loros por pura afición; canta, con los ojos cerrados, sentimentales melodías de su país, y es capaz, al decir de quienes lo conocen mejor que yo, de leer a Cervantes en su lengua original.

El otro día, Eliacim, pude hablar un largo rato con Eusebius W. Clownish, el marinero desembarcado, que vino a casa a ofrecérseme, por si quería hacerme un tatuaje, un ancla, una flor, que es propio de señoras, una palmera, unas iniciales. Aunque hubo un instante, hijo mío, en que pensé tatuarme el vientre con las letras E. A. C. enlazadas, preferí resistir porque no me pareció, bien mirado, que tuviera ninguna utilidad.

-Buen marinero, ¿cómo perdió usted la pierna?

-¡Ay, señora, quién lo supiera! Hay quien dice que fue el tren, señora, que va siempre por su vía; hay quien dice, señora, que fue el camión, que a veces, sobre todo en las calles estrechas, monta la acera...

A mí, hijo mío, el marinero desembarcado me llena de pavor.

Yo no podía imaginarme que hubiera nadie en el mundo tan triste como Eusebius W. Clownish, el marinero desembarcado que perdió una pierna en tierra firme, y le preparé una taza de té caliente.

-¿Un poco de cake?

-Sí, gracias, señora. Al marinero desembarcado le di cake y medio, Eliacim.

-¿Más té?
-Sí, gracias, señora.
Al marinero desembarcado llegué a servirle veintitantas tazas de té, Eliacim.
-¿Un cigarrillo?
-Sí, gracias, señora.
El marinero desembarcado me fumó todos los cigarrillos que tenía en casa, Eliacim.
-¿Ginebra?
-No, gracias, señora, no bebo.
Al marinero desembarcado que perdió una pierna en tierra firme, Eliacim, me pareció verlo, durante unos momentos, algo menos triste quizá.

167.

LA SED

Si tuviera una permanente gran sed, hijo mío, estaría todo el día bebiendo y mis recuerdos, a lo mejor, eran más amables y acogedores. Pero, ¡lo que son las cosas!, no tengo casi sed y beber me cuesta un trabajo inmenso. (Con esto, Eliacim, de mi falta de sed, mis recuerdos son, por lo común, desolados y con el horizonte pintado de negro.)

La sed, Eliacim, es el cable que la Providencia tiende a los cariñosos, a los pobres, a los enfermos, a quienes, como yo, aunque a mí me la haya negado, vivimos con la espalda apoyada entre la inercia y la casualidad, como de milagro.

La sed, hijo mío, es palabra que no debiera atreverme a pronunciar ante ti, que estás sediento entre tanta agua, pero que, aunque sé el daño que te hago, tampoco puedo callar.

168.

EL CAPRICHOSO ESCOTE DE MATILDA HELP

Matilda Help, hijo mío, tiene un caprichoso y hondo escote por el que resbala la historia, Alejandro, julio César, Napoleón, Víctor Hugo. Matilda Help, hijo mío, tú no has podido conocerla, lo cual es una verdadera lástima, es hija natural de una condesa polaca muy atenta siempre a socorrer a los pobres, y de un piloto de la R. A. F., que fue derribado sobre campo enemigo y que no volvió a saberse ni una palabra de él. Matilda Help, hijo mío, no pudo conocer a su padre, con quien su madre, sin duda alguna, hubiera llegado a casarse, y se tiene que conformar con ver cómo resbala la historia, Aníbal, Cristóbal Colón, Chateaubriand, Bismark, por su hondo y caprichoso escote.

Matilda Help, hijo mío, tiene ya dos años y habla con una claridad asombrosa. A mí me llena de alegría cuando su madre, una condesa polaca muy atenta siempre a auxiliar al desvalido, me la trae a casa de visita.

169.

LA SALIDA DE LA ESCUELA

Todos los días por la mañana, Eliacim, leo con mucho detenimiento la sección de sucesos del periódico, a ver cuántos niños han muerto aplastados a la salida de la escuela. Aunque te parezca pasmoso, Eliacim, casi ningún día mueren niños aplastados a la salida de la escuela, y éste es un misterio que no conseguiré aclararme jamás.

La salida de la escuela, hijo mío, con tanto indefenso bárbaro en libertad saltando por entre los automóviles y los camiones, es un espectáculo deprimente para un país civilizado.

Yo no sé si sería mejor, Eliacim, más conveniente para todos, que los automovilistas recibieran órdenes muy severas y concretas de atropellar un par de niños o tres cada dos días, a ver si se llegaba a poner coto a tanta desaforada alegría sin sentido. Los maestros ya han demostrado hasta el límite su falta de capacidad.

Ignoro si los directores de periódico, albergando en sus corazones unos impropios y mal entendidos sentimientos de filantropía, habrán ordenado a sus redactores tirar al cesto de los papeles todas las noticias referentes a los siempre plausibles atropellos infantiles, porque a mí no me cabe en la cabeza, hijo mío, que no mueran a diario, aplastados a la salida de la escuela por los automóviles y por los camiones, media docena de niños y otras tantas niñas.

Quizá sea mejor que esto venga sucediendo así, pero quizá también esté sonando ya la hora de aplicar los grandes remedios que suelen necesitarse para salir al paso de los grandes males.

170.

EL RESCOLDO DE LA CHIMENEA

Con la luz apagada, Eliacim, poco antes de irme a dormir, me suelo quedar un rato contemplando el rescoldo de la chimenea, el rescoldo color rojo, azul, naranja, rosa, verde, violeta pálido, que deja la leña que durante el día ardió.

Algunas noches afortunadas, Eliacim, entre los últimos brillos del rescoldo de la chimenea, te presentas tú, con los ojos cerrados, y me dices unas palabras en una lengua extraña en la que no consigo entenderte, en una lengua extraña que quizá pudiera ser, griego.

Las noches que esto sucede, no muchas, desgraciadamente, no me voy a la cama hasta que el rescoldo de la chimenea se vuelve negro y gris, hijo mío, como el humo y la niebla del muelle, y frío como esa mano que siempre tememos encontrarnos.

Si se pudiera comer el rescoldo de la chimenea, Eliacim, si se pudiera comer igual que el foie-gras o que la mantequilla, extendiéndolo sobre pan tostado, jamás me acostaría sin haber intentado comerte, hijo mío, aunque después hablases en tu extraña lengua dentro de mí, y las señoras de las visitas me creyeran un monstruo capaz de devorar marineros griegos,

o pescadores de esponjas griegos, o poetas griegos, o ensimismados soldados griegos de alba falda rizada.

Pero el rescoldo de la chimenea, Eliacim, es algo que hemos de conformarnos con mirarlo fijamente, a veces casi a traición, para que pueda ir entregándonos, poco a poco, ese hijo ardiendo que todas las madres perdimos, quién sabe si para que nos sintamos avergonzadas de seguir viviendo, avergonzadas de seguir escuchando el atormentador latido de nuestro corazón.

El rescoldo de la chimenea, Eliacim, con su tenue respirar que se muere con tan socorrida languidez, me ata por las noches, hijo mío, a horas a las que ya debiera estar soñando contigo y nada más que contigo, y se resiste a soltarme como si yo, ¡pobre de mí!, pudiera ser todavía una presa apetecible.

171.

LAS MÁQUINAS DE ESCRIBIR

Si me sobrasen unas libras, Eliacim, me compraría una máquina de escribir para pasarme el día dándole a las teclas, aunque fuera de un modo desordenado y arbitrario.

Yo creo, Eliacim, que las máquinas de escribir son los objetos más misteriosos que existen, los objetos que acercan más al hombre y a la mujer a los feos ángeles que no quisieron conformarse con su suerte.

Si tuviera una máquina de escribir, hijo mío, la limpiaría esmeradamente cada mañana, para que nadie pudiera afearme mi falta de cuidado, y, si la supiese discreta y capaz de guardar un secreto, en ella te escribiría mis cartas, Eliacim, para que su lectura te resultase más fácil y también para que pudieran verlas, desde lejos, tus amigos,

172.

LOS LIBROS ANTIGUOS

Los libros antiguos, hijo mío, según aseguran los entendidos, son verdaderos pozos de sabiduría que guardan, celosamente, el agua que no se entrega a todos los que la quieren beber sino tan sólo a los sedientos muy elegidos, a los sedientos que tienen ya desde la cuna las carnes moldeadas con la dúctil y esponjosa madera con la que se fabrican los sabios.

Los libros antiguos, Eliacim, con sus letras ya pálidas de haber sido leídas y releídas tantas veces, encierran, bajo su sucio aspecto, la boca de la honda cueva donde se guardan las llaves de la sabiduría, esas pesadas llaves que tan pocos se atreven a cargarse sobre las espaldas.

Cuando tú ibas por el camino de los sabios, Eliacim, y, aunque lo ignorabas todo, tenías cara de poder llegar a saberlo todo, yo soñaba con poder ofrecerte algún día un libro antiguo que te diera la clave de todas las cosas, un libro antiguo que te fuera explicando, con muy sólidos fundamentos, los más claros misterios del universo.

Pero ahora que ya los libros antiguos no pueden servirte para nada, Eliacim, porque en el fondo del mar se adivinan, incluso, las cosas que los libros antiguos no consiguen esclarecer, yo rechazo los libros antiguos.

Y al borde estoy de afirmar que no encierran sino dolorosas mentiras.

173.

LAS MANOS

¡Ay, hijo, si supiéramos para qué nos valen las manos, con sus mil huesecillos, sus dedos, sus uñas, su palma y su dorso! Ay, hijo, si pudiéramos usar las manos para sujetar aquello que no quisiéramos dejar huir jamás! ¡Ay, hijo, si las manos pudieran servirnos, al menos, para decir adiós! ¡Ay, hijo, si las manos no fueran tan inútiles, tan crueles y desmemoriadas! ¡Ay, hijo mío, si las manos estuvieran hechas del mismo blando cristal del corazón!

Las manos, Eliacim, estas manos que ahora me miro, llena de extrañeza y de pasmo, como si fueran las manos de una mujer decapitada por la Revolución Francesa; estas manos que me lavo varias veces a lo largo del día; estas manos que, a fuerza de cuidados, aún se conservan bastante bien; estas manos ciegas que un día sirvieron para peinarte el cabello, las

veo hoy muertas y sin aplicación. Si las manos pudieran comprarse y venderse, hijo mío, yo no dudaría un solo instante en cambiarme estas manos mías por otras manos más felices, por otras manos que se supieran útiles para algo, necesarias para cualquier sonrosada o pálida empresa.

Pero las manos, Eliacim, las llevamos pegadas a la desventura, con la firmeza con que el viento traidor se pega a las velas del barco, y no podemos arrancárnoslas, de un hachazo, para

que se envenenen con nuestro veneno los perros más hambrientos.

O sí podemos, Eliacim, y nos falta valor para hacerlo, vete tú a saber.

Las manos, hijo mío, sólo sirven para que nos pasemos el día mirándolas, por el derecho y por el revés, para sentirnos, a cada hora que pasa, un poco más prisioneros de sus malas intenciones, de sus peores y más premeditadas intenciones.

¡Ay, hijo, qué desgracia tan grande saber para qué nos sirven las manos, con sus cien huesecillos, sus dedos, sus uñas!

Librodot

174.

EL PEZ SIN ESCAMAS

Era un pez sin escamas, un pez liso, suave y sin nombre como una muchacha. Cuando lo traje a casa, pensando que a ti te hubiera gustado mucho acariciarlo lentamente, hijo mío, noté como un ligero desvanecimiento, como un vahído casi imperceptible, que me hizo muy feliz, ¿para qué voy a mentirte? El pez sin escamas, Eliacim, mi pez sin escamas, era de un bello color naranja que después se fue apagando, poco a poco, quién sabe si de tristeza, quién sabe si contagiado de la tristeza a que yo estoy condenada, esta tristeza que sólo muy de tarde en tarde conseguía apaciguar mi pez sin escamas y de color naranja.

Encima de la mesita de la chimenea, Eliacim, el pez sin escamas parecía una niña enferma, una niña moribunda, una niña que tuviera un nido de grajos apoyados sobre las frágiles costillas, pegado a los más livianos tabiques de su corazón.

Yo intenté reanimar con mi aliento al pez sin escamas, Eliacim, pero el pez sin escamas, con su boca muy abierta y los ojos sin expresión, se me escurrió de la mano y se mató contra el suelo, hijo mío, probablemente se mató contra el suelo.

(Pienso, Eliacim, que el pez sin escamas, de haber sido más dócil, no hubiera hallado la muerte sin pena ni gloria de los suicidas de las altas torres, esos pájaros sentimentales a los que falta el aire a mitad de camino).

Tristísima con la muerte de mi pez sin escamas, hijo mío, lo conservé a mi lado todo el tiempo que pude, hasta que ya olía muy mal y su bello y lucido color naranja se fue apagando y oscureciendo como la ira de las más mansas aves. Entonces, Eliacim, me senté en el suelo, sé bien que para que no me temblasen las piernas, y lo eché al fuego de la chimenea, un fuego que tardó en devorarlo mucho más tiempo del que yo pensara.

El pez sin escamas, hijo mío, crujió como un insecto aterido de frío y se convirtió en una llamita sin olor, en una llamita casi imperceptible. Y eso que mi pez sin escamas era un pez liso, Eliacim, un pez suave y sin nombre como una muchacha que se sabe abrazada por un hombre muy fuerte.

175.

LA FIGURITA DE MARFIL

Tú venías gozoso con la figurita de marfil en el bolsillo, Eliacim, sin saber, quizá, que aquella figurita de marfil ya patinada por los años, encerraba el alma de una prostituta china de la dinastía de Sung que había sido muy desgraciada después de haber conocido la felicidad.

Y tú ignorabas, Eliacim, y no fui yo, ciertamente, quien te desveló el misterio, que aquella figurita de marfil que después acabó perdiéndose, guardaba, en el más remoto y

sombrío rincón de su conciencia, el recuerdo de varios horrorosos crímenes cometidos por los débiles de cada tiempo, por los asesinos más pálidos y sonrientes de cada tiempo.

Tú venías resplandecedor con la figurita de marfil en el bolsillo, Eliacim, y me pediste que la acariciase, cosa a la que me negué a pesar de tus amenazas. Fue un momento duro para mí, hijo mío, muy duro, un momento que me fatigó de una desusada manera, porque tuve que hacer un gran esfuerzo para decirte que no, Eliacim, que todos tus intentos para obligarme a acariciar la figurita de marfil eran perfectamente inútiles.

Yo sentí un gran alivio, hijo mío, el día que, por más que busqué, no pude encontrar la figurita de marfil. Por fortuna, aunque sólo en este caso, tú ya no estabas conmigo; no quiero ni pensar lo que hubiera sucedido, contigo en la habitación de al lado.

Porque tú, Eliacim, habías puesto tu mejor cariño en aquella figurita de marfil que se acabó perdiendo. Incluso, hijo mío, usabas con ella un cariño más firme y de mejor ley que el que guardabas para tu madre, que ni era de marfil ni encerraba el alma de una remota prostituta china de la dinastía Sung (9601279), de una remota prostituta china que conoció el florecimiento de las artes.

176.

NO IGNORO TUS MÁS VELADOS PENSAMIENTOS

No ignoro tus más velados pensamientos, Eliacim, aunque, con frecuencia, cuando premeditas estar frío conmigo, más me valiera no tener la facultad de conocértelos como si los llevaras escritos con tinta sobre la frente.

Tus más velados y recónditos pensamientos, hijo mío, pudieran englobarse en tres únicas clases

a) Pensamientos en los que imaginas hacer ostentoso tu amor hacia todo lo que me rodea para intentar encerrarme en una fría isla de indiferencia.

b) Pensamientos en los que discurres darme a entender que soy una rémora en tu vida y que tú procuras apartar, por todos los medios a tu alcance, las rémoras de tu camino.

c) Pensamientos en los que me deseas abiertamente la muerte.

(Estos últimos pensamientos, Eliacim, a veces te aconsejan; entonces, sueles envolverlos en un pequeño regalo, unas flores, unos bombones, una caja de polvos.)

No ignoro tus más velados y ocultos pensamientos, Eliacim. Imagínate con qué dolor estoy escribiendo estas líneas.

177.

EN UNA BOTELLA FLOTANDO SOBRE EL MAR

Cuando miro el verde mar, Eliacim, siempre creo ver botellas flotando, botellas con un desesperado mensaje escondido en el vientre.

En una botella flotando sobre el mar, Eliacim, pueden estar tus últimas cinco o seis palabras que no pudiste decirme al oído, sin nadie en la habitación, sin nadie estorbándonos con su presencia.

Las botellas que los náufragos lanzan, con una sonrisa dentro, a las alborotadas aguas de la mar, Eliacim, se convierten, al pasarles los años por encima, en hembras de tiburón, en fieras hembras de tiburón veloz y sanguinario.

Botellas hubo, hijo mío, botellas que todavía navegan sin arribar a ninguna playa, sobre las que pesan todas las maldiciones por no haber permitido irse convirtiendo, poco a poco, en hembras de tiburón, según las viejas leyes marinas.

Ignoro, Eliacim, si en el mundo hay alguna colección de botellas marineras, de botellas que sirvieron para mantener viva, durante unos instantes, la llamita de la ilusión en los más desilusionados corazones. Pero si así fuese, hijo mío, y yo llegara a saberlo, me precipitaría a viajar hasta los más remotos confines para conocerla y poder abrazar a su dueño que, a lo mejor, era un anciano que gozaba contando fantásticas e inverosímiles escenas de caza mayor.

178.

EL ICEBERG

Hijo mío, querido
Navegando sin brújula, el iceberg, contigo encima, vuela a una velocidad increíble.
El iceberg, contigo encima, vuela a una velocidad increíble, navegando sin brújula.
Contigo encima, el iceberg, navegando sin brújula, vuela a una velocidad increíble.
Vuela a una velocidad increíble, contigo encima, el iceberg, navegando sin brújula.
Navegando sin brújula, el iceberg, vuela a una velocidad increíble, contigo encima.
El iceberg, contigo encima, navegando sin brújula, vuela a una velocidad increíble.
Contigo encima, el iceberg, vuela a una velocidad increíble, navegando sin brújula.
Vuela a una velocidad increíble, el iceberg, contigo encima, navegando sin brújula.
Navegando sin brújula, contigo encima, el iceberg, vuela a una velocidad increíble.

El iceberg, vuela a una velocidad increíble, contigo encima, navegando sin brújula.
Contigo encima, vuela a una velocidad increíble, navegando sin brújula, el iceberg.
Vuela a una velocidad increíble, contigo encima, navegando sin brújula, el iceberg.
Navegando sin brújula, vuela a una velocidad increíble, el iceberg, contigo encima.
El iceberg, vuela a una velocidad increíble, navegando sin brújula, contigo encima.
Navegando sin brújula, contigo encima, vuela a una velocidad increíble, el iceberg.
Contigo encima, vuela a una velocidad increíble, el iceberg, navegando sin brújula.
Vuela a una velocidad increíble, el iceberg, navegando sin brújula, contigo encima.
El iceberg, navegando sin brújula, contigo encima, vuela a una velocidad increíble.
Contigo encima, navegando sin brújula, el iceberg, vuela a una velocidad increíble.
Vuela a una velocidad increíble, navegando sin brújula, el iceberg, contigo encima.
Navegando sin brújula, vuela a una velocidad increíble, contigo encima, el iceberg.
El iceberg, navegando sin brújula, vuela a una velocidad increíble, contigo encima.
Contigo encima, navegando sin brújula, vuela a una velocidad increíble, el iceberg.
Vuela a una velocidad increíble, navegando sin brújula, contigo encima, el iceberg.

A ti, Eliacim, siempre lo recuerdo, te preocupaban mucho los icebergs, las rutas, las fotografías, las costumbres, la flora y la fauna de los icebergs, blancos, y rosa pálido, y azul celeste, que pasean, como novias huidas, por los mares árticos.

179.

EL AVARO

1

Con su varita de nardo en la mano, Eliacim, y sus antiparras de gruesos cristales, el avaro se está quietecito, para no gastar, mientras sus hijos sueñan con los sandwichs del funeral, con los efusivos y sinceros plácemes del funeral.

El avaro, Eliacim, tiene la piel transparente, como las criaturas de muy corta edad, y la cabeza poblada de hacendosos gusanos, duchos en los más varios oficios, el del herrero, el del carpintero, el del sepulturero, el del leñador, el del pescador, el del deshollinador.

Con sus alitas de Mercurio en los tobillos, Eliacim, y su gorro de deshilachado terciopelo verde bordado con hojas de roble de oro, el avaro se mueve con mucha cautela, hijo mío, para no gastar, mientras los niños de la calle derrochan malos sentimientos, y corren, y saltan y vocean sin tregua, debajo de su ventana.

El avaro, Eliacim, tiene los ojos húmedos como los ojos de los gatos enfermos, y el pecho habitado de conocidos rumores, imagen de todas las sensaciones que fue guardando lleno de cuidado, para los largos e inciertos años de vejez.

Con su estrellita pintada en la frente, Eliacim, y sus zapatillas lujosas aunque ya un poco viejas, el avaro, hijo mío, se murió sin que nadie se diese cuenta.

2

A mí me gustaría que tú hubieras sido avaro, Eliacim, un avaro viejo y cargado de años y de riquezas como el avaro que se murió el otro día, sin que nadie se diese cuenta, abriendo la válvula del regocijo de quienes vivían con él.

180.

EL JARDÍN ENCANTADO

Si te hubieras perdido en un jardín olvidado, Eliacim, en un sombrío jardín de sauces y de cabinas, yo jamás me cansaría de buscarte, hijo mío, de buscarte con luces, y con la varita de avellano que alumbra las aguas y los tesoros ocultos, y con una tímida esperanza inextinguible, hasta que hubiera dado contigo, a lo mejor convertido en una brizna de hierba.

¡Qué felices las madres que pierden a sus hijos en los jardines olvidados, Eliacim, en los jardines poblados de sombras y de palabras que nadie escucha! ¡ A ellas les queda el consuelo, hijo mío, de seguir buscando, buscando siempre, buscando sin descanso, con la esperanza de poder palpar, cualquier día impensado, su propio corazón!

A no mucha distancia de la casa en que nací, Eliacim, había un jardín olvidado, un sombrío jardín de sauces y de sabinas, por el que se paseaban las madres que habían perdido a sus hijos y hablaban solas e insensatamente, desde la mañana a la noche, sin que ni una persona se les acercase a preguntarles si necesitaban algo.

(Como yo era muy niña, Eliacim, me reía llena de veneno y me dormía pensando, cálidamente, en ellas.)

El castigo de Dios, Eliacim, fue peor que el que esperaba, hijo mío, porque a mí no me quedó, después de tanta vana ilusión, ni un jardín olvidado por el que buscarte sin sosiego, desde la mañana a la noche, con luces, con la varita de avellano que alumbra las aguas y los tesoros ocultos, con una tímida esperanza inextinguible.

181.

MIEL DE ABEJAS

Tu decisión parecía que iba a desembocar por otros cauces, hijo mío, más duros, más gallardos, más violentos, pero, a pesar de tu evidente decisión, te limitaste a decir: desde mañana necesito almorzar con miel de abejas, es un producto que robustece el organismo y prolonga la vida. Bien, hijo, almorzarás con miel de abejas. Y ahí acabó todo.

De la miel de abejas, Eliacim, pronto te cansaste, esa es la verdad. La miel de abejas es empalagosa al paladar y pesada al estómago. La miel de abejas es algo demasiado natural, demasiado elemental para el hombre de la ciudad.

No quise decirte: ¿lo ves?, ¿no te decía yo (podía habértelo dicho) que acabarías no pudiendo con la miel de abejas? No quise decírtelo, hijo, por dos razones: para evitar que pudieras contestarme airadamente, fea costumbre que en todo momento procuré quitarte, y porque yo, hijo mío querido, siempre, siempre callé todo aquello que sospechase que te pudiera herir.

La miel de abejas, Eliacim, es cosa mucho más fuerte, compacta y consistente que el ánimo de los muchachos de la ciudad, aunque estos muchachos de la, ciudad, hijo mío, tengan en ocasiones, como tú tenías entonces, pretensiones atléticas.

La miel de abejas, Eliacim, es el alimento de los pardos y

toscos osos del bosque, de los renegridos y toscos leñadores del bosque, de los crueles y toscos cazadores de osos del bosque. Y jamás, hijo mío, de los jóvenes que, algunas veces, leen atentamente a Lord Byron.

Eran muchas las cosas que tenías que haber aprendido aún, Eliacim. Yo pienso que fue tan precipitada como prematura tu deserción.

182.

UN ENTIERRO SIN NINGÚN INTERÉS

Puedo asegurarte, Eliacim, que fue aquel un entierro sin ningún interés, un entierro aburrido y gris corno las tardes del invierno, un entierro con demasiado frío y demasiada escasa emoción.

Cierto es que el cadáver, esa es la verdad, tampoco merecía la pena, pero aún así yo pienso que hubiera podido sacársele más partido, de haberse ocupado un poco la familia, cosa que no hizo.

Si tú estuvieras todavía en casa, Eliacim, hubieras asistido al entierro en mi representación. Lo malo es que, a tu regreso, con las carnes descompuestas y el ánimo deprimido, te hubieras creído, seguramente, en el derecho de increparme por haberte rogado que fueses a un entierro tan aburrido e insustancial.

-¡Mala suerte, hijo, mala suerte! Pero piensa que ni tú ni yo tenemos la culpa de que el entierro del pobre Mr. Quaking haya resultado, de hecho, un entierro sin ningún interés. -Podías habértelo figurado.

-A pesar de todo, Eliacim, a pesar de todo.

Puedo asegurarte, Eliacim, como te decía, que fue aquél un entierro sin ningún interés, un entierro pesado y circunspecto como el discurso de un ministro, un entierro sin gracia y sin distinguida concurrencia. Va listo el pobre Mr. Quaking, como lo reciban en el otro mundo igual que lo despidieron de éste, Eliacim, te lo digo yo.

183.

FOTOGRAFÍAS EN COLOR

Cuando miro tus fotografías en color, Eliacim, una pradera cuajada de margaritas blancas y amarillas, una yegua alazán con su potrillo al lado, una muchacha vestida de cretona, siempre me sonrío como si fuese, ¡pobre de mí!, una mujer muy experimentada.

Tus fotografías en color, Eliacim, tus fotografías en artificiales y convencionales colores, hijo mío, parecen, miradas al trasluz, flores disecadas, flores que nunca vivieron al aire libre como las flores que vemos todos los días, como las flores del jardín, flores que nacieron en los invernaderos que cuidan, con doble puerta que evita las corrientes de aire, los más hábiles disecadores de flores, aquellos hombres de férreos sentimientos que ignoran el color de la condescendencia, el tenue color de la clemencia.

Tus fotografías en color, hijo mío, tus ingenuas fotografías en color, con las que tanto entretenías a las bobaliconas chicas de la vecindad, Eliacim, las guardo bajo siete llaves para no tener que sentirme obligada a sonreír, al verlas.

184.

AQUEL JARRÓN QUE ESTALLÓ EN MIL PEDAZOS

Tenía en gran aprecio aquel jarrón que, en tu primer aniversario, hijo mío, estalló en mil pedazos sin que nadie lo tocara.

No era auténtico (ya lo sé), pero tenía una airosa línea y un ave del paraíso, con siete plumas con los colores del arco iris en la cola, que le daban un gran empaque, una lucida y orgullosa presencia.

Aunque, al principio, pensé guardar los pedazos para pegarlos, uno a uno, con el mayor cuidado, después, cuando vi que recomponerlo era imposible, decidí tirar los pedazos, uno

a uno, a la basura. Al final, Eliacim, los recogí, uno a uno, los envolví, uno a uno y cada uno en su papel de seda, y los escondí, sin que nadie me viera para no tener que andar explicando a nadie lo que a nadie le importa, en el cajón de mi armario.

En tus aniversarios siempre, Eliacim, y en los restantes días, cuando me siento aún más sola que de costumbre, me encierro en mi cuarto, abro, tarareando cualquier cancioncilla,

para disimular, el armario, y contemplo y acaricio, uno a uno, los mil pedazos de aquel hermoso jarrón que estalló, sin que nadie lo tocara, el día de tu primer aniversario.

(He hecho la observación, Eliacim, de que los pedazos del jarrón estallado están calientes, muy calientes, en tus aniversarios, y después, poco a poco, se van enfriando hasta el aniversario del año siguiente, que vuelven a tener fiebre. Quizás, hijo mío, sea éste un hecho sobrenatural; en todo caso, yo no lo sé interpretar.)

El gran aprecio que tenía por aquel jarrón que, en tu primer aniversario, hijo mío, estalló en mil pedazos sin que nadie lo tocara, se me ha ido quitando. Ahora, lo que tengo en gran aprecio son sus pedazos.

185.

CERILLAS SUECAS

Son famosas en todo el mundo las cerillas suecas, Eliacim, las cerillas que no fallan jamás. Si hubiera tenido ocasión de regalarte un barco de cerillas suecas, Eliacim, ten la seguridad de que no la hubiera desperdiciado.

(Ahora pienso: ¿qué podías haber hecho tú, Eliacim, con un barco de cerillas suecas? ¡Qué horror! Hubieras podido ser representante general de las cerillas suecas en Londres, durante un día entero. ¿Consumirá Londres un barco de cerillas suecas al día? No lo sé.)

Las cerillas suecas, hijo mío, tienen un buen ganado crédito en todos los mercados del mundo, en todos los mercados de los cinco continentes. A pesar de los rumores que circularon insistentemente hace algunos años, tú eras muy niño, las cerillas suecas, Eliacim, tienen un bien ganado crédito en todos los mercados del mundo. Y lo que es más importante: lo saben mantener.

186.

EL PAN QUE COMEMOS

El hombre ara y abona, siembra y escarda la tierra, siega la mies, muele el grano, amasa la harina, cuece el pan y nos lo vende. ¡Qué gran estupidez!

El pan, hijo mío, es el más tópico y manido símbolo de la nutrición : el alma del hombre no es omnívora, Eliacim. ¡ Queremos pan!, gritan los hambrientos. Yo me gano mi pan honradamente, dicen los funcionarios pobres. Te daré pan, anuncia el ejército sitiador a la plaza sitiada, si te entregas en tal o cual plazo; si no, te daré hierro, inmensas nubes de hierro. (El hierro, en cierto sentido, es el más tópico y manido símbolo de muerte y destrucción.)

El pan que comemos, hijo mío, es un sucio producto de las propagandas, un alimento nocivo para el cuerpo y para la memoria, el entendimiento y la voluntad.

Los grandes hombres, Eliacim, jamás comieron pan o, si lo comieron, fue siempre con gran cautela y ponderación, porque el pan, hijo mío, embrutece los sentimientos y, a veces, envenena los organismos y hunde a las gentes en la locura.

Los casos de alergia del pan, que suelen manifestarse por un eczema que corre por los brazos y por las piernas, tampoco son infrecuentes.

El pan que comemos, Eliacim, no debiéramos comerlo. El legislador del futuro prohibirá el consumo del pan.

187.

SIBARITISMO

Solías demostrar cierta inclinación al sibaritismo, Eliacim, cierta afición que a mí en ningún caso podía parecerme mal. La educación de los hijos, Eliacim, debe tender, según pienso, a inculcarles las normas de lo que, si no averiguan a tiempo, aprenden después desordenadamente y sin provecho para nadie, incluso con grave perjuicio para ellos mismos.

Vivir según los exigentes dictados de la no conformidad, Eliacim, es altamente educativo, excepcionalmente formativo. A los hombres que llegan a los más altos destinos, hijo mío, suelen notárseles estos saludables principios, estas rígidas e implacables normas de inadaptación y de riguroso y casi cruel control.

Sería curiosa la estadística de los pacientes y de los sibaritas en relación con los puestos que llegan a ocupar en la sociedad. (También puede admitirse la posibilidad del proceso inverso, cierto es, pero yo creo, Eliacim, que fuerza menos el poder al sibaritismo, que el sibaritismo al poder. Sería cuestión, quizá, merecedora de ser tratada con mayor atención y detenimiento.)

El sibarita, Eliacim, y tú ibas camino de haberlo sido, lleva un espejito en el corazón para conseguir reflejar, en su propio orgullo, el mundo de los demás. El conforme con todo, hijo mío, contra lo que pudiera parecer a las gentes poco atentas a este problema, lleva un espinoso cardo, o un fiero erizo, en el corazón.

A mí me hubiera enorgullecido mucho, Eliacim, llegar a hacer de ti un sibarita, un hombre que, al pasar por la calle con la cabeza alta y sin mirar a nadie, hiciera exclamar a las gentes: fíjese usted, ahí va un sibarita, se le nota en el porte, en la manera de andar, en un no sé qué que tienen los verdaderos sibaritas.

Pero, hijo mío, ¡siempre lo mismo!, me tengo que conformar con saberte héroe. ¡Qué le vamos a hacer!

188.

UNA MANCHA DE SANGRE EN LA ALMOHADA

Hijo mío, en la almohada de tu madre aparece, todas las mañanas, una mancha de sangre. Aunque al principio me preocupaba, porque ignoraba su origen, ahora que ya lo conozco, siento, incluso, que me acompaña. La sangre de la almohada de tu madre, hijo mío, es del pulmón; toso mientras duermo, y escupo sangre, una manchita pequeña, ovalada, que está seca y opaca cuando me despierto.

Me hizo muy poca ilusión el diagnóstico del médico, Eliacim, pero ya he ido familiarizándome con la idea de que no he de vivir muchos inútiles años sin objeto.

La mancha de sangre de mi almohada, hijo mío, suele parecerse a ti. Consulté con algunas que presumen de haberte conocido bien, Eliacim, y pude comprobar con tristeza que todas se han ido olvidando de cómo eras, de tu perfil, de tu corte de cara, del dibujo del revuelto mechón de pelo que solía caerte sobre la frente.

Tus retratos de sangre, Eliacim, los recorto cuidadosamente y, para que no se deshilachen, suelo hacerles un dobladillo todo alrededor; en esto vengo ocupando casi todo mi día.

En mi testamento, hijo mío, he añadido una cláusula disponiendo que me amortajen con una sábana hecha cosiendo todos los retratos tuyos que yo escupo cada mañana.

Es algo trabajoso, ya lo sé, pero dejo veinticinco libras a quien se preste a complacerme. Alguno aparecerá.

Y nadie podrá decir que abandono algo de lo que más puedo querer en este mundo, Eliacim, esas siluetas tuyas que para ti fabrico, dentro de mis venas, noche a noche.

189.

EL SASTRE SENTIMENTAL

Cerca de nuestra casa, Eliacim, se ha instalado un sastre sirio muy sentimental, que llora cuando hace frío y regala campánulas a las muchachas cuando llega la primavera. Sus precios, hijo mío, no son nada baratos, sino más bien algo más caros que los de los otros sastres, pero la gente le ha cobrado simpatía, porque es muy bueno y muy sentimental, y él ve crecer incesantemente su clientela.

El sastre sirio, hijo mío, se llama Joshua y lleva una melena negra, muy lucida, que le cae como con displicencia sobre los hombros.

Joshua, hijo mío, tiene una pata de palo, pero no quiere

decir donde la perdió, ni cómo, ni cuándo; para mí pienso, Eliacim, que Joshua vino al mundo con una pierna de menos, porque, cuando alguien le dice ¿Joshua, dónde y cómo y cuándo se quedó usted cojo?, él rompe a llorar con gran desconsuelo, como cuando hace frío.

El otro día, Eliacim, hablé a Joshua del mar Egeo y también. lloró. Para compensarle un poco le encargué que me cortara un tailleur casi sin forma, pero esta mañana, al irme a probar, vio que había tomado mal las medidas y una vez más se echó a llorar. Joshua, hijo mío, es un sastre sirio tan sentimental que se pasa más de la mitad de la vida llorando.

-¿Le es a usted igual que el tailleur le esté un poco estrecho?

A tu madre, hijo mío, ya le pasó la edad de la coquetería, ya le pasó hace varios años.

-Bien, ¡ si no es mucho! Joshua volvió a llorar.

- ¡Ay, sí, señora, sí es bastante ! ¡Ay, qué inmensa desgracia la que sobre mí pesa!

Yo traté de consolarlo, Eliacim.

-No se preocupe, Joshua, a mí me es igual que el tailleur me esté estrecho, yo lo que quería era ayudarle a usted, me resulta usted un sastre muy simpático.

Joshua se tiró al suelo ahogado por el llanto.

-¡Ay, la caridad, siempre la caridad, y no el mérito del artista !

Yo, Eliacim, le pagué el tailleur y se lo dejé en la tienda. Verdaderamente, aunque pesase veinte libras menos y midiese veinte pulgadas menos, no hubiera cabido dentro de él.

190.

¿A VER, A VER?

Cuando tú me decías, ¿a ver, a ver?, yo, aunque te mostraba sumisamente lo que querías ver, me sentía invadida por la ira. Fue una gran suerte para ti, hijo mío, que nunca te lo haya demostrado de una forma violenta, de la que después, sin duda, me hubiera arrepentido, porque por aquellas fechas tenía yo una fuerza tremenda, una fuerza capaz de derribar a un toro de dos o tres golpes.

La curiosidad que demostrabas por todo, hijo mío, la enfermiza curiosidad que demostrabas por todo menos por las cosas referentes a mí, Eliacim, era algo que amenazaba con haberte llegado a destruir. Yo desistía ya de hacértelo ver así, porque sabía de sobra que no iban bien los consejos, por prudentes y sabios que fueran, a tu indómito carácter. (Tu carácter, hijo mío, fue siempre tan apacible y bondadoso, que ni siquiera ahora, que te lo niego aun a sabiendas de que miento, hijo mío querido, me interrumpes con un ¿a ver, a ver?)

Me explico, Eliacim, que los jóvenes demuestren deseos de aprender, ansias de ir aclarando y descifrando todo lo que les rodea, todo lo que van descubriendo a diario, y para eso preguntáis, constantemente, ¿a ver, a ver?, pero también me gustaría verme correspondida y saber que los jóvenes, por lo menos los jóvenes como tú, Eliacim, se llegaban a explicar que los impertinentes ¿a ver, a ver? son algo capaz de hacer perder la paciencia a un santo.

Cuando tú me decías, hijo mío, ¿a ver, a ver?, poniendo un beatífico gesto de resquemor, a mí me entraban deseos de ahogarte o, por lo menos, de echarte de casa a que te enfrentases con la dura realidad de la vida. Te salvaba siempre de una ejemplar sanción el mucho cariño que tu madre siempre te demostró, a veces incluso contra nuestro propio y común interés, eso que para ambos debiera estar por encima de todas las cosas de este mundo.

Porque, compréndelo así, hijo mío, la juventud se desmanda si no se la ata corto, si no se la tiene firmemente sujeta. Y el deber de una madre, Eliacim, aunque sea, como en este caso, un deber doloroso y difícil de cumplir, no debe posponerse a ninguna otra consideración. Por olvidarlo, marchan los asuntos humanos a la deriva, hijo mío, a estrellarse contra los acantilados de las guerras y otros castigos de Dios.

191.

ME SIENTO DESESPERADA, AUNQUE NO DESESPERADA CON ENTUSIASMO

Pienso que ha de ser horrible sentirse desesperada con entusiasmo, Eliacim, sentirse desesperada con todos los resquicios de la ilusión taponados con la estopa del odio, Eliacim, herméticamente taponados con la viscosa e impermeable pasta del odio.

Pero yo, hijo mío, por fortuna, aunque me siento desesperada, no me siento desesperada con entusiasmo, no me siento desesperada con grandeza y sin remisión, como las altas olas de la mar, el viento que huye por los montes o la garduña soltera que se rasca la lepra en las más ásperas cortezas del bosque.

La desesperación de las madres de familia, Eliacim, aunque estas madres, como a mí me sucede, se hayan ido quedando sin familia, nunca alcanza los sublimes matices, los nobilísimos acentos de la desesperación de las vírgenes olvidadas, hijo mío, los corazones que se desesperan entusiásticamente, Eliacim, como los bailarines de ballet borrachos a quienes la policía acusa de espionaje a favor de los alemanes.

Sí, Eliacim, yo me siento desesperada, sordamente, humildemente desesperada, pero me da una gran paz interior el saber que no me siento desesperada con entusiasmo, como las mariposas viejas, aquellas que no encontraron un rincón propicio para tejer su capullito de tenue seda y palidecen al sol, como las telas de colores, mientras la luna sigue su apacible camino.

192.

TRES GRUESAS DAMAS TURCAS

Cogidas de la mano, Eliacim, las tres gruesas damas turcas iban de compras. La gruesa dama turca número 1 se compró una faja de goma. La gruesa dama turca número 2 se compró

unos zapatos de charol y una faja de goma. La gruesa dama turca número 3, que era la más rica, sin duda, se compró un bolso de fantasía, unos zapatos de charol con hebilla de plata y una faja de goma. Las tres gruesas damas turcas caminaban en silencio, cogidas de la mano, temerosas, quizá, de ser atropelladas por un automóvil o por una motocicleta mientras iban de compras, Eliacim.

La otra noche, hijo mío, soñé con tres gruesas damas que creí turcas hasta que alguien, más conocedor que yo de la casi secreta ciencia que estudia las razas, me aseguró que eran yebalíes y que una se llamaba Amina, que significa la fiel; otra, Zohora, que quiere decir la pura, y otra Aixa, que equivale a llamarle la vital.

Como es lógico, Eliacim, Amina se conformó con una faja de goma, Zohora se decidió a llegar hasta los zapatos, y Aixa era la más gruesa y la más adinerada de las tres. ¿Verdad, Eliacim, que parece una fábula?

Si alguna vez vuelvo a soñar con las tres gruesas damas turcas, Eliacim, que iban de compras, cogidas de la mano, prometo tenerte al tanto de lo que les vaya sucediendo. Debes confiar en mí, hijo mío, ya sabes que yo siempre he sido muy cumplidora de mi palabra.

193.

LA VIEJA CORTINA DE SEDA COLOR GRANATE

La vieja cortina de seda color granate en la. que me seco las lágrimas, Eliacim, se ha empezado a romper por algunos lados. La verdad, Eliacim, es que, aunque ya estaba vieja cuando tú viniste al mundo, yo siempre la recuerdo en casa de mi madre, no me hago a la idea de que pueda morir antes que yo, siempre quise creer que había de durar eternamente y, desde luego, mucho más que yo. ¡Qué aburrido, Eliacim, pensar que todas las cosas mueren y desaparecen sin remisión!

Detrás de nuestra vieja cortina de seda color granate, Eliacim, tú te escondías, cuando eras pequeño y jugabas a los fantasmas mientras yo fingía no encontrarte y asustarme mucho con los extraños ruidos que se escuchaban por toda la casa. ¡Qué tiempos aquellos, Eliacim, perdóname, qué próximos me parecen todavía!

Nuestra vieja cortina de seda color granate, Eliacim, se conoce que ya le llegó su hora, se ha empezado a romper por algunos lados. Yo le digo, no te preocupes, por vieja que estés yo no te apartaré nunca de mi lado. Y le pregunto, ¿verdad que prefieres seguir siempre en casa, aunque en la casa no haya hoy la alegría que en otro tiempo hubo? Pero la vieja cortina de seda color granate, Eliacim, nuestra vieja cortina, es posible que, muda de pavor, no me responde. Quizás ignore el inglés; yo, por lo menos, no se lo oí hablar jamás.

194.

LOS SENTIMIENTOS DE LA MADERA

¿Conoces tú, Eliacim, los sentimientos de la madera, el amor, la responsabilidad, el temor, el odio, la lealtad, la pureza de la madera?

(Aquella conversación que sobre este entretenido tema tuvimos, Eliacim, ¿te acuerdas?, y que interrumpimos porque vinieron unos amigos a buscarte para ir a las carreras de caballos, pudiéramos continuarla, si a ti te parece, un día que tengas un par de horas desocupadas.)

Yo no creo que nadie se haya detenido jamás a pensar, con el espíritu bien dispuesto a todas las sorpresas, en esto de los sentimientos de la madera, inconcretos y difusos como los sentimientos de los hombres, pero, en ningún caso, más inconcretos y difusos que los sentimientos de los hombres.

Y es lástima esto que te dejo dicho, Eliacim, porque conocer la clave de los sentimientos de la madera, hijo mío, podría resultar muy beneficioso para todos. No es lo mismo, Eliacim, percátate de ello, comer en una mesa de madera leal, que comer en una mesa

de madera cobarde; dormir en una cama de madera pura, que dormir en una cama de madera irresponsable; ser enterrado en un ataúd de madera amorosa, que ser enterrado en un ataúd de madera vengativa.

Qué pena, Eliacim, no poder recibir clases particulares sobre la forma de conocer los sentimientos de la madera!

195.

EL ESTUDIANTE DE ASTRONOMÍA

Pálido y tembloroso, Eliacim, el estudiante de astronomía paseaba, con su novia de la mano, bajo las altas estrellas, como corresponde.

-¿Me amarás siempre, Rose?

-Te amaré siempre, Patrick.

-¿Aunque me suspendan por no saber hallar las coordenadas azimutales de Bellatrix?

-Aunque te suspendan por no saber hallar las coordenadas azimutales de Bellatrix.

-¡Qué buena eres, Rose! Rose suspiró con valentía.

(-¡No grites tanto!)

Rose suspiró con delicadeza.

-No, Patrick ; no es que sea buena, ¡es que te amo! Con las facciones desencajadas y la faz sin color, Eliacim, el estudiante de astronomía paseaba y paseaba, con su novia enlazada del talle, bajo la alta luna, como podrás imaginarte.

-¿Me serás siempre fiel, Rose?

-Te seré siempre fiel, Patrick.

-¿Aunque me suspendan porque no consiga calcular los grados, minutos y segundos de la ascensión recta de Algenib?

-Aunque te suspendan porque no consigas calcular los grados, minutos y segundos de la ascensión recta de Algenib.

El estudiante de astronomía besó a su novia en los párpados.

-¡Qué buena eres, Rose!

Rose suspiró con violencia.

(-¡Chist!)

Rose suspiró con timidez.

-No, Patrick, no es que sea buena, i es que te quiero tanto! Encorvado, flaco y tosedor, Eliacim, el estudiante de astronomía paseaba y paseaba, para arriba y para abajo, con su novia sentada en un hombro, bajo las más inmediatas constelaciones, como no debe costarte ningún trabajo creerme.

196.

TODO MUY SIMPLE

Todo es muy simple, Eliacim, de una simplicidad que sobrecoge. Una mujer nace, crece, se casa, va de compras, tiene un hijo, se ocupa aparentemente del hogar, pierde a su hijo, hace obras de caridad, se aburre y muere. Y así una vez, y otra vez más, y otra vez más aún, hijo mío.

Todo es tan simple, Eliacim, todo viene a resultar, al final, tan simple, que a veces pienso que sólo los grandes asesinos merecen ser acreedores a la inmensa paz que suele anidarles en la mirada, en esa feliz mirada que no creyó en la sencillez de las cosas, hijo mío, en la torpe sencillez del adulterio, en la cotidiana sencillez de la usura, en la diáfana sencillez de la bestialidad.

Si nuestros primeros padres Adán y Eva, Eliacim, no hubieran sido expulsados del Paraíso, quizás, a estas horas, los seres humanos no tendríamos la obligación de sentirnos tan condenadamente, tan malditamente simples.

Sí, Eliacim, sí; todo es muy simple, todo es de una simplicidad que anonada. Un hombre nace, crece, aprende un oficio, se casa, procura ganar cada día más dinero, tiene un hijo, va al club por las tardes, pierde a su hijo, cuenta portentosas mentiras de la guerra o de sus cacerías en el Tanganyka, se aburre y muere. Y así una vez, dos, tres, cuatro veces.

(Hay hombres, sin embargo, Eliacim, que se ahogan con el oficio recién aprendido.)

197.

LA GENTE QUE PASA POR LA CALLE

Tras los visillos, Eliacim, veo cómo se afana, cómo trajina y muere la gente que pasa por la calle.

La gente que pasa por la calle, hijo mío, no es varia y divertida, como podría suponerse, sino aburrida, resignada y monótona. La gente que pasa por la calle, Eliacim, con sus deudas, sus úlceras de estómago, sus disgustos familiares, sus insensatos y milagrosos proyectos, etc., marcha con el ánimo encogido, camino de ningún lado, con la secreta ilusión de que la muerte le coja de sorpresa, como el destripador de criaturas que acecha a la puerta de las escuelas.

Observando la gente que pasa por la calle, Eliacim, con las manos en el bolsillo o un vergonzante paquetito bajo el brazo, suele acometerme una congoja que me desconsuela, un ansia que me llena la conciencia de vagos remordimientos, que me vacía los ojos de caridad.

Yo no me explico, hijo mío, por qué la gente que pasa por la calle tiene un nombre propio y un apellido heredado de su padre, cuando mucho más humano y mucho más lógico

hubiera sido que cruzasen por la vida sin memoria, o con la espita de la memoria obstruida con una bolita de cristal.

La gente que pasa por la calle, Eliacim, la dolorosa, entumecida gente que pasa por la calle, hijo mío, con sus desnutriciones, sus lesiones tuberculosas, sus amores sin compensación, sus anhelos jamás cumplidos, etc., marcha sembrando estupidez y resignación sobre las malolientes tiendecillas y los plácidos burdeles del arrabal, un poco con la no confesada ilusión de que la muerte les coja con las botas puestas, como al vagabundo que hizo de su bota temblorosa carne de su pie.

Tras los visillos de mi ventana, hijo mío, veo cómo camina, siempre un poco encorvada, la gente que pasa por la calle, camino del suplicio. Desde mi atalaya, Eliacim, se pierden casi todas las esperanzas.

198.

LOS ENFERMOS DEL HOSPITAL

1

¡Qué silenciosamente, que temerosamente alegres, Eliacim, los enfermos, los hombres y las mujeres que duermen sin documentación, qué felizmente, en la larga y fría sala del hospital, en el inmenso, en el dilatado mundo del hospital, robándose los unos a los otros, deseándose, de todo corazón, la muerte los unos a los otros !

¡Qué cautamente, qué sabiamente venenosos, Eliacim, los enfermos, los hombres y las mujeres, qué tenazmente, en la lóbrega y húmeda sala del hospital, en el enorme, en el desorbitado planeta del hospital, denunciándose los unos a los otros, jurándose, con toda el alma, el sepulcro los unos a los otros! ¡ Qué taimadamente, qué disimuladamente malditos, Eliacim, los enfermos, los hombres y las mujeres que agonizan sin lágrimas, qué delicadamente, en la oscura y sucia sala del hospital, en el anónimo, en el ruin campo de batalla del hospital, zancadilleándose los unos a los otros, ofreciéndose, con sus últimas fuerzas, un beso en la boca los unos a los otros!

2

Ay, hijo mío! ¡Qué temerosamente, qué sabiamente, qué disimuladamente, qué silenciosamente, qué cautamente, qué taimadamente alegres y venenosos y malditos, Eliacim, los enfermos, los hombres y las mujeres que duermen, y agonizan sin lágrimas, sin responsabilidad, sin documentación, qué tenazmente, qué delicadamente, qué felizmente, en la fría y húmeda, en la sucia y larga, en la lóbrega y oscura sala del hospital, en el anónimo y

Librodot

ruin campo de batalla, en el enorme y desorbitado planeta, en el inmenso y dilatado mundo del hospital, denunciándose, y robándose, y zancadilleándose los unos a los otros, y jurándose con toda el alma, y deseándose de todo corazón, y ofreciéndose con sus últimas fuerzas la muerte, y el sepulcro y un beso en la boca los unos a los otros!

199.

EL MATRIMONIO BIEN AVENIDO

El matrimonio bien avenido a que me refiero, Eliacim, se dedica, con gran entusiasmo, a la murmuración. Si el vecino tiene negocios no muy claros, o la vecina tiene amores no diáfanos del todo, hijo mío, el matrimonio bien avenido a que me refiero se entera antes que nadie, toca a sanedrín y lo pregona. ¿No sabe usted?, el Morris nuevo de nuestro vecino

Mr. R avén, según me han asegurado, ha salido del mercado negro, claro, ¡el dinero no puede permanecer oculto! O bien, ¿no sabe usted?, el lujo, a todas luces impropio para una hija de familia de la clase media, de nuestra vecinita Miss Agnes Whistle, ¿no recuerda usted? ; sí, hombre, esa chica insignificante a la que vienen a buscar en coche todas las tardes, ¿ahora recuerda?, pues bueno, según me han afirmado, no dice nada, ¡pero es que nada!, a favor de su virtud. ¡Ay, Dios mío, Dios mío, esto es lo que traen las guerras, amigo mío, depravación y nada más que depravación!

Yo admiro muy sinceramente al matrimonio bien avenido a que me refiero, hijo mío, porque son gentes que han alcanzado una sólida reputación en todo el distrito. ¡ Ah, Mr. y Mrs. Fishy! , se escucha decir a sus víctimas, ¡espejo de caballeros, él; ella, pozo sin fondo de virtudes!

200.

EL COMPINCHE DE LA PERMANENTE SONRISA

Con su carita de conejo, Eliacim, el compinche de la permanente sonrisa va viviendo.

El compinche de la permanente sonrisa, hijo mío, es un hombrecillo amable y servicial que lo mismo sirve para un roto que para un descosido, que lo mismo vale para un barrido que para un fregado. El compinche de la permanente sonrisa, hijo, es uno de los pocos ejemplares que van quedando de su útil y cómoda especie, Eliacim, una especie que tiende a desaparecer. (Por eso yo que lo veo, siempre con su permanente sonrisa pintada en la cara, negándose a dejar de sonreír, lo distingo con mi amistad y lo traigo a comer a casa una vez por semana.)

El compinche de la permanente sonrisa, hijo mío, no es inglés, sino sudafricano. El compinche de la permanente sonrisa, Eliacim, es de Ladybrand, en el Orange, pero vino a las Islas con motivo de la guerra y aquí se quedó con su carita de conejo, su pelito colorado, sus ojitos grises y brillantes, su bigotito de mosquetero y su permanente sonrisa.

En la guerra, hijo mío, el compinche de la permanente sonrisa no se distinguió mucho, esa es la verdad, e incluso fue sancionado alguna vez por sus superiores; pero es que la guerra, Eliacim, no hay más que verlo a él, es algo que no va con sus sentimientos, algo que desentona de un modo brusco con su manera de ser.

Yo, hijo mío, a pesar de que lo trato desde hace ya algún tiempo, ignoro cómo se llama. Una vez se lo pregunté, pero no me contestó de una manera muy directa, Eliacim, de una manera muy clara: Rolph, Osmond, John, Eddy. Se conoce que prefiere no llamarse de ningún modo, hijo mío, pero yo me las voy arreglando para conseguir entenderme con él.

Un día le dije, ¿le molesta a usted que le llame el compinche de la permanente sonrisa?, y él me respondió, ¡no, por Dios, señora!, ¡me halaga! Desde entonces, hijo mío, le llamo siempre el compinche de la permanente sonrisa; es algo largo, pero, ¡qué le vamos a hacer!, es su nombre.

(Tan sólo algunas tardes, Eliacim, cuando prolongamos un poco la sobremesa y escuchamos, con las manos enlazadas, «Good night» en el gramófono que tú me regalaste, me atrevo a llamarle Crony a secas. El, en esos momentos, suele besarme sin dejar de sonreír. Después, fingiendo estar arrepentido, me dice, ¿puede usted ofrecerme un poco de mermelada?, pero yo, hijo mío, le sigo el juego y le sirvo un poco de mermelada. ¡Qué risa! Al final, Eliacim, volvemos a besarnos. Crony, ¡vete! Y Crony, andando hacia atrás para no darme la espalda, sale a la calle con la sonrisa clavada, corno un pájaro, en su carita de conejo. Yo, desde la ventana, suelo decirle adiós. ¡Adiós, Crony ! ¡Adiós, Crony! ¡Adiós Crony !)

201.

LAS ESCULTURAS DE LOS JARDINES

Más frías aún que los jardines, Eliacim, las esculturas de los jardines, las Venus que se quieren tapar el seno con un dedo, los Cupidos con el carcaj lleno de musgo, los tontilocos Apolos, guardan secretos peligrosos de revelar, secretos en los que todos, ellos los primeros, estamos comprometidos, secretos que nos sacarían los colores a la cara, de conocerse.

Dentro del frío corazón de las esculturas de los jardines, hijo mío, duermen, por el invierno, las ranas indigentes, las ranas sin hogar. Ye lo dijo un radiólogo checo, Eliacim, un verdadero sabio especializado en obtener radiografías de esculturas, hijo mío, el hombre que descubrió que el Pensador, de Rodin, tenía una cavidad en el hilio izquierdo.

Las asustadizas parejas que ensayan hacerse el amor en los jardines, Eliacim, a la sombra de las esculturas de los jardines, tiemblan de sobresalto cuando, en los momentos de silencio, piensan en las ranas letárgicas que pueblan, en actitudes intrauterinas, la matriz de las más relamidas mitologías.

Es algo muy peligroso, hijo mío, algo que pudiera acarrear muy desagradables consecuencias, admitir, aunque no sea más que en teoría, que las esculturas de los jardines pudieran irse de la lengua.

Más frías aún que los jardines, Eliacim, las esculturas de los jardines saben más cosas nuestras de las necesarias. Y lo malo será el día que hablen, el día que se les agote la paciencia.

Es algo que no calculan los arriesgados novios que se prometen en matrimonio a su sombra. ¡Allá ellos!

202.

TUS ZAPATILLAS

El otro día, Eliacim, revolviendo en el fondo de un baúl, me encontré tus zapatillas de invierno, tus zapatillas azules forradas de piel. Aunque el hallazgo, hijo mío, no me agradó

nada, o casi nada, procuré sobreponerme y se las regalé a un pobre que suele venir por casa, de vez en cuando, a pedir limosna. (Me siento invadida por un raro sosiego que no sé de qué podrá ser precursor.)

Lo que yo te digo es que ya nada me importa, Eliacim, ya nada me importa absolutamente nada. Lo único que quiero es alejar de mí las zapatillas de los muertos, hijo mío, los muertos no necesitan para nada sus zapatillas; yo quiero apartar

de mí las zapatillas de los muertos, Eliacim, aunque ese muerto seas tú, que estás muerto y más que muerto, yo lo sé, muerto con todos tus compañeros del Furious, muerto en el verde y rojo fondo de la mar, hijo mío, y te dejaste las zapatillas olvidadas en casa de tu madre, en el fondo de un baúl, ¡qué sarcasmo!, sin pararte a pensar en el daño que hacías, Eliacim, sin pararte a pensar más que en ti, más que en tus zapatillas azules[1].

203.

LAS AMANECIDAS

[1] Cuartilla incompleta (algo quemada) en el original de Mrs. Caldwell.

Ayer me encontré mal, hijo mío, cuando te estaba escribiendo; no tuve fuerzas para llegar hasta la alcoba y me quedé dormida en la butaca de al lado del fuego. Mi carta de ayer, según creo, ha debido quemarse. Poco has perdido, Eliacim, no sé de qué trataba, pero lo más probable es que fuera de algo insustancial y muy lejos de ti. ¡ Qué le vamos a hacer, hijo mío, las cosas hay que tomarlas como se presentan!

Bien. Cuando esta mañana me desperté estaba amaneciendo. Una luz lechosa empezaba a asomarse por encima de las casas, mientras en las ventanas de los madrugadores resplandecía una luz amarillenta y como enferma.

Son tristes, hijo mío, muy tristes, las amanecidas sobre la ciudad, los instantes en que la vieja y flaca ciudad se desviste de su camisón para mostrarnos sus carnes llenas de cicatrices, sus carnes aradas por la cirugía como los vientres de las madres difíciles.

Cuando tú, ¡todavía!, regresabas a casa cada noche, Eliacim, y te acostabas en tu revuelto cuarto de estudiante, no descorríamos las cortinas hasta que ya la mañana se había levantado, hasta que ya la mañana se había lavado, y peinado, y acicalado como una novia, hijo mío, que espera inmensas y maravillosas sorpresas.

Pero ahora, Eliacim, en esta casa todo es desbarajuste porque el orden es algo que ya nada interesa a nadie, algo que no sabemos, que no sé, hijo mío, lo que hacer con él, y las cortinas, algunas noches, se quedan, incluso sin echar.

Por la ventana, hijo mío, se ve el día que nace, sin demasiada ilusión como para no desairarme.

Los primeros ruidos de la ciudad, Eliacim, los primeros pasos, los primeros cláxons, los primeros silbidos de la ciudad, hijo mío, aún lloran, y cantan, y vocean con timidez, casi con respeto, mientras los oficinistas, los obreros, los dependientes de comercio, se lavan como los gatos, se ponen su gorra y su bufandita y salen a la calle, muy encogidos, a que les riña el jefe, o el capataz, o el amo.

Son tristes, Eliacim, muy tristes, las vulgares amanecidas de la ciudad, esos indecisos instantes en que los hombres aún no se atreven a hablar en voz alta y las mujeres, como bestias soeces, orinan, desgreñadas y todavía medio dormidas.

¡Ay, hijo mío, qué tristes son ahora las amanecidas para tu madre, sobre todo cuando se sintió mal la noche anterior y no tuvo fuerzas para llegar hasta la alcoba!

(Me encuentro algo mejor, Eliacim, gracias, y voy a intentar acostarme.)

204.

SALUDABLE REACCIÓN

Hubo una época de tu corta vida, Eliacim, en la que estuviste muy preocupado con las saludables reacciones, palabras que eran tu comentario preferido, casi tu único comentario, para todo o para muy poco menos de todo lo que sucedía. ¿Que la gata había traído media docena de pegajosos gatitos cubiertos con una pelusilla gris? Saludable reacción. ¿Que el cobrador de la luz explicaba el puñetazo que dio cuando joven, en 1925, a aquel negro de Jamaica que le hizo estallar un petardo en el trasero, en St. Leonard, al lado de los West India Doks, puñetazo que hizo lanzar exclamaciones de admiración a la gente? Saludable reacción. ¿Que el vecino de enfrente se compró una nevera eléctrica a plazos? Saludable reacción.

Daba gusto oírte, Eliacim, todo el día repartiendo saludables reacciones a diestro y siniestro, igual que un millonario de saludables reacciones que quisiera practicar la caridad con los necesitados. ¡Qué tiempos, hijo mío, qué tiempos!

Yo ahora necesitaría muy urgentemente, Eliacim, una saludable reacción, una violenta y saludable reacción que me hiciera salir del marasmo en el que me voy sumergiendo, hijo mío, que me hiciera flotar, como el corcho en el agua, sobre este aburrimiento que me sujeta, a lo mejor durante horas y horas, clavada a la butaca, mirando para cualquier esquina del techo, esa esquina que jamás se abre ni se abrirá jamás para que por ella se cuele la saludable reacción.

Pero ya nadie me lo repite, Eliacim ; ya nadie demuestra interés porque pueda agarrarme a la última saludable reacción como a un clavo ardiendo.

Cada vez importo menos, hijo mío.

205.

LA MANO DE ESCAYOLA

Si, por lo menos, Eliacim, tuviera una mano tuya de escayola! ¡Si, al menos, hijo mío, tuviera una mano tuya vaciada en escayola y cortada por la muñeca!

Las manos de escayola, hijo mío querido, son todavía más manos de muerto que las mismas manos de los muertos, Eliacim, y las madres que nos conformaríamos con guardar las orejas del hijo muerto envueltas en un pañuelo de hilo, ¿cómo no íbamos a dar lo que se nos pidiese, a cambio de una mano de nuestro hijo vaciada en escayola y cortada por la muñeca?

Recuerdo que cuando tú querías mofarte de cualquiera, Eliacim, decías, con el falso gesto que se suele emplear para decir la verdad: es un ser tan ridículo y tan grotesco que, de haber podido, tendría en su casa, vaciada en escayola y cortada por la muñeca, la mano del hijo que perdió en la guerra, ¡qué gran fastidio!

Pues bien, Eliacim, ese es mi caso, y puedes creerme, hijo mío, que visto desde dentro, esto de desear el vaciado en escayola, cortado por la muñeca, de la mano de aquel a quien se quiso y se quiere mucho y se perdió para siempre, es algo que resulta mucho menos ridículo y mucho menos grotesco de lo que tú, tan arriesgadamente, te imaginabas.

Si tuviera conmigo tu mano de escayola, me acariciaría con ella la mejilla. Nada me importa lo que puedas pensar. Pero, por tener que renunciar a todo, hijo mío, hasta a tu más fría y muerta forma vaciada en escayola he de renunciar.

Aunque nada me importa, Eliacim, ya que sé que algún día, a lo mejor el día menos pensado, volverás a casa como un pequeño erizo de mar arrepentido de tanta inútil navegación.

Y ese día, Eliacim, echaremos las campanas a vuelo mientras la gente se pregunta, con los ojos muy abiertos, ¿qué pasa? (Pero esto sólo lo sabremos tú y yo.)

206.

UNA EXTRAÑA VISITA

Hoy he recibido una extraña visita, Eliacim; un médico con cara de loco (ignoro quién me lo mandó) que se pasó dos largas horas haciéndome preguntas impertinentes que prefiero ni relatarte siquiera. ¡Qué descaro, Eliacim ; a mí, hubo momentos en los que hasta me daba la risa!

Me parece, hijo mío, aunque no sé si serán figuraciones que se me ocurren, porque a veces pienso que acabarán por volverme loca entre todos, me parece, Eliacim, te decía, que las costumbres están cambiando mucho y que hoy los médicos se permiten ciertas licencias, sobre todo ciertas licencias de expresión, a las que jamás se hubieran atrevido antes de la guerra.

El extraño médico que me visitó esta mañana, hijo mío (ignoro quién me lo mandó), hablaba en voz muy baja, en una voz que casi no se le oía, y yo, Eliacim, que no conseguí interesarme por su huera conversación, le fui contestando a voleo, sí o no, según me iba pareciendo.

A veces, sin embargo, se conoce que no le gustaban mis respuestas, porque si yo decía sí, por ejemplo, él me preguntaba, mirándome por encima de los lentes, ¿sí? Yo, entonces, como comprenderás, le decía, no, no, me he equivocado, usted perdone. ¿Para qué iba a llevarle la contraria?

El extraño médico, cuando yo rectificaba, me respondía, casi ceremonioso: está usted perdonada, señora. Y pasaba a la pregunta siguiente, a ver si tenía más suerte.

Mi extraña visita de esta mañana, Eliacim (ignoro quién me la mandó), no estuvo, aun dentro de su desbordada curiosidad incluso por los temas más íntimos, ¿cómo te diría?, excesivamente improcedente ni, mucho menos, grosero.

Es más, ya al marcharse me dijo que me encontraba muy guapa. No, le respondí, yo ya no soy la que era, ¡si usted me hubiera visto hace unos años!

207.

INVENTARIO

Llevo dos días sin escribirte, Eliacim, perdóname. Quizás hayan sido, incluso, más de dos, perdóname de todas maneras, te aseguro que no fue mía la culpa, hijo mío.

He estado muy ocupada preparando un minucioso inventario de toda la casa: sillas, catorce; butacas, tres; sofás, dos, uno forrado de cuero y otro de seda color granate, a juego con la cortina, algo viejo ya; mesas, cuatro; vasos, once, ocho finos y tres ordinarios, etc.

Esto de los inventarios, hijo mío, es una gran pesadez, una monótona cantinela: alfombras, tres; alfombras de pie de cama, cuatro; camas, cinco; espejos, cinco, dos grandes, uno de ellos roto, y tres pequeños, dos de ellos rotos, etc.

Mis mejores amigas, Eliacim, tú no las conoces porque son posteriores a tu deserción, me ayudan en el inventario. Son muy buenas, hijo mío, y me echan una mano; yo creo que sola y sin ayuda de nadie, me hubiera muerto de vieja sin ver el fin de mi inventario. Nuestra casa, Eliacim, está llena de cosas, rebosante por todas partes de cosas que yo no sé cómo se fueron amontonando, de las más extrañas cosas del mundo, Eliacim, de las cosas más difíciles de inventariar: esquelas mortuorias del abuelo, noventa y seis; esquelas mortuorias de tu pobre padre (q. D. h.), trescientas (ahora recuerdo que no repartí ninguna) ; esquelas mortuorias de la abuela, once, etc.

A mí siempre me gustó, Eliacim, tú lo sabes, tener las cosas bien colocadas y cada una en su sitio, te exijo, ¡tajantemente!, que me lo creas (bésame), y la ausencia que preparo, hijo mío, una ausencia de una temporadita que preciso para reponerme, debe dejarme tranquila en cuanto al buen orden de nuestra casa.

El restablecimiento de mi salud, según me dicen mis mejores amigas, y yo pienso que tienen razón, indica la conveniencia de que me tome una temporadita de descanso, como ya creo que te dije repetidas veces.

Llevaba ya algún tiempo, Eliacim, encontrándome mal, con el ánimo triste (mis razones tengo), con el humor variable (mis razones tengo), y con la voluntad muy difícil (mis razones tengo) de que se interesase por nada que no fuera por ti. No creo, ¡Dios me libre!, que sea realmente nada grave ni de importancia (tú sabes, hijo mío, que yo siempre fui muy fuerte), pero mis mejores amigas, ¡cuánto han velado por mí, Eliacim, no te puedes hacer una idea!, me recomendaron que me tomase una breve temporadita de descanso, una temporadita de descanso que me devuelva la salud perdida y las ganas de seguir viviendo, hijo mío, para seguir amándote y recordándote en todos los momentos.

Y yo me he lanzado a hacerles caso, Eliacim, porque sería insensato seguir encerrada entre estas cuatro paredes, compréndelo así.

(Anoche soñé que entraba en un bazar, en un inmenso bazar, a comprarme un muñeco. Era algo que necesitaba ya desde hace tiempo, aunque siempre me daba una gran vergüenza, una inexplicable vergüenza, la idea de acercarme a la juguetería, a la sección de muñecos, para decirle al dependiente, quiero un muñeco lo más perfecto posible, nada me importa su precio. Ya en el bazar, tardé en decidirme porque, la verdad, no había ningún muñeco que me gustase del todo. Después de revolver la tienda de arriba abajo, Eliacim, opté por uno que se parecía al dependiente. Este, déme usted éste, por favor. El dependiente me miró, hijo mío, poniéndose debajo de la luz para que pudiera reconocerlo bien, y yo no pude contener un grito. Me caí al suelo, se arremolinó la gente y me trajeron un vaso de agua. ¡Mi hijo, mi hijo, acabo de ver a mi hijo Eliacim ! El dependiente, abriéndose paso a codazos, huyó a la calle y fue a esconderse en un prostíbulo, debajo de una cama que tenía la colcha de seda y de color granate, como nuestra cortina. Yo empecé a perder peso y peso, hijo mío, y acabé por convertirme en una paloma sin ojos. Volé hasta un tejado y allí, al pie de una chimenea, puse un huevo pequeño, redondo y sonrosado.)

Librodot

205.

¡ADIÓS, INHÓSPITO, ASQUEROSO, TRAIDOR HOGAR!

¡Adiós, inhóspito, asqueroso, traidor hogar! ¡Adiós, frías paredes irremisibles, madera de patíbulo, feroz hogar! ¡Adiós, aire viciado, recuerdo viciado, viciado hogar! ¡Adiós, persianas como párpados muertos, escaleras que no llevan a ninguna felicidad, inclemente hogar! He terminado mi inventario, gracias a la ayuda que me prestaron, por cierto, mis mejores amigas, y me voy sin pena, incluso alegremente y, aunque no lo digo, sin intención de volver jamás a verte.

De nuestra casa he borrado todos tus recuerdos, Eliacim, y si hubiera tenido valor, hijo mío, nuestra casa, a estas horas, estaría ardiendo con unas llamas inmensas y temblorosas. Pero me faltó tiempo, Eliacim, y también valor, ya te digo.

CARTAS DESDE EL REAL HOSPITAL DE LUNATICOS

209.

EL AIRE

Tengo la habitación llena de aire, amor mío, de un extrañísimo aire de color morado que me anima a no pensar, que me induce a pasarme todo el día tumbada encima de la cama, esperándote.

La noche me la pasé de claro en claro, amor mío, sin pegar ojo. Este sitio es limpio, raro y frío, no frío de temperatura sino frío de color.

(Mis mejores amigas, amor mío, a pesar de su promesa, no han venido a verme. Quizá no hayan podido hacerlo- a lo mejor se les ha muerto el marido, de repente, a todas.)

Tengo la habitación llena de aire, amor mío. A mí me parece que en esta habitación hay demasiado aire, amor mío, aire a presión, como en los neumáticos, aire para poder respirar durante toda una larga vida.

210.

LA TIERRA

En la tierra de mi habitación, amor mío, he plantado varitas de nardo, más de mil varitas de nardo, para que se beban el aire, amor mío, todo el aire que sobra.

Tengo la habitación llena de tierra, amor mío, el cuerpo lleno de tierra, los ojos, y la boca, y los senos inútilmente llenos de tierra, amor, de una pegajosa tierra de color blanquecino que me va sepultando, que me va envenenando el paladar.

Tampoco he dormido esta noche, amor mío, viendo cómo crecía la tierra, plantando varitas de nardo en cada nuevo puñado de tierra que aparecía, en cada nuevo puñado de tierra que caía del espejo. (Las primeras varitas de nardo que planté, amor mío, fueron perdiéndose bajo la tierra que brotó después. Pero a mí me ilusiona pensar que esta tierra que avanza con crueldad, amor mío, va lastrada de varitas de nardo muertas como niños.)

En mi habitación hay demasiada tierra, amor mío. A mí me gustaría saberte enterrado en mi habitación, debajo del lavabo, entre los nardos. Por las mañanas, sin que nadie me viera, te desenterraría cuidadosamente, amor mío, para que respirases.

Y cuando ya la tierra llenase toda la habitación, nos moriríamos los dos, amor mío, abrazados definitivamente.

Sería un gracioso final, amor mío, un final ejemplar y que mis mejores amigas (que siguen sin venir a verme), envidiarían con los más secretos ímpetus de sus corazones.

211.

EL FUEGO

No me asustó nada, amor mío, ver mi habitación llena de fuego, ver mi habitación ardiendo, ver mi habitación rebosante de cautelosas llamas que me abrasaban la carne. Incluso llegué a sentir, amor mío, un dulce y placentero bienestar imaginándome, ¡con cuánta precisión, con qué diáfana realidad!, que tú te reías, con la conciencia quebradiza como el cristal, desde la esquina en que, agazapado y con el rabo entre las piernas (un rabo carnoso y terminado en un anzuelo de un desvaído color verde claro), contemplabas la escena, dichoso de estar otra vez delante de mí.

Tenías los vueltos cuernos al rojo, amor mío, al rojo vivo, quizá por el calor, quién sabe si por el remordimiento, y me mirabas vestirme y desnudarme con arrobo, tomando notas en un cuadernito (cosa que me molestó, relativamente, porque yo ya no soy la que fui). Para complacerte, amor, estuve todo el

día vistiéndome y desnudándome a una velocidad vertiginosa, a un ritmo que me fatigó y me hizo toser.

Mi habitación está llena de fuego, amor mío, y en mi carne se levantan quemaduras grandes como manos que acarician, extensas como manos insaciables y sabias.

Pero aunque sé que el fuego de mi habitación es devastador y maldito, amor mío, y de la misma sustancia que el fuego del infierno, me siento muy dichosa de saberte testigo de él, excepcional y apasionado testigo de él.

(Mis mejores amigas siguen sin venir a verme, amor mío; me da la sensación de que esto debe estar en el fin del mundo, en algún sitio a donde sea peligroso llegar. Nada me extraña que no se hayan atrevido a venir, que les haya dado miedo venir.)

212.

EL AGUA

No puedo con el agua que cae del techo, amor mío, que mana de las paredes, que brota del suelo, que fluye de los muebles, y de las ropas de la cama, y de los objetos que tengo colocadas sobre el tocador, incluso con un cierto buen orden. El agua es algo que me atenaza, algo que me ahoga, algo que quisiera apartar de mí, amor mío, algo que quisiera también haber apartado de ti cuando todavía era tiempo...[2]

OTRA ADVERTENCIA

Hasta aquí los papeles que mi infortunada amiga Mrs. Caldwell dedicó a su adorado hijo Eliacim, tierno como la hoja del culantrillo, muerto heroicamente en las procelosas aguas del mar Egeo (Mediterráneo oriental), como quizás el lector haya tenido ocasión de saber ya.

A nuestro noble y común amigo Sir David Laurel Desvergers, albacea testamentario de la entrañable vieja errabunda a quien conocí en Pastrana robando azulejos históricos y a la que siempre quise tanto como respeté, capador de codornices y miembro de honor de la Real Sociedad Geográfica de Gwynedd, quiero expresar aquí todo el firme agradecimiento que me merece por la confianza en mí depositada, confianza a la que procuré corresponder con mis mejores voluntades.

[2] En el original de Mrs. Caldwell siguen dos últimas cuartillas borrosas y absolutamente indescifrables, con evidentes señales de humedad, con inequívocas señales de haberse pasado horas y horas hundidas en el agua, como un marinero ahogado.